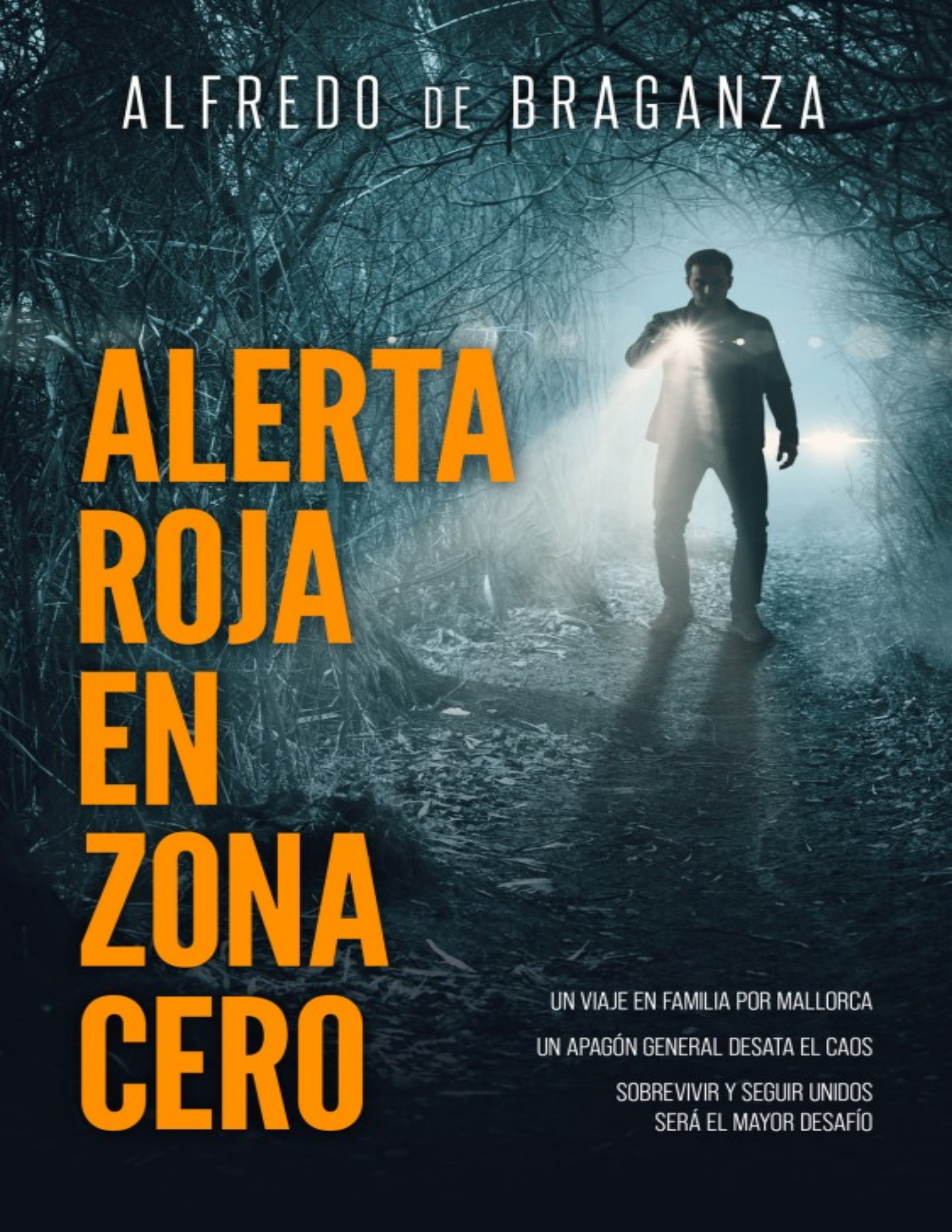
ALFREDO DE BRAGANZA



ALERTA ROJA EN ZONA CERO

UN VIAJE EN FAMILIA POR MALLORCA

UN APAGÓN GENERAL DESATA EL CAOS

SOBREVIVIR Y SEGUIR UNIDOS
SERÁ EL MAYOR DESAFÍO

ALERTA ROJA

EN ZONA CERO

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Alerta roja en zona cero*
Copyright © 2026 Alfredo de Braganza
Todos los derechos reservados.

Maquetación: Autopublicamos.com

Este libro digital está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/
Web del autor en
Amazon España

Redes sociales del autor:

Para Elsa K. Svantesson y Saanvi,
para Preeti, Dino y Ariam,
con el recuerdo de lugares y momentos,
y por su amistad.

CITAS

El miedo es una fuerza poderosa, pero el amor es aún más fuerte.
—Robert Graves, escritor británico (*Yo, Claudio*), residente en Deià, Mallorca

Mallorca es el paraíso, si puedes resistirlo.
—Gertrude Stein a Robert Graves en 1929

Por un tiempo creí que la humanidad había sido barrida de la existencia, y que yo estaba allí solo, el último hombre que quedaba con vida.
—La guerra de los mundos, H.G. Wells

NOTA AL LECTOR

Cuando el orden institucional se ha desmoronado y reina una incertidumbre absoluta, la familia protagonista comprende que no puede controlar el rumbo de los acontecimientos en la isla de Mallorca, pero sí cómo se tratan entre ellos. Frente al ruido de la violencia y el estruendo del colapso, deciden escucharse. Esa elección, aparentemente pequeña, se convierte en el acto más revolucionario de la historia.

Esta novela, en definitiva, no es una crónica del caos. Es una reflexión sobre la fragilidad de nuestras estructuras y, al mismo tiempo, sobre la resistencia íntima del ser humano. Porque, cuando todo parece derrumbarse, quizá lo único verdaderamente sólido sea la voluntad de permanecer unidos.

PARTE UNO
ANTES DEL VIAJE

1

Daniel McClain llevaba ocho años trabajando como analista de inteligencia en Wilford Analytics, una firma de consultoría estratégica con sede en Hartford, Connecticut.

Antes de incorporarse al sector privado, había pasado una etapa exigente en las oficinas centrales de la CIA, en Langley, donde aprendió a moverse entre informes clasificados, evaluaciones de riesgo y decisiones que rara vez admitían errores.

Sin embargo, con el tiempo había llegado a la conclusión de que su puesto actual le ofrecía algo que en la CIA nunca había tenido del todo: margen de maniobra.

En Wilford Analytics no solo cobraba más, sino que también disfrutaba de más días libres, vacaciones pagadas y un horario menos rígido. Además, existía una posibilidad real de ascender, de escalar posiciones y ver reflejado ese progreso en su salario y en su influencia dentro de la empresa. Para Daniel, aquello marcaba la diferencia.

Aquella mañana llegó a las oficinas una hora antes del inicio de su turno. Pasó la tarjeta electrónica por el lector de acceso y la puerta de cristal se abrió con un leve pitido. Justo cuando cruzaba el umbral, una voz conocida sonó a su espalda.

—Vaya, qué pronto, Dan —exclamó John—. No esperaba verte a estas horas.

John Powell, responsable del área de ciberinteligencia, se acercó con una sonrisa afable, aunque en sus ojos había un brillo

competitivo difícil de disimular. Llevaba apenas dos años en Wilford Analytics, pero ya se encontraba en una posición envidiable para optar a un ascenso. No solo era excepcionalmente cualificado, sino que sus recientes logros habían impresionado a la directiva hasta el punto de nombrarlo empleado del año.

—Tengo una videoconferencia programada —respondió Daniel, colgándose la acreditación del cuello.

John arqueó las cejas, como si aquello despertara su curiosidad profesional.

—Ah, ¿sí? ¿Con qué empresa?

—Con los ingleses de la City de Londres.

John sonrió, reconociendo de inmediato el peso de aquellas palabras.

—¿Rooney Group?

—Sí, con ellos —confirmó Daniel.

Durante un segundo, el silencio entre ambos estuvo cargado de cálculos no dichos, como si cada uno midiera mentalmente la importancia de aquella reunión y lo que podría significar para el futuro dentro de Wilford Analytics.

Daniel detestaba las intrigas de oficina. El nivel de trivialidad con el que muchos empleados se relacionaban le parecía tan infantil como improductivo. Comentarios velados, sonrisas interesadas y rumores disfrazados de conversación casual no solo le aburrían, sino que le resultaban una pérdida de tiempo.

Por ese motivo evitaba, siempre que podía, la cafetería de la planta baja, donde el almuerzo solía convertirse en un desfile de confidencias inútiles. En el comedor prefería sentarse con empleados de otros departamentos, con los que no tenía que fingir cercanía ni participar en juegos de poder.

Y tampoco asistía a fiestas ni a reuniones sociales organizadas fuera del horario laboral. Para Daniel, el trabajo empezaba y terminaba en los resultados; todo lo demás era ruido.

—Eso es fantástico, Dan —respondió John, antes de dirigirse hacia el ascensor de su planta—. Y buena suerte.

Daniel alzó el pulgar en un gesto distendido.

—Gracias, hombre.

Nunca había creído que comportarse de manera mezquina o arrogante con los demás aportara beneficio alguno. Al contrario, estaba convencido de que ese tipo de actitudes acababa pasando factura, tarde o temprano. «Trata a las personas con educación y respeto y ocurrirán cosas buenas», solía repetirse.

A lo largo de su carrera profesional, aquel principio sencillo había demostrado ser eficaz. No siempre le había abierto puertas de inmediato, pero sí le había permitido avanzar con una reputación sólida y sin enemigos innecesarios, algo que, en su mundo, valía casi tanto como el talento.

La videoconferencia fue un éxito rotundo. Daniel terminó con una sonrisa difícil de disimular, todavía con la adrenalina recorriéndole el cuerpo. Los británicos habían confirmado que firmarían el contrato en el que llevaba meses trabajando: afinando detalles, corrigiendo informes y anticipándose a cada posible objeción. Todo aquel esfuerzo, por fin, daba frutos.

Incluso lo habían invitado a visitarles en Londres durante la semana de Pascua, con todos los gastos pagados.

—Tráete a tu mujer y a los niños —le había dicho James, el CEO del grupo londinense, con un tono cercano—. Así podéis disfrutar de unas vacaciones en familia.

Daniel les había explicado que su mujer era española y que, salvo viajes puntuales a Mallorca —donde vivían sus suegros—, no habían tenido demasiadas oportunidades de salir al extranjero. James había sonreído al oírlo.

—Entonces será una sorpresa maravillosa para ellos.

Ahora, sentado frente a su escritorio, Daniel se quedó unos segundos contemplando la pantalla en negro del monitor. Pensó en llamar de inmediato a Patricia para contarle la noticia, imaginar su reacción, su risa incrédula.

Sin embargo, decidió redactar primero un resumen formal de la reunión mientras los detalles aún estaban frescos. En cuanto terminara, la llamaría.

Estaba concentrado en ello cuando llamaron a la puerta. Antes de que pudiera responder, Liam, el jefe de Recursos Humanos, asomó la cabeza.

—Michael te ha estado llamando —dijo.

—Gracias —respondió Daniel.

En ese momento cayó en la cuenta de que había desactivado las llamadas del teléfono fijo interno durante la videoconferencia. Pulsó el botón correspondiente y una pequeña luz verde se encendió, indicándole que tenía varias llamadas perdidas.

Entonces se justificó:

—Acabo de terminar una reunión importante y tuve que desconectar los teléfonos.

Liam asintió, pero no se marchó. Permaneció allí, con la mano apoyada en el pomo de la puerta, observándolo en silencio.

—Ven —dijo al cabo de un instante—. Reunámonos los tres.

Daniel se levantó de inmediato. Se puso la chaqueta que colgaba del respaldo de una silla, se abrochó un botón y recogió los apuntes de la reunión con los británicos.

Estaba contento.

Que el responsable de Recursos Humanos lo acompañara a ver al director general no podía significar otra cosa.

Por primera vez en años, la idea de un ascenso dejó de parecer una promesa lejana para convertirse en algo tangible.

La recompensa, al fin, por tantos esfuerzos acumulados.

Mientras caminaba junto a Liam por los pasillos, su mente ya se adelantaba a la conversación.

Imaginó a Michael felicitándolo por los resultados obtenidos con Rooney Group, hablándole de nuevas responsabilidades y de un salario más alto; aquella firma británica era conocida por su irascibilidad y por la dificultad de mantener una relación estrecha con ella. Pero él había conseguido el contrato. Él.

Tal vez incluso los propios clientes de Londres ya habían comunicado oficialmente el resultado positivo del acuerdo al director general de Wilford Analytics.

Patricia se llevaría una alegría inmensa cuando volviera a casa esa noche: un ascenso, una mejora económica y unas vacaciones en Inglaterra con todos los gastos pagados. Por fin podrían destinar una suma considerable al fondo universitario de su hijo Homer y,

además, ayudar a su hija Susan a financiar la diplomatura que deseaba cursar en Literatura Americana y Cultura.

Absorbido por aquellos pensamientos, apenas reparó en su entorno hasta que llegaron al despacho de Michael.

En ese instante, la puerta se abrió desde dentro y John Powell —hasta entonces responsable del área de ciberinteligencia— salió con una sonrisa de oreja a oreja. Al ver a Daniel, su expresión cambió de inmediato. Bajó la mirada, sacó el móvil con rapidez y fingió atender una llamada mientras pasaba de largo sin saludar.

El gesto, tan evidente como forzado, dejó a Daniel desconcertado. ¿Por qué le evitaba de manera tan descarada?

Algo no encajaba.

2

Daniel entró en el despacho del director general de Wilford Analytics acompañado de Liam. El despacho era amplio, sobrio, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz gris del mediodía.

Michael levantó la vista de unos documentos y esbozó una sonrisa breve. Era un hombre de unos cuarenta y tantos años, pero la presión del trabajo le había hecho parecer quince años más viejo.

—Hola —saludó Daniel.

Michael iba a responder cuando Daniel, todavía impulsado por la euforia de la reciente videoconferencia, se adelantó:

—Vamos a firmar con los de la City de Londres.

Michael asintió despacio y señaló los dos sillones situados frente a su escritorio. Daniel tomó asiento; Liam hizo lo mismo a su lado.

—Eso es fantástico —dijo el director general—. Sé lo mucho que has trabajado en ese proyecto.

Las palabras eran correctas, pero algo no cuadraba.

Daniel percibió una leve desconexión en el tono de Michael, como si su atención estuviera en otra parte. Liam, por su parte, evitaba el contacto visual y mantenía la mirada fija en un punto indefinido de la alfombra.

—Sí, la verdad es que estas últimas semanas han sido bastante intensas —continuó Daniel—. Ya sabes, la competencia feroz a la que nos enfrentamos hoy en día…

Se interrumpió a sí mismo. Michael no parecía estar escuchando y el silencio de Liam empezaba a resultar incómodo.

—Oye… —dijo Daniel, inclinándose ligeramente hacia delante—. ¿Pasa algo? ¿Va todo bien?

Michael se enderezó en su silla y apoyó ambos antebrazos sobre la superficie del escritorio. Por primera vez desde que habían entrado, clavó los ojos en Daniel.

—No —respondió con franqueza—. La verdad es que no.

Daniel sintió un leve nudo en el estómago, pero forzó una sonrisa. Señaló hacia la puerta con el pulgar.

—Mira, si no he conseguido el ascenso que esperaba y pensáis que John lo merece más… —alzó las manos en un gesto conciliador —. Lo entiendo. Es vuestro criterio. Si no es esta vez, ya llegará…

Michael negó despacio con la cabeza.

—Dan… —dijo, bajando un poco la voz—. He pedido a Liam, en su calidad de jefe de Recursos Humanos, que esté presente en este momento para informarte de que lo siento, pero tenemos que suprimir tu puesto.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Durante un segundo, Daniel no reaccionó.

«¿Suprimir?», tuvo que preguntarse a sí mismo mientras la habitación parecía haberse encogido de repente, como si el despacho entero hubiera contenido la respiración junto a él; como si le hubieran asestado un golpe a traición.

—Lo siento —repitió Michael, con la voz medida, casi ensayada—. Tengo las manos atadas. Ha sido una decisión muy difícil para nosotros.

Liam fue el primero en levantarse, tomando la iniciativa para dar por terminada la reunión, como dictaba el manual invisible del perfecto profesional de Recursos Humanos. Michael lo imitó de inmediato, con una sincronía tan precisa que parecía fruto de un entrenamiento previo.

Daniel tardó un segundo más en reaccionar, pero también se puso en pie, todavía incrédulo. No podía asimilar que lo despidieran de ese modo, sin previo aviso, mientras le escupían frases amables y

le mostraban gestos educados que, en realidad, no hacían más que disimular una falta absoluta de empatía.

—¿Quieres decir que me despides? —preguntó, escuchándose a sí mismo como si hablara desde muy lejos.

—Me hace sentir fatal, pero sí —respondió Michael, evitando su mirada—. Liam te indicará todo lo que necesitas saber sobre la indemnización que te corresponde.

Fue un momento incómodo: despedir a alguien leal, constante, que había entregado años de trabajo a la empresa. Nadie ponía en duda su valía; aun así, llegó el momento de prescindir de él y de amparar la decisión en una fórmula impersonal —los negocios son los negocios, así funciona el sector privado—. Entonces se impuso una certeza silenciosa y amarga: nada de esto habría ocurrido si hubiera seguido en la CIA.

Michael alzó la mano en dirección a Liam, como si con aquel gesto pudiera traspasarle la responsabilidad moral del asunto. Daniel apenas registró el movimiento. De pronto, se encontró caminando por el pasillo junto a Liam. Todo había sucedido con tal rapidez que no recordaba haberse levantado ni haber salido del despacho de Michael.

—…y te escribiré a tu dirección de correo electrónico personal, no a la de la empresa —le estaba diciendo el jefe de Recursos Humanos.

La voz de Liam se fue diluyendo hasta convertirse en un murmullo incomprensible. Daniel dejó de escuchar las palabras y solo percibía el sonido apagado de sus propios pasos sobre el suelo de parqué. De repente, aquella voz volvió a irrumpir en sus oídos con nitidez. Se detuvo en seco.

—¿Esto es una broma? —preguntó, girándose hacia él.

Liam le puso una mano en el hombro. Respiró hondo antes de contestar, como si también él necesitara convencerse de lo que iba a decir.

—No, no lo es. Todo esto se decidió en la última reunión de accionistas. Quieren recortar personal en Wilford Analytics. Y créeme… has estado haciendo un trabajo excelente durante estos años…

Los argumentos que escuchaba eran solo un decorado amable. Reestructuración, estrategia, futuro: palabras limpias para ocultar una verdad más áspera. No lo despedían por incompetente ni por desleal ni mucho menos por tener que recortar personal, sino por haber envejecido en el lugar equivocado.

La empresa quería rostros más jóvenes en los despachos de dirección, y él, con más de cincuenta años, había pasado, sin darse cuenta, de ser un activo a convertirse en un estorbo silencioso.

Daniel dio un paso lateral, apartándose bruscamente y liberándose de la mano de Liam en el hombro.

—Vete a la mierda, Liam. Nunca me has caído bien. Siempre he pensado que eras un auténtico gilipollas y ahora más que nunca.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y caminó en dirección a su despacho, con el pulso acelerado y una mezcla de rabia y vacío creciendo en el pecho, consciente de que nada volvería a ser igual.

3

Era ya de noche cuando Daniel aparcó el coche frente a su casa. Dejó el motor encendido unos segundos más de lo necesario, como si apagar el vehículo significara aceptar definitivamente lo ocurrido.

Finalmente giró la llave. El silencio cayó de golpe, denso, casi incómodo. Apagó las luces y se quedó allí, inmóvil, observando la fachada de su vivienda, dejando que los pensamientos se asentaran.

Aún se sentía aturdido y embotado. «Dejé la CIA por una empresa privada, y después de tantos años, patada en el culo y a la calle.» Los pensamientos comenzaron a arremolinarse en su cabeza sin orden: la reunión con Michael y Liam, las sonrisas impostadas, las palabras. Todo volvía una y otra vez, como una escena mal montada que se resistía a desaparecer.

Lo último que había escuchado fueron las palabras de Jackson, el jefe de seguridad del edificio, quien fue a despedirse de él a la salida: «Lo siento, Dan. Lo siento mucho».

—Cabrones —susurró, golpeando el volante con la palma de la mano.

El impacto fue suave; había contenido la fuerza del golpe, igual que había contenido su ira durante todo el día. Sintió cómo la rabia le tensaba los hombros y le subía por el cuello, amenazando con desbordarse. Cerró los ojos y apoyó la frente en el volante durante unos segundos.

Durante su carrera como analista en el hermético mundo de la inteligencia y el espionaje, había aprendido que el enemigo no siempre llevaba pasaporte extranjero ni hablaba con un acento sospechoso. A menudo se sentaba a su lado, compartía café en la sala de descanso y firmaba los mismos informes clasificados.

Desde su etapa en la CIA hasta la de Wilford Analytics, había sido testigo de innumerables apuñalamientos silenciosos entre compañeros, ejecutados con sonrisas diplomáticas y correos cuidadosamente redactados: informes manipulados, filtraciones selectivas, medias verdades camufladas bajo sellos de alto secreto y reuniones a puerta cerrada donde se decidían destinos profesionales sin dejar rastro escrito.

En aquel ecosistema de secretos, la información no solo era poder: era moneda de cambio, arma arrojadiza y salvoconducto hacia el ascenso.

Muchos de los que proclamaban trabajar por un objetivo común —la seguridad nacional, la estabilidad global, el interés superior del Estado— perseguían en realidad su propia cuota de fama profesional, un despacho mejor situado, acceso a círculos restringidos y privilegios reservados a unos pocos.

Cada operación exitosa se convertía en una carrera por apropiarse del mérito; cada error, en una oportunidad para empujar a otro al vacío sin ensuciarse las manos.

Los agentes aprendían pronto que la lealtad tenía fecha de caducidad y que la confianza debía dosificarse con la misma cautela que en un informe clasificado. Una palabra fuera de lugar, una evaluación demasiado honesta o un dato compartido con la persona equivocada podía truncar una carrera o impulsarla de forma fulgurante. En ese mundo de sombras, nadie jugaba limpio del todo.

Así, mientras las amenazas externas ocupaban titulares y justificaban presupuestos millonarios, las verdaderas batallas se libraban en pasillos discretos, en servidores cifrados y en despachos sin ventanas. Y él, como tantos otros, había comprendido que sobrevivir en el mundo de la inteligencia no dependía solo de detectar conspiraciones ajenas, sino de anticipar las traiciones internas.

Inspiró hondo, llenando los pulmones, y luego expulsó el aire lentamente, obligándose a recuperar el control. Una vez más. Y otra. Sabía que perder los nervios no cambiaría nada, pero eso no hacía el golpe menos amargo ni el silencio menos pesado.

Miró por el cristal de la ventana y vio las luces encendidas en las habitaciones de sus hijos. Tenía una familia. Ellos eran lo primero. Tenía que pensar en ellos, en su bienestar.

La verdad es que debería sentirse agradecido, pensó para sus adentros. Mientras tantos otros convivían con familias disfuncionales, marcadas por adicciones, maltrato, divorcios llenos de rencor y una preocupante falta de respeto de los hijos hacia sus padres, él podía decir, con legítimo orgullo, que esa no era la realidad de su hogar.

Sus hijos se comportaban con educación y respeto, y sabía que aquello no era fruto del azar. Gran parte del mérito recaía en la mujer extraordinaria que tenía a su lado.

Patricia ocupaba el puesto de gerente en una empresa inmobiliaria que compartía con dos socias. Era de origen español, había crecido rodeada de valores firmes —el respeto, la responsabilidad, la disciplina— y se empeñaba en transmitirlos a sus hijos, decidida a que no se diluyeran con el paso del tiempo ni con las inevitables tentaciones de la juventud.

Por supuesto, no todo había sido un camino recto. Hubo momentos de gran preocupación e inquietud, como cuando Homer nació con síndrome de Down.

Al principio el diagnóstico cayó como una losa sobre los padres, lleno de miedos que ninguno sabía nombrar. El futuro parecía frágil, lleno de preguntas sin respuesta. Con los años, sin embargo, aquel temor se fue transformando en asombro. El niño creció y se convirtió en un hijo maravilloso, distinto, sí, pero luminoso.

Ahora, con veintitrés años, era un adulto que conservaba ciertas excentricidades y un carácter desbordantemente extrovertido, alguien que llenaba la casa de risas, que contagiaba alegría sin proponérselo y que, con su sola presencia, despertaba sonrisas.

Homer trabajaba como interino en el periódico local para ayudar a costearse los estudios universitarios, ya que quería cursar ingeniería informática. Eso decía él, y nadie se atrevía a

desanimarlo. No lo hacía por necesidad económica —en casa nunca faltaba nada—, sino por convicción personal y autoestima. Deseaba ganar su propio dinero, adquirir experiencia laboral y construir su futuro con esfuerzo propio, una decisión que llenaba de orgullo a sus padres.

Paralelamente, asistía a un centro especial con profesionales dedicados a la enseñanza de adultos con síndrome de Down.

Allí realizaba, durante las tardes, numerosas actividades manuales y didácticas, orientadas a fomentar su autonomía y a ayudarle a ser independiente en la medida de lo posible.

También practicaba *jiu-jitsu* en el polideportivo de aquella institución. Había ganado muchos premios en competiciones del condado y a nivel nacional.

Con Susan, que recientemente había cumplido veinte años, la historia había sido distinta. Durante el instituto, se dejó seducir por el mundo bohemio de la literatura y el pensamiento crítico. Organizaba el club de cine, participaba en grupos de estudiantes que se reunían para debatir sobre política, películas y libros, y cuestionaba todo cuanto se daba por sentado.

Su carácter rebelde se manifestó incluso en lo externo: se tiñó el pelo de azul y, por más discusiones que hubo, nunca aceptó quitárselo. Estaba plenamente decidida a estudiar Literatura Americana y Cultura, convencida de que las palabras, las ideas y el arte eran el camino que quería seguir.

El episodio más duro llegó una noche en la que regresó a casa acompañada por un grupo de amigos que la sostenían casi en volandas. Su estado era deplorable. Habían fumado porros y bebido alcohol; Susan tenía el rostro amarillento, había vomitado y apenas podía mantenerse en pie. Patricia no lo dudó: la llevó de inmediato al hospital. Allí le practicaron un lavado de estómago y permaneció ingresada durante dos días que se hicieron eternos para la familia.

Al pensar en sus hijos, Daniel volvió a sentirse agradecido por haber construido, entre errores y aciertos, un hogar sólido.

Durante la cena no mencionó nada sobre su despido. Ni una palabra. Tampoco sacó sus pertenencias del maletero del coche, donde las había dejado, apiladas en tres cajas de cartón, todas

aquellas cosas que, tras tantos años, aún consideraba dignas de conservar en su despacho.

En la mesa, la conversación tomó otros derroteros. Su hija Susan habló con entusiasmo del último vídeo que había subido a su canal de YouTube, dedicado a la cultura en general. Explicó que trataba sobre el fenómeno del K-pop en Corea y el lado oscuro de la exigencia de perfección impuesta a los ídolos: jornadas interminables, contratos abusivos, cuerpos vigilados al milímetro. A partir de ahí, enlazó el tema con cuestiones más amplias: el consumismo, la conexión digital constante y la forma en que la cultura juvenil se construía y se devoraba a sí misma en las redes sociales.

Su hijo Homer, ajeno a cualquier análisis profundo, intercalaba bromas y comentarios ingeniosos que arrancaban risas y aligeraban el ambiente. Entre una cosa y otra, la cena transcurrió con una normalidad casi desconcertante. Daniel asentía, sonreía, agradecido en el fondo por aquella tregua involuntaria.

Más tarde, ya en el dormitorio y con la puerta cerrada, le contó a Patricia lo sucedido en la oficina. La luz tenue de la lámpara apenas lograba suavizar la sensación de derrota que le pesaba.

—Ha sido una experiencia humillante —dijo al fin, con la voz apagada.

—No lo veas así —respondió ella, sentándose a su lado.

—¿Ah, no? ¿Y cómo quieres que lo vea?

Patricia se puso de rodillas detrás de él, sobre la cama, y le masajeó los hombros.

—Como una oportunidad. Una puerta se cierra y otra se abre.

Daniel dejó escapar una risa breve, amarga.

—Patricia, por favor… Tengo cincuenta y cuatro años. ¿De qué puerta me hablas?

Ella no se alteró. Se levantó de la cama y se puso frente a él. Lo miró con calma, como si llevara tiempo esperando ese momento.

—De abrir tu propia empresa. Siempre me has dicho que querías ser emprendedor. ¿Por qué no ahora?

—¿Autónomo? —replicó él, dudoso, como si la palabra pesara demasiado.

—Puedes trabajar desde casa, abrir una consultoría, dar asesoramiento en el sector de inteligencia y geopolítica. Y no solo eso: tienes cuatro libros terminados que nunca has mostrado a nadie —continuó ella—. Siempre los has ido dejando para «cuando haya tiempo». Pues ahora lo hay. Repásalos, revisa el estilo, la gramática, actualiza los datos… en fin, mejóralos. Luego envíalos a editoriales. Con tu experiencia profesional, dudo mucho que los rechacen. Ganarás notoriedad y tus servicios profesionales se valorarán más. Y aunque no cotizaras durante un año, sabes que tenemos mucho ahorrado, más tu indemnización y mi salario… Ya verás cómo todo va a salir adelante.

Daniel guardó silencio. Por primera vez desde que le comunicaron su despido, lo ocurrido no le provocaba solo rabia o miedo, sino también una chispa de esperanza: un futuro nuevo, lleno de oportunidades para el crecimiento personal y profesional.

¿Y si Patricia tuviera razón? Los negros nubarrones que se cernían sobre su ánimo empezaban a disiparse.

4

Al día siguiente, Daniel salió de casa muy temprano para ir al gimnasio. Necesitaba moverse, cansar el cuerpo para acallar la mente.

Pasó una hora y media alternando cardio y ejercicios de fuerza, empujando los límites más de lo habitual, como si cada repetición pudiera expulsar la frustración acumulada.

Fue al final del entrenamiento, cuando corría sobre la cinta durante los últimos diez minutos, con el sudor resbalándole por la frente y la respiración ya acompasada, cuando la idea se abrió paso de repente, clara e insistente. No podía esperar. Tenía que volver a casa y contársela a Patricia antes de que saliera a trabajar, antes de que el día volviera a imponer su rutina.

Cuando regresó, la casa estaba en silencio. Sus hijos ya se habían marchado. En la cocina encontró a su mujer, vestida y arreglada para ir a trabajar, recogiendo la mesa del desayuno y colocando platos y cubiertos en el lavavajillas.

—Tengo una idea fantástica —anunció Daniel.

Patricia añadió el jabón, cerró el cajón del detergente y puso en marcha el electrodoméstico. Luego se giró hacia él.

—Dime.

—Un viaje en autocaravana por el interior de Mallorca —soltó de pronto.

Ella se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera. Permaneció unos segundos en silencio, sopesando la idea.

—Empiezas tus vacaciones la semana que viene, ¿verdad? —continuó Daniel.

Patricia asintió despacio. La propuesta empezaba a abrirse paso en su cabeza.

—Y además estamos en octubre, temporada baja… —añadió ella, animándose.

—Mejor todavía. Menos gente, más calma… ¿No te parece perfecto?

Daniel se acercó, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la barbilla en su hombro.

—Siempre nos hemos quedado en la costa —dijo—. Nunca hemos recorrido el interior de la isla, salvo para ir a algún mercado local perdido en uno u otro pueblo. Y Susan comentó ayer que el trimestre en su academia termina esta semana y que no vuelven a empezar hasta diciembre…

—¿Y Homer? —preguntó ella, alzando una ceja.

—Homer siempre puede decirle a su jefe en el periódico que se va a un compromiso familiar ineludible en España —respondió Daniel, sonriendo—. Y para su centro le daremos la autorización con la justificación oficial.

Patricia intentó mantener la compostura, pero terminó sonriendo, contagiada por el entusiasmo de Daniel.

—Además, hoy en día pueden conectarse por internet y seguir al día de todo —señaló él.

Se inclinó y la besó con complicidad.

—Y de paso visitaremos a tus padres.

Patricia lo miró entonces con una mezcla de ilusión y alivio, como si aquel viaje improvisado fuera algo más que unas simples vacaciones: una pausa necesaria para toda la familia, sí, pero, sobre todo, una manera de darle a Daniel el espacio y el tiempo que necesitaba para no encerrarse en sí mismo, para respirar y pensar con calma qué quería hacer a partir de ahora con su futuro profesional.

—Adelante, entonces —dijo ella al fin, con una sonrisa.

5

La noticia del viaje a España fue recibida por Susan y Homer con un entusiasmo inmediato y contagioso. Hacía ya cuatro años que no viajaban a Mallorca, y la sola idea de volver a la isla despertó una mezcla de nostalgia y expectación.

En más de una ocasión habían hablado de poner en alquiler el apartamento familiar de Palma para amortizar gastos, incluso llegaron a considerarlo seriamente. Sin embargo, tras algunas conversaciones con una agencia inmobiliaria y ante varias dudas sobre la falta de garantías, terminaron por desistir. El proceso les resultó tedioso y, por el momento, no les pareció una buena decisión.

Durante las pasadas Navidades había sido al contrario: sus abuelos españoles viajaron a Estados Unidos para pasar las fiestas con ellos, llenando la casa de alegría, de sobremesas largas y de una sensación fugaz de hogar compartido. Aquella visita había calmado la añoranza, pero no la había borrado del todo.

Esta vez eran ellos quienes cruzarían el Atlántico. Reservaron los vuelos con la antelación suficiente para aprovechar buenas ofertas, comparando horarios y escalas. Cuando por fin cerraron las reservas, el viaje dejó de ser una idea y se convirtió en una fecha marcada en el calendario.

Días después, tras horas de vuelo y cansancio acumulado, el avión inició el descenso sobre el aeropuerto de Son Sant Joan, en

Palma de Mallorca. Desde las ventanas se podían contemplar las bahías de Alcúdia y Pollença y el extenso llano del centro de la isla.

La isla, de unos tres mil seiscientos kilómetros cuadrados, se comportaba a veces como un pequeño continente con escenarios variados: pueblos con encanto, una sierra, campos de almendros, olivos y viñas, una costa llena de calas, molinos que permanecían como testigos de un tiempo no tan lejano en que la vida rural lo era todo en Mallorca, y una ciudad cosmopolita como Palma, donde aterrizaron un lunes por la mañana.

Al bajar por la escalerilla y sentir en el rostro el aire templado de la isla, Daniel tuvo el presentimiento de que aquel regreso no sería uno más, sino el inicio de algo diferente. No supo explicarse por qué. Era solo una sensación, difusa todavía, pero persistente.

Se lo confesó a Patricia casi en un susurro mientras cruzaban la pista hacia la terminal.

—¿Y por qué lo piensas? —preguntó ella, con una curiosidad llena de diversión.

—No lo sé —respondió él—. Tal vez porque esta vez nos acompañan nuestros hijos, ya mayores, y disfrutarán el viaje de otra manera. O tal vez porque yo mismo soy otra persona.

Patricia no dijo nada. Le apretó la mano un momento y siguió caminando.

Durante el trayecto en taxi hacia el apartamento en Palma, observaron cuánto había cambiado la ciudad desde su última visita. Grúas, andamios, edificios nuevos de cristal y acero encajados a la fuerza entre construcciones centenarias. El contraste resultaba difícil de ignorar.

—Me parece increíble —comentó Patricia—. Llamadme ingenua, pero pensé que, con el paso de los años, la gente sería más culta y apreciaría más el patrimonio. Por lo que veo, no es así.

Hizo una pausa y, cambiando el tono, añadió con enfado:

—Me parece muy mal que los habitantes de Mallorca permitan esto.

El taxista, que entendía el inglés, intervino:

—Es el Gobierno, señora —puntualizó—. La culpa no es del turismo, sino de cómo se ha enfocado. En política hay gente que no

respeta el pasado. Hay zonas que aún conservan el encanto de Palma de antes, pero buena parte ya no se puede recuperar. Era una ciudad preciosa.

Nadie respondió. El taxi siguió avanzando entre el tráfico y el silencio se instaló en el interior del vehículo, cargado de algo que ninguno de los cuatro supo nombrar del todo.

Al llegar al moderno edificio de apartamentos, notaron que la fachada de la casa señorial contigua, ennegrecida y austera, estaba cubierta por una enorme tela verde que protegía a los peatones de los fragmentos que se desprendían. Aquella imagen mostraba con claridad cómo el paso del tiempo dejaba su huella en las construcciones abandonadas.

No perdieron un instante y dedicaron el resto de aquel día y el siguiente a comprar víveres y ultimar los preparativos del viaje que emprenderían el miércoles.

PARTE DOS
MIÉRCOLES

6

Aquel miércoles por la mañana, el cielo se extendía limpio y despejado sobre el edificio de apartamentos, de un azul sereno que prometía un día tranquilo. La temperatura era perfecta, de esas que no obligan ni a abrigarse ni a buscar sombra con desesperación, ideales para comenzar un viaje por la isla.

Daniel había planeado arrancar a las nueve y media como muy tarde. Sin embargo, la realidad se impuso con la habitual cadena de pequeños retrasos: primero, colocar con cuidado las provisiones en los compartimentos interiores de la autocaravana, asegurándose de que nada quedara suelto; después, colgar las cuatro bicicletas en la parte trasera, ajustándolas una a una al transportador hasta que quedaron firmes y alineadas. Cada detalle le parecía importante.

El vehículo era lo último en autocaravanas de la empresa de alquiler donde Daniel lo había contratado para un viaje de dos semanas. Moderna y espaciosa, contaba con cocina completamente equipada, un baño con ducha independiente y mampara, un amplio maletero para el almacenaje y capacidad para siete plazas.

El interior estaba pensado para ofrecer comodidad incluso en trayectos largos. Además, disponía de dos placas solares que permitían que la autocaravana fuera autosuficiente, proporcionando electricidad incluso sin conexión a la batería del vehículo, lo que garantizaba luz, el funcionamiento de los dispositivos básicos y mayor autonomía durante los viajes.

En un principio, Daniel había considerado alquilar una más pequeña, suficiente —en teoría— para ellos cuatro. Pero tras comentarlo con Patricia, optaron por la de siete plazas. Así evitarían que los niños se quejaran de sentirse agobiados por la falta de espacio, algo que conocían demasiado bien. Además, la cocina con fregadero y tres fuegos encastrados con encendido eléctrico, junto a un frigorífico de ciento cincuenta litros, terminaron de convencerlos.

La fianza de mil euros y el pago adelantado del cincuenta por ciento le habían parecido abusivos, sobre todo al no tratarse de temporada alta. En la empresa le explicaron que precisamente por eso la competencia era menor y se veían obligados a subir los precios. Daniel les dijo que lo pensaría.

Luego pasó horas navegando por internet, comparando tarifas de otras empresas de alquiler de autocaravanas y campers. La diferencia de precio no era tan significativa y, además, tendría que desplazarse hasta la otra punta de la isla para ver los vehículos, lo que suponía un inconveniente añadido. Al día siguiente regresó a la oficina y confirmó el alquiler.

Ahora, Daniel metía bolsas en el interior de la autocaravana, aparcada frente a la vivienda, cuando su mujer salió por la puerta principal y alzó la voz:

—No te olvides de las dos maletas que he dejado en el salón.

—De acuerdo. Pero ¿dónde está Homer?

—¡Bajo enseguida! —gritó él desde la ventana de su cuarto.

—¿Y Susan?

Patricia se acercó a Daniel y le habló en voz baja, con una mezcla de resignación y complicidad.

—Está grabando uno de sus vídeos para el canal de YouTube.

—Vaya momento más oportuno —murmuró él.

En ese instante, Homer salió por la puerta con el teléfono móvil en la mano, del que brotaba a todo volumen *God Gave Me Everything* de los Rolling Stones. Iba vestido como si acabara de escaparse de un videoclip: zapatillas Converse gastadas, calcetines Adidas largos hasta media pantorrilla, pantalones cortos amarillos y una camiseta de tirantes del mismo color. Alrededor de la cabeza

llevaba una cinta blanca ajustada como la de los tenistas de los años setenta.

—Oh, otro que ha elegido el momento más inoportuno —comentó Daniel, echando un vistazo al vecindario.

Patricia rompió a reír y empezó a aplaudir, incapaz de contenerse.

La música atrajo la atención de la gente que había en la calle. Algunos se detuvieron; otros miraron desde la distancia, observando a Homer entregarse por completo al espectáculo: movimientos corporales enérgicos y descoordinados, exagerados y excéntricos, totalmente desinhibidos, al más puro estilo de Mick Jagger. Meneaba las caderas, arqueaba la espalda e imitaba el andar errático tal y como el cantante británico solía hacer sobre el escenario.

Desde distintos puntos comenzaron a escucharse silbidos y comentarios.

—¡Tío bueno! —gritó alguien entre risas.

Daniel negó con la cabeza, resignado ante el espectáculo. Las extravagancias de su hijo nunca dejaban de sorprenderlo. Siempre había sido así: espontáneo, expresivo, ajeno a las normas no escritas que los demás daban por sentadas. A él nunca le incomodaban; al contrario, formaban parte de esa manera tan suya de estar en el mundo.

Sin embargo, conforme Homer se hacía mayor, el temor de Daniel ya no tenía que ver con su comportamiento, sino con la posible reacción de los demás: las miradas incómodas, los comentarios fuera de lugar, la falta de comprensión y de respeto que pudieran herir a su hijo. Le preocupaba un mundo que no siempre estaba dispuesto a entenderlo.

—Creo que convendría pararlo antes de que alguien suelte un comentario inapropiado —sugirió a Patricia, sin poder ocultar una sonrisa resignada.

—La culpa es tuya —respondió ella— por haberle iniciado en los Rolling Stones.

Finalmente, Patricia lo llevó de vuelta al interior de la casa.

Inmediatamente después, Homer salía arrastrando una maleta que parecía pesar más de lo necesario.

Daniel se dirigió a su hijo.

—¿Has metido toda tu ropa?

—Sí, Pops.

—Patricia —la llamó Daniel. Ella se asomó por la puerta—. Dile a Susan que vaya terminando. Salimos en veinte minutos.

—Bien —respondió, asintiendo antes de desaparecer de nuevo en el interior.

Daniel se giró de nuevo hacia Homer.

—Recuerda, solo ropa informal.

Él enarcó las cejas con gesto divertido.

—Pops… Solo llevo lo que me dijiste: dos vaqueros, dos pantalones cortos, camisetas de algodón, una chaqueta y un jersey por si refresca, dos pares de zapatillas, unas chanclas y muda.

—¿Y suficientes calcetines para cambiarte? —añadió Daniel, señalándolo con el dedo índice—. No quiero quejas por el olor de tus pies.

Homer rio.

—Tranquilo. He metido la crema y los polvos que me dio la podóloga en el neceser.

Colocaron la maleta en el interior de la autocaravana. Entonces Daniel le dijo:

—Ve a casa y trae la maleta que falta.

Mientras tanto, Patricia golpeaba suavemente la puerta de la habitación de Susan.

—Susan, ¿estás lista?

Dentro, Susan desenchufó el pequeño pero sorprendentemente potente kit de iluminación LED que utilizaba para grabar los vídeos de su canal. Lo guardó con cuidado, comprobó que no olvidaba nada y cerró la mochila con un tirón decidido.

—¡Ya voy! —respondió mientras se colgaba la mochila al hombro.

Minutos después, con todos ya acomodados en la autocaravana, y justo antes de que Daniel girara la llave de contacto, preguntó en voz alta:

—¿Listos para el *voyage*?

Susan y Homer comenzaron a dar palmadas rítmicas en los muslos, sonriendo con complicidad.

—¡Discurso! ¡Discurso! ¡Discurso!

Patricia no pudo evitar reír y se unió a la improvisada ovación, imitando el ritmo exageradamente.

—Vale, vale —cedió Daniel entre risas, levantando las manos en señal de rendición.

Se giró en su asiento para mirar al resto y entonces reparó en una linterna de alta potencia entre los asientos delanteros. La tomó con gesto solemne y, sosteniéndola frente a la boca como si fuera un micrófono, carraspeó teatralmente.

—Señoras y señores —comenzó con voz grave—, tengo el honor de anunciarles que, en nombre del comandante de esta expedición, que soy yo —hizo una breve pausa dramática—, y de la subcomandante…

Señaló a Patricia, que respondió con una reverencia exagerada, arrancando carcajadas.

—…les damos la bienvenida a esta extraordinaria expedición por el centro de Mallorca.

Un coro de silbidos y exclamaciones entusiastas llenó la autocaravana.

—Nos adentraremos en territorios apenas conocidos por el género humano —continuó Daniel, cada vez más metido en su papel —. Nos esperan tormentas violentas, peligros ocultos en cada esquina y desafíos que pondrán a prueba nuestro valor, como auténticos exploradores.

Hizo una pausa para aumentar la tensión y añadió:

—Descubriremos galerías inmensas, ríos subterráneos y paisajes imposibles bajo la corteza terrestre de esta isla que creíamos conocer.

Al terminar, levantó la linterna como si fuera una antorcha victoriosa. Todos rompieron en aplausos, risas y comentarios animados, contagiados por el espíritu aventurero y el ambiente cómico que ya anunciaba un viaje inolvidable.

Daniel sonrió, volvió a su asiento y, finalmente, arrancó el motor.

El viaje había comenzado.

7

Daniel levantó la mirada un instante, lo justo para comprobar que Susan se grababa con el móvil en primer plano, ensayando una sonrisa impostada. A su lado, Homer, encorvado sobre el asiento, no apartaba los ojos de la pantalla de su iPad: estaba viendo *Lo que el viento se llevó*, con los cascos puestos, recitando los diálogos en un murmullo que se sabía de memoria tras haber visto la película una y otra vez a lo largo de los años.

—*Rhett, no. Me desmayaré. / Quiero que te desmayes. Para esto estás destinada. Ninguno de los tontos que has conocido te ha besado así, ¿verdad? Tu Charles, tu Frank, o tu estúpido Ashley.*

—Chicos —pidió Daniel, volviendo la vista a la carretera—. ¿Podéis dejar las pantallas un rato y disfrutar del viaje?

Susan frunció el ceño, exagerando el gesto.

—¿En serio? —murmuró primero, antes de alzar la voz—. Pero si acabamos de salir.

Homer, sin discutir, se quitó los cascos y apagó el iPad, guardándolo en el bolsillo de un asiento.

—Susan quiere grabar un vídeo diario del viaje para mandárselo a Ranbir —terció él.

Ella se giró hacia él de golpe, fulminándolo con la mirada.

—Eres tonto, chaval. Pero tonto de verdad.

Patricia, desde el asiento del copiloto, se volvió con curiosidad.

—¿Y quién es Ranbir?

—Sí, ¿quién es Ranbir? —repitió Daniel, mirando un instante por el espejo retrovisor, aprovechando una recta larga.

Susan bufó, se cruzó de brazos con teatral indignación y volvió la cabeza hacia la ventanilla, observando el paisaje.

—Es quien le edita los vídeos del canal de YouTube —aclaró Homer, encogiéndose de hombros.

—¿Es indio? —preguntó Daniel.

—Sí, pero vive aquí, en Mallorca, con su familia, en Manacor —contestó Susan, mirando al frente y enseguida girándose hacia la ventanilla para devolver la atención al paisaje—. Solo me ayuda a realizar algunos efectos y a mejorar la calidad de ciertos vídeos.

—¿Y cómo lo conociste? —preguntó Patricia.

—No lo conozco personalmente —respondió Susan—. Llevamos en contacto por internet desde hace más o menos un año. Lo conocí a través de una plataforma donde se ofrecen servicios de posproducción de vídeo. Me llamó la atención que fuera un indio residente en Mallorca. Le conté que tenemos casa en Palma, que mis abuelos son de aquí… y le comenté que iba a viajar en autocaravana por la isla.

Daniel arqueó las cejas.

—Oye, pues quizá vayamos a pasar por Manacor y así lo puedes conocer en persona.

—¡Pops, por favor! —protestó Susan—. Ni se te ocurra.

—Está en nuestra ruta —respondió él, divertido.

Patricia decidió intervenir antes de que la tensión subiera otro grado.

—¿Por qué no ponéis un poco de música?

Homer no esperó a que nadie respondiera. Se inclinó hacia delante y sacó del bolsillo de su mochila un pen drive.

—Aquí está la *playlist* —dijo, alargándoselo.

Daniel lo conectó al estéreo y ajustó el volumen. A los pocos segundos, por los altavoces comenzaron a sonar los primeros acordes de *Kids in America*, cantada por Kim Wilde, un gran éxito de la década de los ochenta.

Susan torció el gesto.

—¿Pero esto qué es?

—Una lista variada —explicó Daniel—. Le pedí a Homer que la preparase.

Homer soltó una carcajada sonora al captar la expresión de abierta desaprobación de su hermana. Lejos de amilanarse, se inclinó hacia delante en la cabina y, alargando el brazo, cogió el mando a distancia. Subió aún más el volumen y empezó a cantar el estribillo con una convicción arrolladora, aunque completamente desafinado.

—*Friday night and everyone's moving. / I can feel the heat but it's soothing*…

—Con el Bluetooth de mi móvil puedo poneros algo mejor —intervino Susan, desbloqueando ya la pantalla de su teléfono, como si quisiera recuperar el control de la situación.

—Perfecto —aceptó Daniel en voz alta mientras manejaba el volante—. Luego me das tu lista. Así tenemos variedad.

Homer, a pleno pulmón y acompañado por Daniel y Patricia, siguió cantando la canción sin preocuparse por el ritmo ni el volumen.

Al detenerse la autocaravana en una intersección junto a otro vehículo, Homer bajó la ventanilla de golpe, sacó medio cuerpo fuera y gritó la letra con teatral entusiasmo:

—*We're the kids in America! / We're the kids in America! / Everybody lives for the music—go—round*!

Dentro del coche vecino, los pasajeros se quedaron mirándolo, entre perplejos y divertidos, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Homer se acomodó de nuevo en el asiento, con una sonrisa satisfecha, justo cuando el semáforo cambió. Reanudaron la marcha, atravesaron la rotonda y dejaron atrás la ciudad, aún envueltos en los estribillos de la canción.

Mientras la música seguía sonando, Susan empezó a seleccionar temas, pero de pronto la pantalla se congeló.

—Genial… —gruñó—. Hay problemas con el servidor por esta zona.

—Pues conéctate al wifi de la autocaravana —sugirió Homer, tendiéndole su móvil—. Apúntate la clave.

Susan lo cogió, tecleó la contraseña y esperó. Nada.

—Tampoco funciona.

—Internet ha muerto —anunció Homer, exagerando el dramatismo—. Repito: internet descansa en paz.

—Mejor —comentó Patricia—. Así pasáis menos tiempo pegados a las pantallas.

—Debería funcionar el wifi de la autocaravana —dijo Daniel, pensativo—. Quizá sea porque estamos entrando en el interior de la isla.

—Pops, eso no tiene ningún sentido —replicó Susan.

Daniel sonrió.

—Lo que sí tiene sentido es que vamos camino del *camping* de la sierra de Tramontana, donde daremos un buen paseo por la naturaleza… y pasaremos la noche.

Susan suspiró, estoica, mientras el paisaje montañoso comenzaba a imponerse tras la ventanilla.

8

Se internaron por una carretera secundaria, estrecha y serpenteante, por la que durante casi una hora no se cruzaron con ningún otro vehículo. A ambos lados, los pinos se cerraban como un pasillo natural, y el silencio solo se rompía por el ronroneo constante del motor y el roce de las ruedas contra el asfalto.

En algunos tramos circularon por carreteras flanqueadas por muros de piedra seca, rodeadas de un paisaje de olivos, almendros y prados verdes. Había ocasiones en las que el espacio entre los muros era tan estrecho que dos vehículos no podían cruzarse; si se encontraban de frente con alguno, no les quedaría más remedio que maniobrar y dar marcha atrás. Pero no dieron con ninguno.

Pudieron ver numerosos molinos esparcidos por los campos, la mayoría desvencijados, aunque los más afortunados habían sido restaurados: algunos convertidos en restaurantes o en elementos decorativos de incierta función, y otros integrados en propiedades privadas adquiridas por forasteros.

Patricia señaló un molino abandonado.

—Da la impresión de que los mantienen en pie solo como elementos del paisaje, para que los turistas los fotografíen, resignados a su ruina definitiva. En otros tiempos, sin embargo, eran imprescindibles para hacer aflorar el agua del subsuelo. —Volvió a señalar al otro lado de la carretera—. Y allí, un casoplón de diseño moderno, con todos los lujos. En esta isla puedes pasar en unos minutos del siglo XIX al XXI.

Daniel hizo un gesto a Patricia para llamar su atención sobre el mapa de carreteras que llevaba extendido sobre el regazo.

—¿Cuándo aparece el siguiente desvío?

Patricia deslizó el dedo por el papel, frunciendo el ceño.

—Aquí pone que en unos veinte kilómetros.

—Qué raro que no nos hayamos cruzado con nadie, ¿verdad?

—Eso mismo te iba a decir, Dan.

—Genial, estamos perdidos —espetó Susan desde atrás, sin apartar la vista del paisaje que pasaba lentamente por la ventanilla —. Hoy en día existe algo llamado Google Maps.

Daniel la observó unos segundos a través del espejo retrovisor.

—No estamos perdidos —dijo con calma—. Simplemente hemos elegido una ruta alternativa. Un poco más larga, nada más.

Patricia intervino con tono conciliador.

—Cariño, en lugar de ir por la costa y tomar la autopista, hemos decidido atravesar el interior de la isla. Creo que esta parte de Mallorca no la conocéis: la sierra de Sa Roqueta —añadió, pronunciando el nombre como lo hacen los mallorquines cuando hablan de su isla con cariño.

—Por aquí no hemos venido nunca —comentó Homer, apoyando la frente en el cristal mientras observaba las montañas a lo lejos—. Siempre estamos o en casa de Palma o en la de los abuelos, al otro lado de la isla.

El sol ya caía a plomo cuando, pasado el mediodía, llegaron al *camping* de la montaña. Un cartel de madera algo desgastado anunciaba el lugar, medio oculto entre encinas.

Al entrar, les llamó la atención el silencio absoluto. No había nadie.

Daniel condujo hasta el interior del aparcamiento habilitado, sorprendido al comprobar que no había ningún otro vehículo. No había servicios para caravanas ni señales de actividad humana.

—Qué raro —murmuró Patricia, mirando a su alrededor.

—Aquí no hay nadie, Pops —dijo Homer, asomándose por la ventanilla.

—Supongo que será porque no estamos en temporada alta — respondió Daniel, aunque su tono sonó menos convencido de lo que

pretendía.

Patricia sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

—Voy a mirar la página web del *camping*, a ver si dice algo…

—Mamá, sigue sin haber conexión —le recordó Susan.

Patricia miró la pantalla unos segundos más y suspiró.

—Ah, pues es verdad —dijo finalmente, apagando el móvil y dejándolo en la guantera.

La autocaravana quedó detenida en medio del aparcamiento vacío, rodeada de árboles altos y retorcidos y de un silencio tan espeso que parecía amortiguar incluso el sonido del motor al apagarse.

Daniel fue el primero en bajar. Cerró la puerta con cuidado y dio una vuelta lenta sobre sí mismo, escudriñando el entorno. A unos metros distinguió una salida alternativa, opuesta al camino por el que habían accedido al *camping*. Un sendero de tierra, ancho y algo irregular, se adentraba en el bosque.

Se acercó caminando hasta allí. Al llegar, se detuvo. El suelo estaba marcado por decenas de huellas de neumáticos, superpuestas unas sobre otras, algunas recientes, otras ya medio borradas por el polvo.

Homer, que iba detrás de él, abrió los ojos con sorpresa al verlas.

—¡Vaya… cuántos vehículos han pasado por aquí!

Daniel se agachó un poco, examinando el terreno.

—Habrá sido algún grupo de turistas —dijo—. Seguro que se quedaron aquí, terminaron una ruta de senderismo por la sierra y siguieron el viaje por carretera.

Homer asintió, aunque seguía mirando las marcas con curiosidad.

—A lo mejor algún equipo de fútbol juega hoy contra el Mallorca —añadió—. Igual se han vuelto todos a Palma para verlo.

—Puede ser —respondió Daniel, restándole importancia.

Se incorporó, pasó el brazo por encima de los hombros de su hijo y ambos emprendieron el regreso hacia la autocaravana.

—Venga —lo animó Daniel con una sonrisa—. Vamos a prepararnos para nuestra primera excursión.

La montaña los esperaba, inmóvil y paciente, alrededor del *camping* desierto.

9

Extendieron unas sillas plegables a la sombra de los pinos y comieron tranquilamente unos sándwiches de pollo, envueltos en papel de aluminio, que Patricia había preparado con esmero por la mañana temprano. Habían decidido comer algo ligero para reservar fuerzas y apetito para la barbacoa que pensaban encender a media tarde.

—Venga, chicos —dijo Daniel con entusiasmo mientras se ponía de pie y se sacudía las migas del pantalón—. Es un día perfecto para dar un paseo por la naturaleza.

—¿Cojo los bastones de *trekking* que compramos en Decathlon? —preguntó Homer, ya medio incorporado.

—Vale, por si nos hacen falta —respondió Daniel—. Y también llevaremos una mochila con una botella de agua.

—Yo me quedo con mamá —repuso Susan sin dudarlo, acomodándose de nuevo en la silla.

Patricia se giró hacia Daniel y asintió con una leve sonrisa, dándole su aprobación.

—Así me ayuda a organizarlo todo —añadió ella.

—Está bien —concedió Daniel—. Pero tened cuidado al colocar la barbacoa.

—Eso mejor que lo hagas tú cuando vuelvas —contestó Patricia —. Nosotras nos encargaremos de preparar la comida, ir poniendo la mesa… y el toldo.

Homer ya había metido una botella de agua en la mochila y sostenía en la mano los bastones de aluminio, que tintinearon ligeramente al chocar entre sí.

—Volveremos pronto —anunció.

—Llevaos los móviles —les dijo Patricia casi por costumbre.

—¿Para qué? Si aquí no hay cobertura —repuso Homer, arqueando una ceja.

—Ah, es verdad —admitió ella.

—Por primera vez nuestros hijos van a vivir sus vidas durante unas horas sin teléfonos —comentó Daniel en tono solemne.

Susan hizo un gesto exageradamente mojigato y puso los ojos en blanco.

—Ja, ja —pronunció con tono burlón.

Mientras Homer y Daniel se alejaban por el sendero, perdiéndose poco a poco entre los árboles, Patricia alzó la voz:

—¡Tened cuidado!

Daniel levantó la mano a modo de saludo sin darse la vuelta, y Homer se giró un instante para mandar a su madre un beso al aire antes de retomar la marcha.

Tras caminar unos diez minutos por la ruta habilitada para el senderismo, Daniel redujo el paso. Alzó la mano y, con el índice sobre los labios, pidió silencio. Luego señaló hacia delante, entre los matorrales.

—Mira —susurró.

A pocos metros, casi inmóviles, dos conejos mordisqueaban la hierba, ajenos a su presencia.

Homer sonrió. Alzó su bastón de *trekking* y, apoyándolo en el hombro, lo apuntó como si fuera una escopeta imaginaria.

—¡Pum, pum!

Los conejos reaccionaron al instante. Levantaron las orejas, dudaron una fracción de segundo y salieron disparados, perdiéndose entre la espesura.

—Buen tiro —comentó Daniel con ironía.

Caminaron unos metros en silencio.

—Oye, Pops —dijo Homer de pronto—. ¿Alguna vez has disparado un arma de verdad?

—No —respondió Daniel sin vacilar.

Homer se detuvo en seco.

—¿Cómo que no? Pero si eres un agente secreto.

Daniel sonrió con paciencia.

—Analista.

—*Analisto* —repuso Homer riendo.

Daniel se paró y se volvió hacia él. Su expresión era seria, aunque no severa.

—Analista de inteligencia —corrigió.

—Vale, vale —concedió Homer—. Pero habrás entrenado con armas, ¿no?

—Cuando estuve en la CIA, sí. Era obligatorio. Lo justo para saber usarlas… y, sobre todo, para saber cuándo no hacerlo.

El sendero se estrechaba ligeramente y el bosque parecía cerrarse sobre ellos.

—Entonces —insistió Homer—, ¿nunca te atrajo eso de ir armado? ¿Las misiones, las persecuciones, todo ese rollo?

Daniel negó con la cabeza.

—Homer, yo no soy un agente operativo. Nunca lo fui. No entro en edificios ni salto desde helicópteros. Mi trabajo está en otro sitio.

—Es que… —dudó Homer— nunca lo hemos hablado así, de verdad.

—Te lo expliqué hace tiempo.

—Sí, pero muy por encima. En la redacción del Herald —continuó Homer— solo usamos las noticias que nos llegan de las agencias. Nosotros redactamos lo que sucede por el vecindario, las columnas de opinión, los artículos de colaboración… Nada más.

—Lógico —asintió Daniel—. Es un periódico local, subvencionado por el ayuntamiento y el condado. Tiene su función.

—Por eso lo digo —añadió Homer—. Tú podrías escribir allí. Sabes de política internacional, de conflictos… Podrías explicar lo que pasa en el mundo.

Daniel soltó una pequeña risa seca.

—No. No es lo mío.

—¿Por qué?

—Porque mi trabajo no consiste en opinar —respondió—. Consiste en analizar información, cruzar datos, detectar patrones y escenarios posibles. Antes lo hacía para el Gobierno; ahora lo hago para empresas privadas. Elaboro informes para que otros tomen decisiones.

—Pero eso suena… aburrido —dijo Homer, sincero.

—A veces lo es —admitió Daniel—. Y otras veces es inquietante. Porque sabes cosas que no salen en los medios, que los ciudadanos no saben o aún desconocen, pero en unas horas conocerán cuando se hagan públicas en las noticias y en las redes sociales. Cosas incompletas, contradictorias, peligrosas. Y tu obligación es ordenarlas sin dejarte llevar por las emociones.

—Nada de pistolas ni *gadgets*, entonces —ironizó Homer.

—Nada de James Bond —confirmó Daniel—. La mayoría de las decisiones importantes del mundo se toman en despachos, delante de una pantalla, con café y montones de documentos. No con armas.

Homer asintió, pensativo, mientras avanzaban entre rocas, pinos y encinares.

—Supongo que es menos glamuroso… pero más real.

—Exacto —dijo Daniel—. Y también más responsable.

Siguieron caminando en silencio, acompañados solo por el sonido del monte, como si Homer intentara encajar por primera vez quién era realmente su padre.

Descubrieron un territorio montañoso que nada tenía que ver con la costa. Daba la impresión de que se hubieran adentrado en otro mundo. Alrededor se extendía una maraña de rocas, bosques y cumbres desnudas que parecían no tener fin.

El paisaje que se abrió ante ellos era sencillamente sublime: los bancales escalonados, el empedrado antiguo del camino, las higueras y los algarrobos proyectando su sombra, los olivos plateados mecidos por la brisa, y el agua que descendía desde lo alto de la montaña con un murmullo sereno y constante.

A lo lejos, los pueblos se dibujaban en el horizonte como pequeñas pinceladas de calma.

Todo parecía dispuesto en su sitio con una armonía perfecta. Ni por asomo podían imaginar que algo fuera capaz de quebrar aquellos instantes de plenitud, sosiego y felicidad.

10

Cuando regresaron al *camping,* Daniel percibió algo extraño incluso antes de distinguir las figuras. A cierta distancia vio a un hombre desconocido conversando con su mujer y su hija. No discutían, pero la postura de Patricia —brazos cruzados, gesto serio — le puso en alerta.

Ella levantó la mano en cuanto los vio acercarse y señaló a Daniel.

—Aquí está mi marido… y mi hijo.

El hombre se volvió. Era de mediana edad, vestía una camisa con el logotipo del *camping* y sostenía una carpeta bajo el brazo.

—¿Qué sucede? —preguntó Daniel, deteniéndose frente a ellos.

El hombre carraspeó y habló en español con un fuerte acento mallorquín, en un tono correcto pero firme.

—Señor, no hay luz. Tienen que marcharse porque vamos a cerrar el *camping*. No podemos suministrar electricidad ni ningún otro servicio. Lo siento mucho.

Daniel entendió cada palabra. Había aprendido español gracias a Patricia y lo hablaba con soltura, casi sin acento.

—¿No hay luz? —preguntó, como si necesitara confirmarlo.

—Ha habido un apagón en toda la isla —intervino Patricia—. No hay electricidad ni internet. Sucedió esta mañana temprano, justo cuando emprendimos el viaje. Como circulamos por el interior, no nos enteramos.

Señaló al hombre.

—Él es el encargado del *camping*. Me estaba explicando que esta mañana se marcharon todos los turistas. Nadie sabe cuándo volverá la electricidad.

El hombre comenzó a hablar de forma atropellada, con su peculiar pronunciación del español:

—Mallorca ya no es lo que era. Quizá la causa del apagón sea que la demanda de energía ha superado la capacidad de suministro disponible para abastecer a toda la población. Desde que dejamos de ser una sociedad agrícola para convertirnos en una de servicios, todo ha cambiado. Hay mucha gente, mucha gente. Lo más autóctono que queda en la isla es la matanza del cerdo; luego, la vendimia y la cosecha de almendras —señaló hacia los montes—. Antes mucha gente venía aquí, a la sierra, a recoger aceitunas, pero ahora lo hacen las máquinas.

Negó con la cabeza y repitió en tono cansino, casi como si hablara para sí mismo:

—Esto ya no es lo que era antes.

Daniel guardó silencio y miró alrededor. Parcelas vacías, vehículos ausentes, un silencio que ya no parecía natural sino inquietante. Mientras escuchaba al empleado del *camping*, su mente analítica empezó a trabajar de inmediato, encadenando preguntas y prioridades: alcance del problema, duración, recursos disponibles, seguridad, abastecimiento. Y, por encima de todo, proteger a su familia.

Susan y Homer los observaban, expectantes, a la espera de una decisión.

—De acuerdo… —murmuró Daniel al fin.

—¿Qué has dicho? —preguntó Patricia, inclinándose hacia él.

—Que nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? —replicó ella—. Pagaste el *camping* por adelantado. Al menos podríamos pedirle que nos deje pasar la noche. Son las seis de la tarde y pronto anochecerá. Podemos hacer la barbacoa que teníamos planeada.

Daniel no respondió. Se volvió hacia sus hijos con un tono que no admitía réplica.

—Homer, Susan, recoged la mesa y las sillas plegables. Ahora.

Ambos obedecieron sin protestar, sorprendidos por la seriedad de su padre.

El empleado del *camping* dio un paso adelante y habló en perfecto inglés, a medio camino entre el entusiasmo y cierto atropello por utilizar aquel idioma.

—El pago que han realizado por internet se les devolverá en cuanto nuestra oficina pueda volver a operar —explicó—. Pero, según nuestra normativa, no podemos garantizar ni los servicios básicos ni la seguridad del recinto. Por ese motivo estamos obligados a cerrarlo. Espero que lo comprenda. Tenga en cuenta que somos nosotros los perjudicados económicamente. Nos hemos quedado sin negocio por el apagón. Y vivimos ahora con la incógnita de cuándo volveremos a abrir.

Daniel asintió lentamente. No discutió. Su decisión ya estaba tomada.

—Lo entiendo —dijo en español—. Gracias por avisarnos.

Mientras sus hijos recogían en silencio y Patricia lo observaba con una mezcla de preocupación y desconcierto, Daniel repasaba mentalmente los siguientes pasos. El día, que había empezado como una simple escapada familiar, acababa de transformarse en otra cosa. Algo imprevisible. Y él no pensaba improvisar.

11

Nada más salir del *camping*, Daniel redujo la velocidad y estacionó la autocaravana en la cuneta de la carretera secundaria.

—¿Qué sucede? —preguntó Patricia con un tono nervioso, girándose hacia él.

Daniel alzó una mano pidiendo calma y, sin responder, encendió la radio.

—Mientras tengamos batería, esta es nuestra única fuente de información.

Fue cambiando de canal con paciencia. Sonó música clásica, luego una canción de rock interrumpida bruscamente por interferencias. Finalmente, una voz grave y solemne emergió entre el ruido estático.

—Boletín informativo —anunció el locutor—. Radio Insular de Mallorca. Última hora.

—Silencio —pidió Daniel, subiendo el volumen—. Y prestad atención a lo que dice… está en español.

La voz continuó, clara pero con un leve matiz de urgencia:

—Les informamos de que la incidencia grave en el suministro eléctrico que afecta desde primeras horas de la mañana a toda la isla continúa. Según fuentes oficiales, el apagón es generalizado y, por el momento, no hay una estimación fiable sobre el restablecimiento de la electricidad. El corte sigue afectando a las comunicaciones móviles e internet en amplias zonas del territorio…

La emisión se interrumpió de golpe y fue sustituida por un chisporroteo eléctrico.

—¿De verdad puede estar pasando esto? —preguntó Susan en voz baja.

—Pops… ¿qué vamos a hacer? —añadió Homer, inquieto.

Patricia se inclinó hacia Daniel.

—¿Nos volvemos a casa?

Daniel seguía concentrado.

—Un momento.

Tras unos segundos, la señal regresó.

—Los servicios sanitarios, de emergencia y seguridad funcionan con sistemas de respaldo, aunque podrían producirse retrasos —continuó el locutor—. Se ha reforzado la presencia policial en puntos clave para garantizar el orden y prevenir incidentes. Según las últimas estimaciones, se espera el restablecimiento del suministro en menos de cuatro horas.

Patricia soltó el aire lentamente.

—¿Cuatro horas? —murmuró—. Es increíble.

—Mientras tanto —prosiguió la radio—, se recomienda a la ciudadanía mantener la calma y seguir estrictamente las siguientes medidas de seguridad: eviten desplazamientos innecesarios, especialmente por carretera, ya que muchos semáforos y sistemas de señalización no están operativos. Permanezcan en sus domicilios o alojamientos siempre que sea posible. Hagan un uso responsable del agua y de los alimentos. No saturen las líneas de emergencia; el número 112 debe utilizarse únicamente en casos de riesgo vital. Si emplean velas u otras fuentes de luz alternativas, extremen las precauciones para evitar incendios. En zonas turísticas y *campings*, se recomienda seguir las indicaciones del personal responsable y de las autoridades locales.

Daniel apagó la radio.

—¿Qué habrá pasado, Pops? —preguntó Homer.

Daniel no respondió de inmediato.

—Poned a recargar vuestros móviles —ordenó de repente.

—Pero si no hay internet —replicó Susan.

—Los móviles siguen siendo útiles —respondió Daniel—. Tienen linterna, reloj, notas… incluso aunque no haya red. Todo recurso cuenta.

—Mis padres, Dan —comentó Patricia con tono de preocupación —. Estarán asustados y, al no lograr contactarnos, se sentirán muy inquietos en estos momentos.

—Iremos hacia allá. No te preocupes. Todo irá bien.

Miró el indicador de combustible. La aguja estaba peligrosamente cerca de la mitad inferior.

—Necesitamos gasolina —añadió, más para sí mismo que para los demás.

Homer rebuscó en una mochila y sacó un cargador USB múltiple de cuatro puertos. Conectó todos los teléfonos y lo enchufó al lateral del vehículo.

—Déjame ver el mapa de carreteras —pidió Daniel.

Patricia lo sacó de la guantera y se lo dio. Daniel lo desplegó sobre el volante y localizó su posición.

—Aquí —dijo, señalando con el dedo—. Hay una gasolinera a menos de un kilómetro.

Levantó la vista y miró a su familia con una decisión ya clara.

—Vamos a rellenar el depósito. Y después pensaremos con calma cuál será el siguiente paso para llegar a casa de los abuelos.

Homer dio una sonora palmada, lleno de júbilo.

—Buena decisión, Pops.

La autocaravana volvió a incorporarse a la carretera, mientras el silencio del apagón parecía extenderse más allá del paisaje.

12

Llegaron a la gasolinera señalada en el mapa de carreteras. El lugar estaba desierto, demasiado silencioso para una tarde. Ni un coche, ni una puerta abierta, ni el zumbido habitual de los surtidores.

Daniel estacionó la autocaravana junto a uno de los dispensadores, apagó el motor y permaneció unos segundos con las manos apoyadas en el volante.

—Parece que no hay nadie, Dan —dijo Patricia, asomándose por la ventanilla.

—Tiene que haber alguien dentro —respondió él, con el ceño fruncido—. Vosotros quedaos aquí. No salgáis.

Apenas Daniel se apeó del vehículo, un empleado surgió de la nada, caminando hacia él con paso rápido y tenso, como si temiera perder el tiempo o ser observado.

—Buenas tardes —saludó Daniel, intentando sonar cordial.

—Buenas tardes —respondió el hombre, sin sonreír—. ¿En qué puedo servirle?

Aquella pregunta, tan simple, activó todas las alarmas en la mente de Daniel. Algo no encajaba.

—Quiero echar gasolina —contestó.

—Solo aceptamos metálico —añadió el hombre con tono seco y categórico—. No tarjetas.

—Bien, estupendo. Quiero el depósito lleno.

El empleado no se movió. Permaneció inmóvil, mirándolo fijamente, como si esperara una reacción distinta.

—Son cinco euros el litro, amigo.

Daniel dio un respingo involuntario.

—¿Cinco euros? —repitió, incrédulo.

Desde la autocaravana, Patricia había escuchado la conversación. Abrió la puerta y bajó con decisión.

—Oiga, usted —dijo alzando la voz—. Yo soy mallorquina. No voy a tolerar que timen a mi marido en mi tierra solo porque lo consideren un extranjero.

El hombre levantó ambas manos en un gesto defensivo, casi suplicante.

—Señora, por favor, no es cosa mía. Mis respetos. Pero es mi jefe quien ha fijado ese precio.

—Eso es ilegal —replicó ella con firmeza—. Nadie puede poner el precio que le dé la gana a la gasolina.

—Lo sé, señora, lo sé… —dijo él, bajando la voz—. Pero en la situación actual de emergencia estos son los precios. Yo solo obedezco órdenes. Además, tengo que cerrar en breve. Estoy empaquetando lo imprescindible en la oficina.

—¿Cerrar? ¿Por qué? —preguntó Patricia.

—Primero, porque no quiero problemas —respondió el hombre, mirando nervioso hacia la carretera—. Segundo, estoy usando la poca batería que me queda en el generador. Y tercero, porque vendrá gente desesperada cuando corra la voz de que el precio de la gasolina está subiendo. Y créame que en otras gasolineras venden el litro a siete e incluso a ocho euros. Algunos se pondrán violentos al conocer las nuevas tarifas. Otros intentarán no pagar. Yo no soy un hombre de pelea. No quiero follones, por eso voy a cerrar y me marcho antes de que la cosa se ponga más fea de lo que está. Si quieren el depósito lleno, díganmelo ahora. En cuanto cierre el suministro, sellaré los dispensadores.

Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Entonces comprendió la magnitud del peligro que se avecinaba a medida que el apagón se prolongaba. Aquello no era una emergencia pasajera ni

un contratiempo puntual: era el comienzo de algo mucho más profundo, una fractura silenciosa en el mundo que conocían.

A partir de ese instante, cada decisión tendría un peso insoportable. Y de esas decisiones dependería, quizá, el bienestar —o la supervivencia— de su familia.

—Por favor, llene el depósito —pidió Daniel—. Pagaré en metálico.

Patricia iba a protestar, pero él se interpuso.

—Mira, vamos a abastecernos con más gasolina de la que en verdad necesitamos para llegar a casa de tus padres. Esto es solo por si se prolonga el estado de emergencia.

—¿Estado de emergencia?

—Ya lo has oído. Él ha empleado esas palabras y no creo que sean simples comentarios. Las habrá escuchado de su jefe como argumento para justificar estos precios tan abusivos. Este apagón va a durar más de las cuatro horas que escuchamos por la radio.

—Pero, Dan…

—Patricia, no vamos a discutir con este hombre ahora. Tendremos lo suficiente para ir a casa de tus padres y volver a Palma.

Mientras tanto, en el interior de la autocaravana, Susan se grababa con su teléfono móvil, intentando mantener la compostura.

—Estamos aquí, en una gasolinera del interior de Mallorca, llenando el depósito porque no sabemos hasta cuándo continuará este apagón… —dijo, forzando una calma en su voz. Sus ojos no dejaban de moverse, atentos a cualquier ruido exterior.

De pronto, en la pantalla apareció el rostro de su hermano Homer, sonriente, saludando exageradamente con la mano desde la parte trasera del asiento, como si todo fuera un juego.

—¿Pero qué haces, estúpido? —le espetó ella, cortando la grabación de golpe—. ¿No puedes estarte quieto como una persona normal? Me has arruinado el vídeo. ¡Imbécil! —continuó, elevando la voz—. No me sorprende que quieran meterte en un internado con gente como tú.

Homer se retiró hacia la parte trasera de la autocaravana, sobresaltado por la violencia de la reacción. Permaneció en silencio,

con la mirada baja, mientras las palabras de su hermana seguían cayendo como golpes. Pero aquel último comentario le hirió de verdad. Sin decir nada, salió de la autocaravana corriendo hacia el descampado que se extendía más allá de la gasolinera.

—¡Dan! —exclamó Patricia al ver a Homer correr, aferrándose al brazo de su marido con fuerza—. ¡Homer!

Daniel, que estaba junto al dispensador, se volvió justo a tiempo para ver a su hijo alejarse a toda velocidad.

—Quédate aquí —dijo a Patricia. Y añadió al empleado de la gasolinera, sin pensarlo—: Vuelvo enseguida para pagarle.

—Necesito el dinero ya, amigo —exigió él, con voz áspera—. Voy a cerrar.

Daniel sacó unos billetes del bolsillo del pantalón y se los dio a su mujer sin contarlos.

—Págale tú.

Luego subió de inmediato a la autocaravana. Al entrar, buscó con la mirada a su hija, inquieto.

—¿Qué ha pasado, Susan? —preguntó en voz baja, aunque cargada de urgencia.

Ella evitó mirarlo. Se mordió el labio antes de responder.

—Lo siento… —dijo al fin—. Se me escapó lo del internado.

El corazón de Daniel dio un vuelco. Sin decir una palabra más, dio media vuelta y salió corriendo tras Homer.

A su espalda, la voz del hombre de la gasolinera resonó, impaciente:

—¡Dese prisa, que cierro!

13

Daniel corría entre los arbustos, apartando ramas con los brazos, jadeando. La inquietud le oprimía el pecho. El cielo comenzaba a teñirse de tonos anaranjados y violáceos; atardecía demasiado rápido. En cuestión de minutos caería la noche y la búsqueda se volvería mucho más difícil.

Aun así, se repetía que Homer no era imprudente. Su hijo sabría hacerse ver. Siempre lo hacía.

De pronto, Daniel se detuvo en seco.

—¡Homer! —gritó, con la voz quebrada por el esfuerzo.

Unos metros más adelante distinguió su figura de espaldas, sentada en el suelo, inmóvil. El corazón de Daniel dio un vuelco. Se aproximó despacio y, al llegar a su lado, se dejó caer junto a él.

—Colega… qué susto me has dado —dijo, intentando sonar cercano y natural.

Homer no respondió. Mantenía la mirada fija en el horizonte, donde el sol se hundía lentamente tras las colinas. Ni siquiera giró la cabeza.

—No me llames colega —murmuró al fin.

—Tú y yo lo somos, y lo sabes.

—Me llamáis mongólico a la espalda.

Daniel frunció el ceño, sorprendido y dolido.

—Eso no es verdad. ¿Cuándo me he referido yo a ti de ese modo?

—Los colegas no mandarían a uno de los suyos a un internado para personas con síndrome de Down.

Daniel tragó saliva.

—No lo vamos a hacer.

—¿No?

—No.

Homer giró por fin la cabeza y lo miró, desconfiado.

—No me gusta que me mientas.

—No lo hago —dijo Daniel, esbozando una sonrisa cansada—. Y te quiero muchísimo, Homer.

Él volvió la vista al frente.

—Entonces… ¿por qué Susan lo ha dicho?

Daniel suspiró profundamente. Sabía que aquel momento llegaría.

—Te repito que no te vamos a llevar a ningún internado. Pero voy a contarte la verdad. Hace unos días, la directora de tu centro…

—La señora Moorehead es tonta —lo interrumpió Homer, con un deje infantil pero firme.

—Ella quiere lo mejor para ti y para tus compañeros —respondió Daniel con paciencia—. Déjame continuar. Hace unos días la señora Moorehead se reunió con tu madre y conmigo. Nos habló de un internado en Bridgeport para adultos con síndrome de Down. Es algo parecido a un campamento de verano… solo que con estancia permanente.

—Un internado y un campamento de verano no son lo mismo, Pops —replicó Homer, sin apartar la vista del horizonte.

—Es verdad. No son lo mismo.

—Pops, ve al grano.

Daniel asintió.

—Es un internado en el que realizan actividades manuales dirigidas por profesionales. Enseñan oficios: artesanía, carpintería, fontanería… La idea es que aprendan una profesión.

—No quiero ir.

—No vas a ir, te lo digo en serio —afirmó Daniel—. ¿Me dejas terminar?

Homer respiró hondo. Sus hombros se relajaron un poco.

—Sí, Pops. Continúa.

—Como sabes, en nuestra familia tomamos las decisiones en conjunto…

—Sin mí —lo interrumpió Homer—. No contasteis conmigo.

—Homer… —Daniel apoyó una mano en su hombro—. Déjame terminar, por favor.

—Sí, Pops.

—Tu madre y yo lo hablamos con tu hermana. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Susan dijo inmediatamente que no permitiría que su hermano fuera allí. Propuso que te quedaras con nosotros en Hartford, que siguieras yendo a tu trabajo de media jornada en el Herald. Tu madre y yo nunca pensamos internarte. Solo comentamos la propuesta, como siempre en familia, para decidir juntos lo mejor para uno de nosotros.

Homer permaneció en silencio unos segundos.

—¿De verdad dijo eso Susan? —preguntó al fin, con la voz más baja.

—Sí. De verdad.

El sol terminó de desaparecer y la primera estrella asomó en el cielo. Homer sonrió levemente por primera vez.

—Entonces… —empezó a decir.

Se escuchó a lo lejos un grito.

Ambos se giraron al instante.

—Pops… —susurró Homer, aferrándose a su brazo—. ¿Has oído eso?

Prestaron atención, conteniendo la respiración. El silencio del descampado se volvió denso, casi opresivo. Daniel aguzó el oído, con el cuerpo en tensión, preparado para levantarse de un salto.

Entonces el grito rasgó el aire.

—¡Dan, ayuda!

Era la voz de Patricia, desesperada, quebrada por el pánico. Llegó desde la dirección de la gasolinera, arrastrada por el viento.

Daniel se puso en pie de inmediato.

—Es mamá —dijo con el corazón desbocado.

El cielo ya se había oscurecido del todo, y las sombras parecían moverse entre los arbustos mientras ambos echaban a correr.

14

Daniel y Homer llegaron corriendo con el pecho ardiéndoles y la adrenalina disparada. Antes incluso de alcanzar la explanada, la escena se les reveló como una pesadilla iluminada por los focos de unos vehículos.

Había dos coches aparcados en ángulo, con los motores encendidos. Un hombre forcejeaba con la puerta del conductor de la autocaravana, intentando abrirla a la fuerza. Otro aporreaba sin descanso la puerta de entrada, golpeando con el puño y el hombro. Cuatro más aguardaban alrededor, tensos, expectantes, como animales rodeando una presa herida.

Desde el interior se oían los gritos ahogados de Patricia y Susan.

—¡Dan! ¡Dan! ¡Ayuda! —chillaba Patricia.

Daniel no dudó. Se lanzó sobre el primero que tuvo más cerca. Lo agarró con fuerza del hombro, lo giró bruscamente y le descargó un golpe seco en el estómago con el puño derecho. El aire salió del hombre en un gemido ronco. Daniel aprovechó el impulso, le dio la vuelta, le dobló el brazo y lo estampó contra la carrocería de la autocaravana, presionándole el cuello con el antebrazo.

Al mismo tiempo, Homer actuó sin pensarlo. Corrió hacia el hombre que golpeaba la puerta y se lanzó contra él con decisión. En segundos, aplicó una llave tal como había aprendido en las clases de *jiu-jitsu*, llevándolo al suelo y dejándolo inmovilizado boca abajo.

—¡Eh, eh! ¡Para! —gritó uno de los otros hombres—. ¡Eso es desproporcionado!

—¡Suéltalo, joder! —vociferó otro, avanzando un paso.

Daniel notó un bulto duro en el costado del hombre que mantenía bloqueado contra la autocaravana; un segundo después, comprendió lo que era y le sacó una pistola de la cintura.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó, mostrando el arma.

—Dios, está cargada —dijo entre dientes—. Ten cuidado.

—Ahora mismo os largáis de aquí —advirtió Daniel a todos ellos con voz firme, sin aflojar la presión— antes de que llame a la policía.

Uno de ellos soltó una carcajada áspera.

—¿Policía? —dijo, burlón—. ¿No te has enterado? No hay policía.

—Aquí no hay más ley que la del más fuerte —añadió otro, con una sonrisa torcida.

—Y vosotros tenéis provisiones ahí dentro —intervino un tercero, señalando la autocaravana.

—Y gasolina —remató otro.

Daniel empujó al hombre que mantenía agarrado hacia sus compañeros, haciéndolo tropezar. Miró de reojo a Homer, que mantenía la llave con precisión, pero Daniel vio el peligro: podía hacerle daño de verdad… o algo peor.

—Compraos la vuestra —escupió Daniel. Y dirigiéndose a Homer, añadió—: Suéltalo, hijo.

Homer obedeció. Soltó al hombre, que quedó un segundo inmóvil y luego empezó a revolcarse por el suelo, aspirando aire con desesperación. Dos de los suyos lo levantaron. Apenas se sostuvo en pie antes de doblarse y vomitar sobre el asfalto.

Dentro de la autocaravana, Patricia se sentó al volante con manos temblorosas y giró la llave. El motor rugió, un sonido que trajo un breve alivio.

Susan abrió la puerta de entrada.

—¡Pops! ¡Homer! —gritó.

Daniel dio un último paso al frente y apuntó al grupo con el cañón de la pistola.

—No volváis a acercaros —advirtió—, o lo lamentaréis.

Homer, con el pulso aún acelerado, les dedicó una sonrisa torcida y alzó el dedo medio.

—Que os den, mongólicos.

Todos lo miraron un instante, sorprendidos, pero no dijeron nada.

Padre e hijo saltaron al interior y Susan cerró de un portazo. La autocaravana arrancó con brusquedad y abandonaron la gasolinera, dejando atrás a los hombres, perplejos y furiosos, que observaban cómo se alejaban en la oscuridad.

Ninguno de ellos dijo una palabra durante varios segundos.

Hasta que Patricia miró por el retrovisor y rompió el silencio con la voz temblorosa:

—Dan… nos está siguiendo.

15

Patricia conducía con las manos agarrotadas al volante. Las luces largas estaban encendidas. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. Sin poder evitarlo, lanzó una mirada fugaz al asiento del copiloto… y se le heló la sangre.

—Dios mío, Dan… tienes una pistola en la mano —susurró, más horrorizada que enfadada.

—Calma, cariño —respondió él con voz baja, sin apartar los ojos del espejo retrovisor lateral—. Todo está bajo control.

—¿Cómo que calma? —explotó ella—. No quiero verte con una pistola. ¡Guárdala ahora mismo!

Daniel suspiró y, con un gesto deliberadamente lento, dejó el arma en el suelo, entre sus pies.

—Ya no la tengo —dijo, como si aquello zanjara el asunto.

Desde el asiento trasero, Homer y Susan observaban la escena a través del cristal trasero, atentos a los coches que los seguían.

Daniel se giró bruscamente hacia ellos.

—Sentaros bien y poneros rectos, inmediatamente —ordenó con un tono que no admitía réplica.

—Pops está en modo John Wayne —murmuró Homer, inclinándose hacia su hermana.

—Cállate y ponte el cinturón —le respondió Susan sin mirarlo—. Demasiadas películas has visto tú.

Daniel volvió la vista al frente. A unos pocos metros distinguió un descampado abierto junto a la carretera.

—Patricia, reduce la velocidad —dijo con firmeza—. Apaga las luces y entra a tu izquierda, por ese terreno.

Ella obedeció sin discutir. La autocaravana abandonó el asfalto y empezó a sacudirse al internarse en la tierra y la gravilla. Aunque ya había caído la noche, el cielo estaba despejado y permitía distinguir con cierta claridad el terreno. Los pinos se alzaban alrededor, espesos, y los matorrales rozaban la carrocería.

—Para aquí —ordenó Daniel.

Patricia frenó en seco. Durante unos segundos nadie habló. Todos giraron la cabeza hacia las ventanillas laterales.

Los dos coches, con las luces encendidas, pasaron de largo, sin disminuir la marcha, y se alejaron por la carretera hasta desaparecer de la vista.

El ambiente quedó absolutamente en silencio.

Patricia sujetó con fuerza el brazo de Daniel, como si temiera que, si lo soltaba, todo volviera a descontrolarse. Lo obligó a mirarla a los ojos; en ellos había cansancio, miedo y una determinación que no admitía discusión.

—Dan, nos volvemos a casa. No vamos a seguir el viaje.

Él abrió la boca para replicar, pero no llegó a hacerlo.

—¿Nos vamos a Palma? —preguntó Homer desde atrás—. ¿Y los abuelos?

—Sí —respondió Patricia sin apartar la mirada de Daniel—. Una vez en casa, quizá esta locura se haya acabado, la electricidad haya vuelto y todo vuelva a ser normal. Entonces llamaré a los abuelos para saber cómo están.

El silencio se instaló de nuevo en la autocaravana.

Daniel bajó la vista unos segundos, pensativo, y luego asintió lentamente.

—Me parece lo más prudente —dijo al fin.

Se pasó una mano por el rostro, dejando escapar un suspiro largo.

—Pasaremos la noche aquí —añadió— y mañana, bien temprano, nos iremos de regreso.

Patricia aflojó por fin la presión de su mano, aunque no la retiró del todo. Sintió que habían tomado una decisión sensata.

16

Era ya de noche.

El cielo, despejado, se desplegaba sobre ellos salpicado de innumerables estrellas. El aire era fresco, propio de los primeros días de otoño: durante el día la temperatura había alcanzado los 24 grados y ahora, entrada la noche, rondaba los 14.

Daniel había propuesto encender la barbacoa, pero acabó desistiendo. Patricia seguía muy alterada por lo ocurrido y temía que el humo pudiera delatar su presencia desde la carretera.

Así pues, tras cenar unos bocadillos sencillos, se habían limitado a escuchar la radio.

—Atención, atención. Les habla Radio Illes, una de las pocas emisoras que continúa emitiendo en toda Mallorca. Son las nueve y media de la noche… aunque para muchos el tiempo ya empieza a perder sentido. El Gobierno balear ha declarado oficialmente la situación de emergencia tras el apagón general que afecta a toda la isla. Un apagón que, según las estimaciones iniciales, iba a resolverse en pocas horas, pero se ha prolongado. Mallorca lleva un día entero sin electricidad y sin conexión a internet.

La señal de radio fue disminuyendo, como si se estuviera perdiendo, pero de nuevo volvió, y la voz del locutor sonó alta y clara:

—[…] Desde la Unidad de Emergencias se insiste en un mensaje claro: calma y prudencia. Se pide a la ciudadanía que conserve la serenidad, evite riesgos innecesarios y siga las indicaciones de las

autoridades. Sin embargo, comienzan a registrarse incidencias. En distintos puntos de la isla se han producido robos en tiendas, asaltos a supermercados y destrozos en varias gasolineras. La falta de luz y comunicaciones está complicando la respuesta de los servicios de seguridad.

Se escucharon interferencias.

—[…] Protección Civil y la Policía han emitido un comunicado conjunto solicitando a la población que no salga a la calle salvo en casos estrictamente necesarios. Las patrullas continúan trabajando, aunque con recursos limitados. La situación en los hospitales es especialmente delicada. El personal sanitario está atendiendo a los pacientes con linternas y luces de emergencia. La energía de los generadores se ha reservado exclusivamente para las unidades de cuidados intensivos, la maternidad y los quirófanos de urgencia. Cada kilovatio cuenta.

De nuevo hubo sonidos de interferencias.

—[…] Repetimos: se pide a la ciudadanía calma, responsabilidad y permanecer en sus hogares. Seguiremos informando mientras la señal lo permita. Les habló su locutor de Radio Illes en una Mallorca a oscuras, pero todavía en pie.

La emisión continuó con un leve zumbido eléctrico hasta que Daniel apagó la radio.

Poco después, Susan y Homer se quedaron dormidos.

Afuera, Patricia y Daniel permanecieron sentados en sillas plegables, con chaquetas puestas y compartiendo una manta sobre las piernas. Él comentó que, en ese momento, todavía tenían unos dos mil euros en efectivo y otros cuatro mil guardados en el apartamento de Palma.

—¿Crees que es suficiente?

Daniel negó con la cabeza.

—Más bien es poco —se lamentó él—. Los precios de los productos básicos subirán mucho. Ya hemos visto el disparatado precio de la gasolina. Todo depende de cuánto tiempo más dure el apagón.

Patricia se levantó y entró en la autocaravana. Vio a sus hijos durmiendo. Homer roncaba. Volvió al exterior y tomó asiento de

nuevo junto a Daniel.

—Ojalá todo esto acabe pronto —comentó Patricia.

—Y si no, juntos superaremos lo que tenga que venir.

—Vaya… No suenas muy convencido.

—No estoy muy convencido de que la situación se resuelva enseguida.

—¿Qué quieres decir?

—Que se va a prolongar.

—¿Lo dices por lo que escuchamos en la radio?

—La violencia que hemos sufrido en la gasolinera me hace pensar en ello. Esos hombres estaban muy seguros de lo que hacían.

—Delincuentes.

—No, no lo eran.

—¿Cómo que no lo eran? Pero si querían robarnos todo lo que tuviéramos dentro de la autocaravana. Si no hubieras intervenido con Homer, nos habrían tirado al asfalto y se habrían llevado todo.

—Eran personas corrientes que te encuentras a diario en los días normales, sin apagón y sin situación de emergencia. Actuaron por instinto de supervivencia.

—Dan, eran criminales que nos querían robar.

—Patricia, ojalá me equivoque, pero pronto lo verás con tus propios ojos. Creo que la situación es mucho más grave de lo que hemos escuchado por la radio. Incluso podría ser un mensaje grabado y que no hubiera personal en esa emisora.

—Dan… ¿qué tan grave es esto?

—Al principio, las personas siguen siendo las mismas: el vecino que saluda en el rellano, la cajera que sonríe por costumbre, el padre que intenta tranquilizar a sus hijos diciendo que todo se arreglará pronto. Pero cuando la emergencia se alarga, cuando la supervivencia empieza a imponerse a la rutina, algo se quiebra. La normalidad se va erosionando despacio. El cansancio, el hambre y el miedo hacen su trabajo. Las miradas se vuelven más largas, más desconfiadas. Las palabras pierden cortesía y ganan aspereza. Donde antes había paciencia, ahora hay urgencia. Donde antes había normas, ya solo queda la necesidad.

En ese momento ella comprendía la gravedad del asunto.

—Por eso el empleado de la gasolinera, en vez de ayudarnos, huyó corriendo.

—Como ese hombre, personas comunes, gente corriente, empiezan a cambiar sin darse cuenta. El que nunca levantó la voz empuja para llegar primero. La señora que siempre respetó turnos se salta la cola y en casa guarda comida de más, por si acaso. No lo hacen por maldad; se dicen a sí mismos que es por los suyos, por sobrevivir una noche más. Con el paso de las horas, la violencia deja de ser impensable y se convierte en una posibilidad. Un gesto brusco, una discusión que escala demasiado rápido, un golpe que llega antes que la reflexión. El miedo ya no se oculta: se transforma en rabia, en defensa, en ataque preventivo. No hay tiempo para pensar en mañana cuando hoy está en duda. Así, la emergencia despierta a las personas. No crea monstruos de la nada, pero empuja a los normales, a los cotidianos, a cruzar límites que jamás imaginaron. Y en ese silencio sin leyes claras, la línea entre la civilización y la supervivencia se vuelve peligrosamente fina.

Patricia agarró el antebrazo de Daniel con fuerza. Tenía la voz quebrada y los ojos brillantes.

—Dan… tengo miedo por los niños. Susan lo ha pasado muy mal. Estuvo al borde de la histeria.

Y aquello era verdad. Daniel no podía negarlo. Tenía que admitir que el suceso había obligado a su hija a crecer de golpe, dejándole una conciencia más aguda del peligro al que se enfrentaban y una vulnerabilidad que todavía no sabía cómo afrontar.

Él no respondió de inmediato. Miró a su mujer con seriedad, midiendo sus palabras.

—Nada les sucederá —dijo al fin, con un tono firme, casi solemne.

—Pero ¿y si…? —intentó decir ella, incapaz de terminar la frase.

Daniel apoyó una mano sobre la suya, cálida y segura, obligándola a aflojar la presión.

—No dejaré que nada malo le ocurra a mi familia —afirmó—. Te lo prometo.

Sus palabras no borraron el temor de Patricia, pero lograron contenerlo, como un dique frágil frente a una marea imparable.

Daniel era plenamente consciente de que lo sucedido no había sido más que el primer aviso y de que, al día siguiente, en algún punto del camino aún por recorrer, lo peor estaba esperando.

PARTE TRES
JUEVES

17

A primera hora de la mañana, cuando la luz empezaba a apuntar, Daniel sacó del maletero una funda y, de su interior, dos placas solares plegadas. Subió al techo de la autocaravana, las desplegó y las colocó con cuidado. Las orientó hacia el este, buscando aprovechar cada minuto de sol para recargarlas.

Gracias a ellas, la autocaravana podía mantener un suministro eléctrico básico sin depender de la batería del vehículo. Por mucho que el apagón se prolongara, seguirían teniendo luz durante la noche, podrían utilizar la radio y conservar los alimentos en buen estado. Aquella fuente silenciosa y constante de energía les ofrecía algo más que electricidad: una sensación de autonomía y seguridad en medio de la incertidumbre.

Después de un rápido desayuno emprendieron el regreso a Palma. Homer permanecía ajeno a la tensión, absorto en un cómic de superhéroes que leía con calma, pasando las páginas con gesto concentrado.

Daniel miró por el retrovisor y buscó la mirada de su hija.

—¿Quieres que ponga música, Susan?

—No, Pops —respondió ella sin mirarlo, con un tono seco.

Patricia se giró desde el asiento delantero.

—¿Quieres que me siente contigo?

Susan se incorporó bruscamente.

—Mamá, por favor —dijo, visiblemente molesta—. No soy una niña pequeña. —Alzó la voz, incapaz de contenerse—. ¿Hasta

cuándo me vais a tratar así?

Antes de que nadie pudiera responder, Homer levantó la vista del cómic y, con una sonrisa traviesa, adoptó una voz grave y exagerada, imitando a Clark Gable como Rhett Butler en *Lo que el viento se llevó*:

—No, no creo que te bese, aunque necesitas besarte con urgencia. Eso es lo que te pasa. Deberías ser besada a menudo, y por alguien que sepa cómo.

La broma avivó aún más su enfado.

—No me hace ninguna gracia —espetó—. Ya estoy harta de ti.

Daniel alzó la vista hacia el espejo retrovisor.

—Susan —dijo, intentando captar su atención—. No le hables así a tu hermano.

—Y tú cállate —lo interrumpió ella, con la voz cargada de rabia—. También estoy harta de ti. Eres un perdedor… un padre sin trabajo.

Homer se giró hacia ella de inmediato, clavándole la mirada, y alzó el índice con gesto desafiante.

—Eso está muy feo, pero que muy feo —replicó—. Así no se le habla a Pops.

Patricia se volvió bruscamente desde el asiento delantero.

—¡Susan! Pide perdón inmediatamente.

Susan apretó los puños, con los ojos acuosos.

—Quiero bajarme —gritó—. No me comprendéis… nunca lo habéis hecho. Quiero irme lejos de vosotros. No quiero estar aquí.

Patricia apoyó una mano en el brazo de Daniel en un gesto instintivo, pero él ya estaba reduciendo la velocidad y aparcando en la cuneta. Antes de que pudiera girarse para hablar con Susan, ella abrió la puerta de golpe, saltó y salió corriendo.

La vieron alejarse.

—Ayer él, y ahora ella haciendo lo mismo —murmuró Patricia mientras abría la puerta—. Voy yo.

—No, déjame ir a mí —dijo Daniel con firmeza—. Quédate tú con Homer.

Suspiró antes de bajar. Cerró la puerta tras de sí y echó a andar por el arcén. A unos metros, vio a Susan sentada sobre una roca, de

espaldas a la carretera, con los hombros encogidos, como si intentara hacerse pequeña frente al mundo.

—Susan —la llamó Daniel con suavidad mientras se aproximaba.

Al oír su voz, ella se cubrió el rostro con ambas manos y rompió a llorar, sacudida por sollozos que llevaba demasiado tiempo conteniendo. Daniel se sentó a su lado, pasó un brazo por encima de sus hombros y la atrajo hacia sí. Le besó la cabeza, despacio, como cuando era niña.

—Yo sé que no has querido decir lo que has dicho —murmuró—. Estabas enfadada… y asustada.

Susan negó con la cabeza, incapaz de hablar al principio.

—Pops… yo te quiero —consiguió decir al fin, entre lágrimas, aferrándose a su camiseta—. Te quiero mucho.

—Lo sé, hija. Lo sé —respondió él, apretándola un poco más.

Se quedaron así durante un rato, sin necesidad de más palabras. Frente a ellos se extendía una explanada de olivos, ordenados y silenciosos, que transmitía una calma antigua, casi rural.

Aquel paisaje abierto y sereno contrastaba con la tormenta que acababan de atravesar, como si el mundo les concediera una tregua.

18

Por fin entraban en la ciudad de Palma.

Fue Daniel quien lo vio primero: un coche detenido en la cuneta, con las puertas abiertas. Luego otro, atravesado sobre la acera. Más adelante, una furgoneta abandonada en mitad de la calzada, obligándolos a esquivarla.

—¿Qué ha sucedido…? —murmuró Patricia, mirando a su alrededor.

Había vehículos por todas partes: coches vacíos, motocicletas tiradas, autobuses detenidos como animales muertos. Algunos parecían haber sido abandonados a toda prisa; otros, simplemente dejados atrás, sin explicación aparente. El paisaje tenía algo inquietante, como si la gente hubiera desaparecido de repente.

—Esto es por el apagón —dijo Daniel con voz grave—. Ayer ya había problemas, pero no imaginé algo así.

Redujo la velocidad y terminó por aparcar la autocaravana junto a la acera, incapaz de seguir avanzando entre aquel caos silencioso. Apagó el motor y, tras un instante de duda, encendió la radio. Solo obtuvo interferencias al principio. Fue cambiando la emisora una y otra vez hasta que, entre sonidos electrónicos, una voz logró abrirse paso.

—…repetimos, la Unidad de Emergencias recomienda a la población que aún permanezca en Mallorca que abandone la isla por los medios disponibles. La situación sigue siendo crítica tras el

apagón masivo… El aeropuerto de Palma y el de Son Bonet están cerrados y se están habilitando los barcos…

Patricia se giró hacia Daniel, pálida.

—¿Abandonar la isla? —susurró—. ¿Desde ayer llevan evacuando… y nosotros sin saber nada?

El locutor continuaba hablando de cortes de suministro, comunicaciones interrumpidas, puertos colapsados.

Daniel apagó la radio. Dentro de la autocaravana se hizo un silencio denso.

—Si la gente ha huido, las ciudades no serán seguras —dijo él al fin—. Ni agua, ni luz, ni ayuda inmediata.

Se quedó unos segundos mirando el volante, pensando.

—Lo mejor es ir hacia el interior de la isla —comentó—. Algún pueblo pequeño, o en la montaña, pero lejos del caos. Esperar allí a que todo se restablezca… a que vuelva la electricidad.

Patricia asintió despacio, todavía asimilando la idea. Afuera, los coches abandonados seguían inmóviles, mudos testigos de una huida apresurada.

—¿Y si vamos a Portocolom, a casa de mis padres?

Daniel lo pensó un instante.

—Sí, creo que sí. En estos momentos lo mejor es permanecer todos unidos.

Daniel arrancó de nuevo la autocaravana y giró el volante, con la intención de alejarse de la ciudad y de una normalidad que, al menos por ahora, parecía haberse apagado junto con la electricidad.

—Pops —dijo Homer, señalando a lo lejos y atrayendo la atención de todos—. Ahí hay un supermercado Aldi.

Daniel giró la cabeza hacia la izquierda. Lo que vio le hizo fruncir el ceño. El aparcamiento era un caos: carros metálicos abandonados en cualquier sitio, muchos de ellos volcados sobre el asfalto.

Desde la entrada del supermercado, cuya puerta automática permanecía abierta, salía gente corriendo, empujando carros rebosantes de comida, mientras otros caminaban con prisa cargados con bolsas tan llenas que amenazaban con romperse en cualquier momento.

—Hagamos una parada para aprovisionarnos de todo lo que podamos —propuso Daniel, sin apartar la vista del lugar.

Patricia observó el desorden que reinaba en los alrededores y negó lentamente con la cabeza.

—No sé si es conveniente, Dan —comentó con cautela.

—Pops, parece peligroso —añadió Susan, mirando por la ventanilla cómo una pareja volcaba apresuradamente el contenido de un carro en el maletero de su coche y lo empujaba vacío hasta que chocó con otros carros abandonados.

Daniel evaluó la situación durante unos segundos. El lugar era un polvorín, pero la necesidad pesaba más que el miedo. Finalmente, tomó una decisión.

—No sabemos cuánto tiempo tendremos que permanecer sin poder comprar alimentos —dijo—. Y si todavía aceptan pagos en metálico, no podemos dejar pasar esta oportunidad.

Condujo la autocaravana por el aparcamiento, esquivando cestas y carros volcados y vehículos mal aparcados, algunos incluso con las puertas abiertas. Se detuvo detrás de unos contenedores rebosantes de cajas de cartón y madera, situados en un lateral del supermercado. Por el suelo había palés rotos, plásticos esparcidos y restos de frutas y verduras aplastadas. Todo indicaba que un camión proveedor había sido asaltado poco antes.

—Aquí estaremos fuera de la vista —comentó Daniel. Luego se giró hacia Patricia—. Iré con Homer. Vosotras quedaos aquí dentro.

Daniel abrió la guantera y sacó la pistola que había guardado allí.

—Ni hablar —replicó Patricia con firmeza—. Deja eso. No voy a permitir que vayas armado por la calle, y mucho menos a un supermercado.

Daniel abrió la boca para protestar, pero ella no le dio opción.

—Y no vas tú solo —continuó—. Vamos todos juntos.

—Pero, cariño…

—Ni cariño ni leches —dijo Patricia, abriendo la puerta y bajándose del vehículo sin esperar respuesta.

Cuando los cuatro entraron en el supermercado, se encontraron con un espectáculo desolador.

19

El interior del supermercado era un hervidero de caos. Unas cincuenta personas corrían de un pasillo a otro, empujándose sin miramientos mientras llenaban a toda prisa los carros metálicos, cuyas ruedas chirriaban al girar bruscamente.

Todos eran adultos: hombres en su mayoría y alguna mujer, con el rostro tenso y los movimientos desesperados, intentando llevarse todo lo posible sin pagar. Había tanto autóctonos de Mallorca como inmigrantes de Latinoamérica y del norte de África.

Un hombre saltó la zona de cajas tras empujar al vigilante de seguridad, quien cayó al suelo sin que nadie se detuviera a ayudarlo. El vigilante quedó tendido junto a la entrada, aturdido, mientras los saqueadores continuaban su carrera frenética.

No había empleados del supermercado. Daniel dedujo que seguramente habrían huido hacía rato, al comprobar que no quedaba rastro de policía ni de ninguna autoridad que pudiera imponer orden. La ausencia de control había convertido el lugar en tierra de nadie.

Los pasillos estaban cubiertos de productos esparcidos por el suelo: cajas abiertas, latas rodando, paquetes rotos y restos de comida aplastados bajo las pisadas apresuradas. Las neveras estaban completamente vacías, con las puertas abiertas de par en par, y muchas estanterías mostraban huecos desnudos donde antes había alimentos.

El supermercado, que antes del apagón era un espacio cotidiano, se había transformado en un escenario de saqueo y abandono.

—Dan, vámonos —dijo Patricia en voz baja, con urgencia, mientras observaba a su alrededor.

—Espera —respondió Daniel, avanzando con rapidez hacia el vigilante caído.

El hombre levantó la cabeza sobresaltado. Durante un instante creyó que iba a ser agredido de nuevo y se cubrió el rostro con un brazo, encogido, como un animal acorralado.

—Tranquilo —dijo Daniel con calma—. He venido con mi familia a comprar.

Le tendió la mano para ayudarlo a incorporarse. El hombre dudó un segundo antes de aceptarla y ponerse en pie con esfuerzo.

—Gracias —murmuró, sacudiéndose el polvo del uniforme—. Pero, créame, lo mejor que puede hacer es marcharse. Yo también lo voy a hacer.

Daniel miró a su alrededor. El supermercado parecía haber sido arrasado por una tormenta.

—¿Cuándo ocurrió todo esto? —preguntó, señalando el desolador espectáculo que los rodeaba.

El vigilante dejó escapar una risa amarga.

—Ayer entró una turba. Al principio eran discusiones: gente sin dinero, otros exigiendo llevarse cosas fiadas… Luego empezaron los empujones, los gritos, y después la violencia. —Bajó la voz—. A mi compañero lo hirieron. Salió como pudo y no volvió.

—¿Y los empleados? —preguntó Daniel.

—Los tres que ayer decidieron quedarse se largaron hoy a primera hora —respondió el guardia, mirando de reojo a la familia de Daniel, que aguardaba apartada y tensa—. No queda nadie para poner orden. Y sin policía… —negó con la cabeza—. Aquí cada cual hace lo que quiere.

—¿No hay nadie vigilando ahora?

—Nadie —confirmó—. Solo yo. Le recomiendo que coja lo que necesite y se largue con su familia cuanto antes. Esto solo va a empeorar. Yo ya me voy.

—No voy a coger nada sin pagar —dijo Daniel con firmeza.

El hombre lo miró sorprendido y esbozó una sonrisa cansada, casi triste.

—Si no he conseguido frenar a esta chusma… —se encogió de hombros—, tampoco voy a impedir nada ya. Además, hasta la policía se ha marchado.

—¿La policía? ¿Dónde? —preguntó Daniel.

—¿Es que no se ha enterado? Han enviado todas las unidades a los puertos: Palma, Alcúdia, al Náutico… y otros puntos. Están intentando mantener el orden durante la evacuación de la isla.

Daniel frunció el ceño.

—Entonces… ¿la mayoría de la población de Mallorca se ha marchado?

—Sí, caballero —asintió el guardia—. Y le aconsejo que haga lo mismo cuanto antes. Esto no ha hecho más que empezar.

En ese preciso instante, dos jóvenes irrumpieron corriendo por la entrada, empujando un carro vacío y gritando algo ininteligible. El sonido de cristales rompiéndose resonó desde el fondo del supermercado.

El hombre dio un paso atrás.

—¿Lo ve? —dijo con resignación—. Váyanse. Ahora.

Daniel vio al vigilante aproximarse a uno de los jóvenes con decisión, levantando la voz por encima del ruido.

—¡Eh! ¡Vosotros! —les gritó.

La reacción fue inmediata y brutal. Uno de ellos se internó en un pasillo y, de un salto, volvió a asomarse, empuñando una pistola. Daniel apenas tuvo tiempo de reaccionar. El disparo retumbó seco entre las estanterías, seguido de un grito ahogado.

El vigilante cayó al suelo, llevándose las manos al pecho. Al instante, los demás saqueadores salieron corriendo en todas las direcciones, empujando carros rebosantes de productos y tropezando entre sí mientras huían hacia la salida.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Patricia, abrazando con fuerza a Susan y a Homer.

Daniel echó a correr hacia el hombre. Se arrodilló junto a él y presionó la herida con ambas manos para frenar la hemorragia. La sangre le empapó los dedos casi de inmediato.

—Tranquilo, aguanta —dijo, intentando mantener la calma mientras su mente repasaba apresuradamente lo poco que recordaba de primeros auxilios.

Alzó la vista un instante.

—¿Dónde están las llaves de la oficina? —preguntó con urgencia.

El hombre intentó llevar la mano al bolsillo, pero apenas pudo moverse. Daniel reaccionó al instante, rebuscó en los bolsillos del uniforme y sacó un manojo de llaves.

—Patricia, abre tú la puerta —ordenó, lanzándole las llaves—. Homer, Susan, venid a ayudarme.

Trabajando contra el pánico, se coordinaron como pudieron. Patricia sostuvo la puerta abierta; Susan agarró al herido por un brazo, Homer por el otro, mientras Daniel levantaba las piernas. Avanzaron a trompicones hasta el interior de las oficinas y cerraron tras ellos.

Lo dejaron con cuidado en el suelo. La sala estaba casi a oscuras. La pared principal era de cristal y permitía ver el interior del supermercado, donde aún se movían sombras nerviosas entre los pasillos vacíos. Varias pantallas de ordenador permanecían apagadas, inútiles.

La única iluminación procedía de una tenue luz de emergencia LED que parpadeaba en el techo y de la claridad mortecina que entraba desde el exterior a través del cristal. El silencio que siguió era pesado, cargado de miedo.

Daniel se apresuró a abrir la caja metálica de primeros auxilios. Sus manos temblaban mientras sacaba gasas y vendas, dejándolas caer torpemente al suelo.

—Tenemos que llevarlo al hospital, Dan —dijo Patricia.

Daniel se arrodilló frente al herido para aplicarle una gasa estéril y asegurarla con un vendaje. Entonces lo vio. La rigidez, la palidez antinatural. Se quedó inmóvil un segundo demasiado largo. Estaba muerto.

20

Patricia apoyó una mano firme en el hombro de Daniel, que permanecía arrodillado frente al cuerpo del vigilante, como si intentara despertarlo a la realidad.

Susan se aferró a su madre y rompió a llorar contra su pecho. Homer permanecía de pie, con la boca entreabierta, incapaz de articular palabra. Nunca antes habían visto a una persona muerta.

—Pops… ¿qué hacemos ahora? —preguntó Homer, con la voz rota.

Daniel se levantó despacio. Miró primero a su hija, intentando suavizar la expresión.

—Tranquila, Susan. Nos vamos enseguida —dijo, aunque ni él mismo sonó convencido.

Luego se giró hacia Homer.

—Quiero que te quedes con tu madre y tu hermana. Yo iré a llenar un carro con provisiones. Cogeré latas de alimentos. Vosotros id a la autocaravana y esperadme allí.

Pero Homer no obedeció. Salió corriendo de la habitación antes de que nadie pudiera detenerlo y se internó en el supermercado. Patricia gritó su nombre, pero él no se volvió. A través del cristal lo vieron agarrar el primer carro que encontró y desaparecer por uno de los pasillos.

Daniel apretó los dientes.

—Vale, cambio de planes —dijo—. Vamos a la autocaravana y luego iré a buscar a Homer.

Antes de salir, registró rápidamente los armarios del mostrador. Encontró una pistola dentro de una caja, junto con dos cargadores. Después se inclinó sobre el cuerpo del guardia y le quitó el cinturón con el arma enfundada. Metió todo en una bolsa del Aldi.

—Dan, ¿qué vas a hacer con dos pistolas? —preguntó Patricia, inquieta—. Ya tenemos una en la autocaravana.

Daniel no respondió. Solo hizo un gesto breve con la mano, pidiendo calma.

—Vámonos. Rápido.

Salieron con prisa del supermercado. Alzaron la mirada por los pasillos, pero no vieron a Homer. Cruzaron el aparcamiento deprisa.

—¡Pops! —gritó Susan de repente, señalando la autocaravana.

Daniel levantó la vista: sobre el techo del vehículo, dos hombres terminaban de arrancar las placas solares.

Sin pensarlo, sacó una de las pistolas de la bolsa y echó a correr hacia ellos.

—¡Eh! —gritó, levantando el arma—. ¡Dejad eso!

Pero llegó tarde. Los hombres saltaron del techo con las placas a cuestas y corrieron hacia un coche que los esperaba al ralentí en una de las salidas del aparcamiento. En cuestión de segundos desaparecieron.

—¡Mierda! —rugió Daniel.

Regresó junto a Patricia y Susan, respirando con fuerza. Entonces reparó en que también se habían llevado las cuatro bicicletas enganchadas a la parte trasera.

—Patricia, tú conduces —dijo, señalando una de las tres salidas del aparcamiento—. Yo voy a por Homer. Espéranos allí, con el motor en marcha.

Daniel echó a correr hacia la entrada del supermercado. El corazón le golpeaba el pecho cuando vio a su hijo salir en ese mismo instante, empujando un carro repleto de productos hasta los bordes.

—¡Pops, vámonos! —gritó Homer, sin frenar.

Dos jóvenes se lanzaron sobre el carro para intentar arrebatárselo. Homer reaccionó por puro instinto: empujó al primero con todas sus fuerzas, haciéndolo caer al suelo, y al segundo le soltó

un puñetazo seco en la cara. Uno de ellos retrocedió tambaleándose, llevándose la mano a la nariz.

Daniel se colocó delante de su hijo, interponiéndose entre él y los demás.

—¡Corre a la autocaravana! —le ordenó sin apartar la mirada de los jóvenes—. Ni se os ocurra acercaros, chavales.

En ese instante salieron tres personas más del supermercado para hacerles frente. Daniel echó mano a la bolsa y les apuntó con la pistola el tiempo justo para que entendieran el mensaje.

Homer salió disparado empujando el carro a toda velocidad.

—¡Vámonos, Pops! —gritó, sin mirar atrás.

Daniel lo siguió de cerca. Homer alcanzó la autocaravana y, sin detenerse, levantó el carro por un lado mientras Daniel lo hacía por el otro. Pesaba una barbaridad, pero entre los dos lograron volcar el contenido dentro del vehículo. Latas, botellas y paquetes cayeron en avalancha por el interior. Se metieron de un salto y cerraron como pudieron.

Susan, desde el asiento delantero, miró por la ventanilla con los ojos muy abiertos.

—¡Pops, vienen hacia nosotros!

Los jóvenes les gritaban insultos, avanzando entre los coches del aparcamiento y acercándose cada vez más. Uno de ellos agarró algo pesado del suelo y lo lanzó contra la carrocería, donde rebotó con un golpe seco.

—¡Acelera, Patricia! —gritó Daniel.

Patricia pisó el acelerador. Dio un volantazo brusco para evitar chocar contra un coche estacionado. Varias latas salieron despedidas por la puerta mal cerrada y Homer estuvo a punto de caer al exterior; Daniel lo sujetó con fuerza en el último momento.

—¡Cuidado! —gritó Susan.

Patricia consiguió enderezar la autocaravana, apretó los dientes y hundió el pie en el acelerador. El vehículo se estabilizó al llegar a la calzada y, segundos después, enfiló la carretera a toda velocidad.

El supermercado y el caos del aparcamiento quedaron atrás, perdiéndose en la distancia.

21

La autocaravana avanzó lentamente por una de las salidas de Palma, balanceándose en ocasiones sobre un asfalto cubierto de restos: cristales rotos, señales dobladas, contenedores de basura volcados en mitad de la calzada.

De forma accidental, habían tomado una ruta distinta a la anterior. A ambos lados de la carretera, la ciudad parecía una carcasa vacía, despojada de su pulso habitual. Los semáforos, apagados, colgaban inútiles sobre cruces donde nadie se detenía ya. El apagón general había borrado cualquier rastro de normalidad.

Daniel observó a su esposa con las manos aferradas al volante con demasiada fuerza, el rostro tenso y pálido tras lo sucedido en el supermercado, y los ojos fijos en la carretera como si temiera que en cualquier momento algo surgiera de la nada.

—Patricia, para aquí —le dijo con suavidad, señalando la acera.

Ella obedeció sin protestar. Detuvo la autocaravana y, en silencio, intercambiaron los asientos. Daniel se sentó frente al volante, ajustó el retrovisor y respiró hondo antes de arrancar de nuevo, mientras Patricia se acomodaba a su lado, intentando recuperar la calma.

En la mediana, un vehículo de la Guardia Civil yacía abandonado, con las puertas abiertas y el capó levantado, como si quienes lo ocuparon hubieran salido con prisas y no hubieran mirado atrás. Más adelante, una furgoneta calcinada de la policía local bloqueaba parcialmente un carril.

Las calles laterales mostraban el verdadero rostro del abandono. Escaparates destrozados, persianas forzadas, tiendas saqueadas hasta quedar vacías. Vieron a un grupo de hombres corriendo de un local a otro, cargando cajas y bolsas sin preocuparse por ocultarse. No había nadie que los persiguiera. No había necesidad de cubrirse los rostros: no había cámaras de seguridad que funcionaran.

—Me da mucho miedo todo esto —dijo Susan, mientras, al igual que sus padres y su hermano, observaba atónita el estado de las calles y la creciente sensación de inseguridad.

Cerca de una sucursal bancaria, dos figuras golpeaban con barras de hierro un cajero automático. El ruido seco del metal resonaba en la calle desierta, amplificado por la ausencia de tráfico y voces. En otra esquina ardía un pequeño fuego improvisado con papeles y muebles rotos, que lanzaba una columna de humo gris perdiéndose entre los edificios.

La autocaravana no se detuvo. Pasó de largo, avanzando con cautela, procurando no llamar la atención. Ante ellos, la ciudad se mostraba como un territorio hostil, irreconocible.

Palma ya no era un hogar: era una urbe saqueada y vandalizada, tomada por quienes se movían entre sus ruinas como dueños absolutos.

A medida que se alejaban del núcleo urbano, los edificios se volvían más bajos, las calles más anchas y el paisaje comenzaba a cambiar. El cemento dio paso a solares vacíos y carreteras secundarias. Los últimos edificios quedaron a sus espaldas y, con ellos, los ecos de la violencia que había brotado tras el apagón.

—Bueno, por ahora el peligro ha quedado atrás —anunció Daniel en voz alta—. Lo mejor será regresar al interior de la isla e ir a casa de los abuelos.

—Pero… ¿cuánto tiempo más va a durar esta locura? —preguntó Patricia.

Daniel se volvió un instante hacia su esposa; en su mirada no había duda, solo una confirmación amarga. Después regresó la vista a la carretera.

—Me temo que va para largo. Te lo dije… Esto no era algo puntual. Es mucho más grave de lo que hemos escuchado por la

radio. No estaban informando en directo; eran comunicados pregrabados.

Susan intervino:

—¿No creéis que sería mejor quedarnos en el *camping*? Al menos hasta que la emergencia declarada llegue a su fin.

Por un momento, Daniel guardó silencio y sopesó la propuesta. Allí, lejos de la ciudad abandonada y de los grupos violentos que la saqueaban, quizá aún existiera una oportunidad. No para vivir bien ni cómodos, sino para resistir.

—Es una opción que podemos considerar —dijo al fin—. Primero iremos con los abuelos y después, entre todos, decidiremos cuál será el siguiente paso.

—Y quizá para entonces ya haya vuelto la electricidad —añadió Patricia con un hilo de esperanza.

—Quién sabe… —murmuró Daniel mientras giraba el volante y tomaba una ruta que se internaba hacia el centro de la isla.

Campos agrícolas se extendían a ambos lados, interrumpidos por fincas aisladas y caminos de tierra. No había farolas, ni casas habitadas, ni señales de vida. Solo la carretera secundaria, el motor y la necesidad de sobrevivir.

22

Al cabo de unos minutos, Daniel miró de soslayo a su mujer, sentada en el asiento del copiloto, y después observó a sus hijos por el espejo retrovisor.

En todos reconoció el mismo gesto: miradas tensas, hombros encogidos, un silencio cargado de desasosiego que hacía el aire más pesado dentro de la autocaravana.

—¿Qué os parece un poco de música? —propuso, intentando aliviar la tensión.

Patricia negó despacio con la cabeza.

—Creo que es mejor que paremos a comer —respondió, señalando el interior del vehículo—. Mira cómo está todo.

Latas, paquetes y bolsas volcados cubrían el suelo de la autocaravana, rodando con cada curva.

Homer, tumbado de medio lado en su asiento, tenía los pies apoyados sobre el carro del Aldi que aún ocupaba parte del pasillo. Susan, por su parte, mantenía los pies sobre el asiento, abrazándose las rodillas.

—Y también tenemos que deshacernos de este carro —añadió Patricia—. No nos va a servir de nada aquí dentro.

Daniel volvió la vista al frente, apretó un poco más el volante y respiró hondo. Tal vez parar un momento, comer algo y ordenar el caos fuese lo único que podían permitirse para recuperar un mínimo de normalidad.

A pocos metros distinguió un desvío casi oculto por la maleza. Era una carretera de tierra estrecha que se internaba entre un campo de olivos centenarios, cuyas copas retorcidas proyectaban sombras irregulares sobre el camino. Tras una breve vacilación, decidió hacer una parada.

Aparcó el vehículo bajo la sombra de varios árboles, apagó el motor y durante unos segundos solo se oyó el chasquido del metal al enfriarse y el canto lejano de algún pájaro.

—Antes de comer quiero enseñaros a disparar —dijo de sopetón, rompiendo el silencio.

Patricia dio un respingo en su asiento y se volvió hacia él con el ceño fruncido, como si no hubiera escuchado bien.

—Dan… ¿no lo dirás en serio?

Él la miró con calma, sin rastro de broma en los ojos, y asintió lentamente.

—Mira, no quisiera que os encontrarais en una situación extrema y no supierais cómo defenderos. No hablo de jugar a los soldados, sino de estar preparados.

Patricia soltó una breve risa nerviosa y le señaló con el índice, incapaz de ocultar su enfado.

—Esto ya se nos está yendo de las manos —negó con la cabeza y se giró hacia el fondo del vehículo—. Susan, Homer, bajaos y esperadnos fuera. Vuestro padre y yo tenemos que hablar.

Los dos descendieron de la autocaravana en silencio. El aire olía a tierra seca y a hojas de olivo. Susan caminó unos pasos y se sentó sobre un pequeño montículo de tierra, con los brazos rodeando las rodillas. Homer se quedó de pie un momento, indeciso, hasta que recogió una rama del suelo y comenzó a trazar líneas irregulares en la tierra, como si dibujara un mapa que solo él podía entender.

—Pops me dijo que estabas en contra de que fuera al internado —dijo sin mirarla.

Susan mantenía la vista fija en el paisaje, en la ondulación tranquila del campo que se perdía a lo lejos.

—Sí.

Homer hizo una línea más profunda en la tierra y frunció el ceño.

—Creía que yo no te importaba.

Ella parpadeó despacio, como si esas palabras le hubieran dolido más de lo esperado.

—Eres tonto —respondió al fin, con suavidad—. ¿Por qué no me ibas a importar? Eres mi hermano, ¿no? ¿Te crees que porque tengas síndrome de Down no te voy a querer?

Homer encogió los hombros, sin dejar de mover la rama.

—Es que nunca me preguntas por el colegio.

Susan se giró entonces y lo miró de frente, sorprendida por la sinceridad de su reproche.

—Cuéntame algo de tu colegio.

Homer levantó la cabeza y una sonrisa lenta empezó a dibujársele en la cara.

—Tengo novia. ¿Lo sabes?

Susan estuvo a punto de romper a carcajadas por el tono inocente y a la vez juvenil que había empleado, pero se contuvo al ver la expresión solemne de su hermano.

—Venga, ya —dijo, sin poder evitar una sonrisa—. ¿Cómo se llama?

Homer se hizo el remolón, balanceándose de un lado a otro, saboreando la importancia del momento, como si estuviera a punto de revelar un secreto extraordinario.

—Se llama Doris —respondió al fin—. Y tengo una foto. Si quieres, te la enseño.

Susan sonrió. Antes incluso de verla, ya tenía preparada la frase adecuada: «Es preciosa». «Es muy guapa». Algo así, ya que daba por hecho que Doris también tendría síndrome de Down y, aunque fuera bonita, quería evitar cualquier comentario que pudiera sonar condescendiente.

—Sí, enséñame su foto.

Homer se dejó caer al suelo junto a ella. Se metió la mano en el bolsillo, sacó un monedero pequeño y gastado y, de su interior, extrajo una fotografía doblada con cuidado. La desplegó lentamente y se la mostró.

—¿Ella es tu novia? —preguntó Susan, visiblemente sorprendida.

En la imagen aparecía una mujer adulta, atractiva, vestida con un top deportivo. No tenía síndrome de Down. La foto parecía tomada

en el interior de una pista de baloncesto cubierta.

—Es mi profesora de deporte —aclaró Homer con total naturalidad.

Susan le devolvió la fotografía soltando un suspiro largo.

—¿Ella lo sabe?

—Sí.

—¿Ah, sí?

—Está de acuerdo en mantener una relación abierta.

Susan arqueó una ceja.

—¿Abierta?

—Sin compromiso —explicó—. Hemos quedado en que solo nos vemos en su clase. Por eso yo no me pierdo ninguna.

Susan comprendió entonces que la profesora Doris había sabido manejar con inteligencia una situación potencialmente incómoda. Lejos de alimentar malentendidos o herir a Homer, había reconducido su entusiasmo hacia un terreno seguro, transformando lo que podía haber sido un conflicto en una relación basada únicamente en la amistad y el respeto.

Susan valoró ese gesto silencioso, esa forma discreta y profesional de proteger a uno de sus alumnos sin hacerlo sentir rechazado.

—Ya… ya —murmuró ella, sin saber muy bien qué más decir.

En ese instante, Patricia y Daniel salieron de la autocaravana.

Daniel arrastró el carro del Aldi unos metros por la tierra seca hasta que las ruedas se atascaron. Lo volcó con un golpe sordo y utilizó la superficie metálica como soporte improvisado, colocando varias latas en fila con cuidado. Después retrocedió unos pasos. Volvió a la autocaravana, tomó la bolsa del Aldi del interior y regresó hacia ellos, decidido.

—Homer, tú el primero —dijo mientras sacaba una pistola de la bolsa—. Ven aquí. Mira cómo lo hago yo.

—Entonces, ¿habéis decidido convertirnos en justicieros? —preguntó Susan con sarcasmo.

—Vuestro padre nos enseñará a disparar, por si alguna vez tenemos que usar las armas —dijo Patricia—. Solo en ese caso recurriremos a las pistolas.

Hacía apenas unos minutos, Daniel había logrado convencer a Patricia. No fue una discusión rápida ni fácil. Le habló de los episodios violentos que ya habían presenciado, de lo cerca que habían estado del peligro y de cómo el estado de emergencia, lejos de apaciguarse, podía prolongarse durante días y traer consigo situaciones aún peores. Le insistió en que no se trataba de volverse paranoicos ni de vivir con miedo, sino de estar preparados.

Saber cómo disparar una pistola podía marcar la diferencia entre huir a tiempo o no hacerlo, entre proteger a sus hijos o quedarse paralizados ante una amenaza real. Ella misma debía ser capaz de defenderse si la seguridad de la familia se veía comprometida. Tenían que asumir que, en circunstancias extremas, nadie vendría a ayudarlos.

Patricia le había escuchado en silencio, con el rostro tenso. Jamás habría imaginado que algo así pudiera formar parte de sus vidas y la sola idea de aceptarlo le resultaba casi insoportable.

—Quién hubiera pensado que llegaríamos a esta situación cuando emprendimos el viaje —murmuró, más para sí misma que para Daniel.

Tras unos segundos que parecieron eternos, la razón terminó imponiéndose al miedo. Respiró hondo, asintió con un gesto cansado y, finalmente, accedió.

23

Daniel les hizo una demostración pausada de cómo se manejaba la pistola, una semiautomática del calibre 9 mm que parecía más pesada de lo que cualquiera habría imaginado.

El primer disparo falló y la bala se perdió en el campo abierto, pero en el segundo intento una de las latas dio un salto brusco y salió volando varios metros. Daniel sonrió, satisfecho.

Después vino Homer, impaciente como un niño ante un juguete nuevo. Desde el primer momento mostró una actitud decidida, casi ansiosa, por aprender. Asimiló las indicaciones con rapidez y, para sorpresa de todos, enseguida se movía con soltura: quitaba el seguro, apuntaba y disparaba en una secuencia casi natural. El sonido seco de los disparos resonó dos veces y dos latas cayeron. Homer levantó los brazos, eufórico, con una sonrisa amplia que delataba su orgullo.

A Susan tampoco se le dio mal, aunque su aproximación fue más cautelosa. Comentó que en las películas todo parecía sencillo, elegante incluso, pero que la realidad era muy distinta. Tomó el arma con manos torpes y notó un peso extraño, ajeno a cualquier objeto cotidiano. Daniel se situó a su espalda y le dio instrucciones precisas. Ella tuvo que afirmarse bien sobre los pies y sujetar la pistola con ambas manos, concentrada, intentando no perder el equilibrio. Apuntó a las latas alineadas y, cuando finalmente decidió disparar, el estallido le sacudió el pecho antes incluso de llegarle al oído. El retroceso la sorprendió: seco, brusco, como un empujón

inesperado. Bajó el arma despacio, respirando hondo, y sonrió satisfecha.

Con Patricia fue diferente. Al principio se negó rotundamente. Cruzó los brazos y negó con la cabeza, incómoda. Pero Susan y Homer, animados y entre risas, se unieron a Daniel para insistir, repitiendo casi a coro:

—*You're one of us. You're one of us…*

Al final, vencida por la presión, aceptó. Siguió las instrucciones de Daniel con rigidez, como si el arma pudiera reaccionar por sí sola. Cerró los ojos un instante antes de disparar. El tiro se perdió más allá de donde estaban alineadas las latas, y Patricia soltó el arma de inmediato, nerviosa, con un gesto que mezclaba alivio y desconcierto.

Después organizaron el interior de la autocaravana, acomodando las bolsas y cajas como pudieron. Susan no perdió la ocasión de reprocharle a su hermano la exagerada cantidad de salchichas en lata y paquetes de sobrasada que había sacado del supermercado. Aun así, tuvo que admitir —respaldando el comentario de su madre — que al menos Homer había tenido el acierto de centrarse en alimentos en conserva, fáciles de almacenar: sardinas, atún, anchoas, aceitunas, tabletas de chocolate e incluso botes de crema de cacahuete y de almendra. Comida simple, pero resistente al tiempo y a la incertidumbre.

—¿Y esto qué es? ¿Helados? —preguntó Susan, alzando el paquete con curiosidad.

Homer esbozó una sonrisa traviesa.

—Mochis, un dulce japonés hecho con arroz —respondió—. Están buenísimos; ya verás.

—Ya… y llenos de azúcar.

Comieron algo ligero como aperitivo; abrieron unas bolsas de patatas y repartieron pan con sardinas.

Daniel prefirió no gastar innecesariamente la batería del vehículo usando la vitrocerámica, ahora que habían perdido las placas solares y no sabían cuándo volverían a llenar el depósito.

Todos coincidían en que, cuando llegaran a casa de los abuelos, les aguardaría la deliciosa comida casera mallorquina de la abuela.

El ambiente parecía casi tranquilo, engañosamente normal. Por un momento, la situación de emergencia quedó suspendida en un segundo plano.

Se permitieron disfrutar del buen clima mientras compartían una tableta de chocolate. Los mochis solo conquistaron a Homer y a su madre. A Susan y a Daniel, en cambio, les pareció un dulce demasiado empalagoso, excesivamente azucarado para su gusto.

Evitaron hablar de lo que ocurría fuera de aquel pequeño oasis improvisado y, en su lugar, la conversación derivó hacia *Lo que el viento se llevó*.

Entre risas contenidas, fueron testigos de cómo Homer imitaba a Clark Gable, exagerando gestos y poses, arrancándoles sonrisas que, aunque breves, servían para olvidar —aunque solo fuera un instante — la fragilidad de todo lo demás.

Fue entonces cuando Susan entrecerró los ojos y señaló a lo lejos.

—Pops, alguien se acerca.

Todos siguieron su mirada, más allá del campo abierto. Una figura masculina se aproximaba hacia ellos con paso ligero.

Daniel notó que algo se tensaba en su interior. No era miedo, sino una alerta. Actuó de inmediato. Sin hacer ruido, se colocó una pistola en la parte trasera del pantalón y la cubrió con el faldón de la camiseta. La otra la ajustó al cinto, bien visible. Quería que se viera. Que el mensaje fuera claro.

Patricia lo observó, sorprendida.

—¿De verdad crees que es necesario?

—Es importante dar una imagen de protección —respondió Daniel, sin apartar la vista del hombre que se acercaba.

Mientras avanzaba unos pasos para interponerse entre el desconocido y la autocaravana, Daniel reparó en cómo el visitante recorría la escena con la mirada: el vehículo, la mesa plegable, los restos de comida. No parecía curioso, sino calculador, como si estuviera haciendo inventario. Aquello terminó de ponerlo en guardia.

El hombre rondaría los treinta años. Era corpulento, de espaldas anchas y brazos fuertes, con la barba mal recortada y el cabello

despeinado.

—Quédese quieto donde está —ordenó en voz alta, apoyando la mano sobre la culata de la pistola que sobresalía de su cintura.

El hombre alzó las manos con un gesto rápido.

—Necesitamos ayuda —dijo, señalando hacia algún punto más allá del campo de olivos—. Mi mujer está embarazada y hemos tenido un pinchazo en el coche.

Daniel no se relajó.

—¿Y?

Patricia lo miró sorprendida, incapaz de comprender cómo su marido podía mostrar tan poca empatía ante alguien que, aparentemente, necesitaba ayuda.

—Necesito un gato para cambiar la rueda —añadió el hombre—. Salimos de casa con urgencia… sin revisar las herramientas que pudiéramos necesitar.

Patricia, sin embargo, se adelantó a responder, lo que provocó que Daniel frunciera el ceño.

—Mi marido irá con usted. Además, tenemos comida suficiente con nosotros —dijo ella—. Si quiere, luego pueden venir.

—Muchas gracias, señora —respondió el hombre, con un gesto que mezclaba complacencia y alivio.

A Daniel no se le escapó un detalle inquietante: el desconocido evitaba mirar directamente el arma visible en su cinturón. Aquello le resultó profundamente sospechoso.

—Sí, después podemos venir aquí en coche con su marido —continuó el hombre—. Mi mujer estará encantada de conoceros y comer algo con ustedes.

El comentario sonaba demasiado forzado, demasiado bien estructurado. Daniel no pudo evitar pensar que aquello parecía un guion preparado de antemano. Aun así, cogió el gato de la autocaravana.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Homer, con ingenuidad.

—Tú quédate aquí con tu madre y tu hermana —ordenó Daniel con firmeza, sin apartar los ojos del visitante.

En su mente, las piezas no terminaban de encajar. Una mujer embarazada, un coche fuera de la vista, un hombre fuerte que

necesitaba ayuda y que, curiosamente, parecía medir cada palabra y movimiento. «Y sin las herramientas necesarias para cambiar una rueda», se dijo a sí mismo. Daniel estaba decidido a no bajar la guardia. Si aquel extraño tenía otras intenciones, no pensaba descubrirlas cuando ya fuera demasiado tarde.

Ambos se alejaron poco a poco, hasta que sus figuras se diluyeron en la distancia y dejaron de ser visibles en el campo abierto.

24

Patricia terminaba de ordenar la comida enlatada en uno de los armarios cuando la voz de Susan rompió el silencio.

—Mamá, ¿qué podrá comer una mujer embarazada? —preguntó—. Podríamos hacerle una tortilla si Pops está de acuerdo en usar la vitrocerámica.

Patricia se detuvo un instante, como si la pregunta la hubiera devuelto de golpe a la situación.

—Una tortilla está bien —respondió al fin—. También tenemos bastante jamón y queso.

Mientras tanto, Homer estaba inclinado sobre la bolsa del Aldi, donde Daniel tenía guardados las pistolas y los cargadores. Miró dentro con curiosidad, apartando ligeramente el plástico. Frunció el ceño y, sin bajar la voz, preguntó:

—¿Por qué Pops se ha llevado dos pistolas? Solo hay una…

—Homer, deja esa bolsa donde está —ordenó Patricia con rapidez, sin mirarlo siquiera.

—Sí, mamá —respondió él, obediente, cerrando la bolsa.

Patricia salió entonces de la autocaravana y se quedó de pie, inmóvil, con los brazos pegados al cuerpo, contemplando el horizonte abierto del campo. Una inquietud muda le oprimía el pecho. «¿Por qué se habrá llevado dos pistolas?», se preguntó a sí misma, incapaz de apartar esa duda de su mente.

Susan y Homer se colocaron a su lado, siguiendo su ejemplo, los tres con la vista fija en la misma dirección, esperando distinguir

alguna señal, alguna figura que regresara.

El aire parecía suspendido, demasiado quieto.

Entonces se escucharon los disparos.

Primero uno. El sonido seco y lejano quebró el silencio como un latigazo. Luego un segundo, un tercero y un cuarto, y enseguida varios más, encadenados.

Patricia sintió cómo el corazón le daba un vuelco. Nadie habló. Nadie se movió. Susan se aferró a su madre, rodeándola con los brazos, mientras Homer, también asustado, le apretaba la mano con fuerza. El eco de los disparos se extendía por el campo, rebotando en la distancia, como si el propio paisaje respondiera al estruendo.

25

Mientras caminaban, el hombre no dejaba de hablar, como si el silencio y la escasa disposición de Daniel a conversar le resultaran insoportables.

—Cuando salimos de Palma vimos un edificio en llamas —decía —, pero no había bomberos. Es todo un caos. También encontramos coches desguazados por los márgenes de la carretera y gasolineras cerradas; o bien tenían un cartel de «Cerrado» o uno aún peor: «No queda gasolina». Las carreteras están casi vacías. Rara vez se ve algún vehículo. La gente que puede huye de la isla. Tengo entendido que ayer el Gobierno habilitó varios ferris gratuitos para ir a la península.

Daniel, con el gato y las herramientas en las manos, escuchaba sin interrumpir, atento más al tono que a las palabras. Aquel discurso parecía falso, forzado, demasiado fluido, como si el hombre necesitara distraerlo.

Descendieron en silencio por una leve pendiente hasta llegar a un claro. Allí abajo había un coche aparcado: un Audi A4 azul.

A medida que se acercaban, Daniel sintió cómo su desconfianza comenzaba a aflojar. Tal vez estaba equivocado. Tal vez el hombre decía la verdad y él se estaba dejando llevar por la paranoia de los últimos días. Pero la sensación duró apenas un instante.

En el asiento trasero del vehículo había alguien más. Y no era una mujer. Daniel lo vio de reojo, lo justo para confirmar la silueta antes de recomponer el gesto y fingir que no había notado nada. Era

un hombre. No había ninguna mujer embarazada. Su pulso se aceleró, pero su rostro permaneció impasible.

—Qué absurdo es todo esto, ¿verdad, amigo? —dijo de pronto el hombre, señalando el coche—. Un pinchazo en mitad de la nada. Quería evitar la carretera comarcal y meterme por estos caminos de campo y… ¡fíjate qué mala suerte!

Daniel giró la cabeza apenas un segundo, siguiendo el gesto de la mano que le indicaba la rueda.

Entonces el hombre se abalanzó sobre él con una rapidez inesperada y le arrancó la pistola del cinto de un tirón. Todo ocurrió en un parpadeo. Daniel no tuvo tiempo de reaccionar. El peso del error le cayó encima al mismo tiempo que comprendía, demasiado tarde, que sus sospechas nunca habían sido infundadas.

—¡Pedro! —gritó a su compañero—. Cárgatelo tú, que yo ya estoy cansado de caminar por el campo.

Del interior del Audi salió un hombre gordo pero corpulento, con una fuerza evidente y movimientos sorprendentemente ágiles. Llevaba una escopeta en la mano, sujeta con naturalidad, como si formara parte de él.

—Allí arriba tenemos una autocaravana llena de cosas… y dos mujeres guapas —añadió, con una sonrisa torcida, casi divertida.

Daniel escuchó esas palabras con una calma tensa. El muy imbécil le había arrebatado la pistola y, confiado, le había dado la espalda sin siquiera registrarlo. Solo soberbia.

Fue entonces cuando Daniel actuó. Dejó caer al suelo el gato y las herramientas que sostenía. Aquel pesado ruido metálico los distrajo lo suficiente. Con un movimiento rápido y limpio, sacó la pistola que llevaba escondida a la espalda y la apoyó firmemente contra la nuca del hombre. El frío del metal contrastaba con el calor de la piel. Ahora era él quien llevaba ventaja.

—Pedro, tira la escopeta al suelo —le ordenó Daniel—. O tu amigo muere.

Pero, en lugar de obedecer, Pedro levantó el arma. Tal vez por puro instinto, de manera automática, con gestos mecánicos; quizá sin llegar a pensar realmente en las consecuencias de aquel movimiento.

Daniel empujó hacia adelante al hombre que mantenía encañonado, que cayó de bruces, y disparó contra Pedro: un disparo le impactó en el pecho y otro en pleno rostro. El cuerpo cayó al suelo como un pelele.

El otro, aterrorizado, se incorporó del suelo dando gritos ahogados y agitaba la pistola de un lado a otro. Comenzó a disparar a ciegas: un tiro perforó la chapa del Audi y otro alcanzó el cristal de una ventanilla.

Daniel se lanzó hacia un lateral y, al tocar el suelo, disparó dos veces sin perder un instante. Ambos disparos le dieron al hombre en el pecho. Cayó y no se movió.

Entonces recogió la pistola que le habían arrebatado, el gato y las herramientas, y emprendió el camino de vuelta, con el pulso acelerado y la mente alerta a cualquier movimiento a su alrededor.

A mitad del recorrido, vio a Homer corriendo hacia él con los brazos abiertos y la cara iluminada por una mezcla de alivio y admiración.

Durante un instante, Daniel se permitió olvidar la tensión de los últimos minutos; hacía tiempo que no se sentía tan feliz al ver a su hijo.

Cuando se encontraron, se abrazaron con fuerza, como si aquel gesto pudiera borrar por completo el miedo reciente. Los hombros de Daniel se relajaron mientras sentía la respiración agitada de Homer junto a la suya. Tras unos segundos, separándose ligeramente pero sin soltarse, continuaron caminando, agarrados, hacia la autocaravana.

26

Antes de continuar el viaje, Daniel se volvió hacia su familia con un semblante serio, casi sombrío. El incidente que acababan de vivir, les explicó con voz firme, no podía ser olvidado: era una lección que tenían que asumir.

—En tiempos de caos y emergencia, la desesperación y el miedo hacen que muchas personas pierdan sus límites —comenzó—. No todos los que se acercan pidiendo ayuda lo hacen con buenas intenciones; algunos ven la vulnerabilidad ajena como una oportunidad para robar, engañar o incluso hacer daño. Por eso debemos mantenernos alerta, evaluar cada situación con cuidado y protegernos antes de ofrecer asistencia. No se trata de egoísmo, sino de prudencia.

Patricia asintió, pero su voz tembló apenas cuando habló:

—No debemos volver a separarnos —dijo—. Pero tampoco debemos desconfiar. Todavía tiene que haber buena gente.

—La buena gente que había ya se marchó de Mallorca, Pops — intervino Homer. Lo dijo de manera espontánea, aunque sus palabras reflejaban una madurez inesperada que revelaba la dureza de la realidad.

Daniel miró fijamente a Patricia. En la convicción de su esposa vio un resquicio peligroso, una actitud que, en la próxima crisis, podría poner en riesgo la seguridad de sus hijos.

—Patricia —murmuró él, con un hilo de preocupación—, la desconfianza no nace del egoísmo. Surge de la experiencia. En

medio del caos, no todos buscan sobrevivir juntos; algunos solo buscan aprovecharse. Y nosotros no podemos permitirnos ignorarlo. Este apagón va para largo. Necesito que te hagas cargo de la logística. Tenemos que ser extremadamente cuidadosos con los alimentos. No sabemos cómo lo están pasando tus padres; igual no tuvieron tiempo de aprovisionarse. —Alzó la voz para que sus hijos lo escucharan—. Quiero decir que debemos conseguir que toda la comida dure el mayor tiempo posible. Usar el sentido común. ¿Me escucháis?

Susan y Homer respondieron al unísono:

—Sí, Pops.

—Bien. Entonces tenemos que vivir como si cada comida fuera la última —continuó Daniel—, porque si en el plazo de una semana no encontramos la forma de abastecernos, podría llegar un momento en que nos quedemos sin alimentos.

—Pops, ¿el apagón va a durar tanto? —se quejó Susan.

—¿Llegaremos pronto a casa de los abuelos? —preguntó Homer, con impaciencia.

Daniel alzó la vista hacia el espejo retrovisor y los observó a ambos antes de arrancar y volver a concentrarse en la conducción.

—Es solo por precaución, Susan. No quiero alarmaros. Y sí, Homer, llegaremos esta tarde a casa de los abuelos. Pero como no sabemos en qué situación nos vamos a encontrar, es mejor prevenir.

—¿Qué quieres decir, Pops? —preguntó Homer.

—Que puede que los abuelos no hayan tenido tiempo de ir al supermercado y dependan de la comida que llevamos nosotros.

—Ah, okey, Pops —respondió Homer y añadió con una sonrisa—: Al abuelo le encantan las salchichas.

—Pero las de la carnicería —replicó Susan.

—Los dos tipos vienen de animales.

—Homer, las de la carnicería son frescas. Las de lata son carne procesada.

Él se cruzó de brazos, molesto y con el ceño fruncido al ser contrariado.

—Al abuelo le gustarán.

Un silencio denso se adueñó de la autocaravana mientras avanzaban por la carretera desierta. Nadie hablaba. El único sonido era el zumbido constante del motor y un leve traqueteo al pasar por los baches.

—Tengo que hablar contigo —dijo Patricia de pronto, rompiendo el silencio.

Daniel le lanzó una breve mirada y volvió a fijar los ojos en el asfalto.

—Dime.

Susan y Homer se inclinaron hacia delante desde los asientos traseros, atentos, intuyendo que aquella conversación no sería trivial.

—No con los niños escuchando.

Daniel alzó la mirada y vio a sus hijos atentos a la conversación. Asintió lentamente.

—De acuerdo. Pararé y hablamos fuera.

Redujo la velocidad hasta detener la autocaravana en la cuneta. El polvo se levantó a su alrededor cuando apagó el motor. Ambos bajaron y caminaron unos metros, alejándose del vehículo, hasta quedar frente a frente.

27

Desde la puerta entreabierta, Susan y Homer asomaron la cabeza. Iban a ser testigos de algo que, hasta ese momento, nunca habían visto: una discusión seria entre sus padres.

—Meteros dentro, por favor —dijo Daniel con firmeza.

Esperó a que obedecieran y cerraran la puerta. Entonces miró directamente a Patricia a los ojos.

—Dime.

Ella tragó saliva.

—¿Mataste a aquel hombre?

El mundo pareció detenerse. El viento sopló suavemente entre los arbustos, y durante unos segundos ninguno de los dos habló.

—Sí —respondió él al fin—. A él y a su amigo. Pero fue en defensa propia.

Patricia se llevó las manos al rostro, apretándoselo con desesperación, como si así pudiera borrar la respuesta.

—Tenemos que informar a la policía.

—¿A la policía? —replicó Daniel, incrédulo—. Pero si no la hay, Patricia.

—Pues cuando la haya. Cuando vuelva la normalidad. ¿Sabes siquiera quiénes eran? ¿Sus nombres?

—No. No lo sé —negó con la cabeza—. Pero eran delincuentes. Eso sí lo sé.

—¿Y tú cómo puedes saber eso?

Las imágenes regresaron a la mente de Daniel con una claridad inquietante: los dos hombres, sus miradas, sus gestos. No tuvo que pensarlo demasiado.

—La ropa —explicó—. Era nueva, holgada, incluso mal combinada. Como si se hubieran vestido a toda prisa con lo primero que encontraron, sin preocuparse por la talla. Ropa nueva sin estrenar, de marca. Habrían asaltado alguna tienda en Palma. Además, nos vieron desde la carretera, pero no se acercaron directamente. Aparcaron en el campo, a distancia, para observarnos. Luego uno vino a pedir ayuda, para medir el nivel de peligro. Cuando me vio armado, se inventó lo de la rueda. Quería llevarme con él, matarme, y luego volver con su amigo para robarnos la autocaravana y todas nuestras pertenencias.

Patricia parecía no escucharlo.

—Has matado a dos personas, Dan —dijo con la voz quebrada.

—Podía haber muerto yo —replicó—. Y luego tú. Y Susan. —Tragó saliva antes de añadir—. Y antes podrían haber intentado violaros. Y a Homer lo habrían matado sin dudarlo en cuanto lo vieran. Tenemos que ser más duros. Más realistas frente a lo que nos enfrentamos. Más pragmáticos.

—¿Pragmáticos? —repitió ella, horrorizada.

—Patricia, mi deber es proteger a mi familia. La violencia es inevitable cuando te enfrentas a asesinos y criminales. Yo no soy uno de ellos. Pero la realidad ha cambiado. Cualquier encuentro con extraños puede convertirse en una amenaza, os lo he dicho y no me cansaré de repetirlo. Ya lo vimos en la gasolinera, en el supermercado… y ahora con ese hombre. Ya no existe la solidaridad. Solo el interés propio. Y mi única responsabilidad absoluta es proteger a mi mujer y a mis hijos, incluso si eso implica dañar a otros. Incluso si tengo que matar. Para sobrevivir hay que tomar decisiones extremas, aunque eso signifique romper la ley.

Patricia permaneció en silencio. No sabía qué decir. Desde dentro de la autocaravana, Susan y Homer escuchaban sin respirar, con la puerta entreabierta.

—Oh, Dan… —susurró ella finalmente, avanzando un paso.

Lo abrazó con fuerza y rompió a llorar contra su pecho, como si en ese gesto se mezclaran el amor, el horror y la aceptación forzada de un mundo que ya no reconocía.

Homer empujó la puerta y la abrió de golpe. Al ver la escena, una sonrisa enorme se le dibujó en el rostro y comenzó a aplaudir con entusiasmo.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Susan tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caer al suelo. Cuando recuperó el equilibrio, la emoción pudo más que el desconcierto y corrió hacia sus padres, envolviéndolos en un abrazo.

Homer dejó de aplaudir y se unió al abrazo.

Una vez de vuelta en la autocaravana, ya en marcha por la carretera, Daniel rompió el silencio y preguntó en voz alta:

—¿Qué os parece si ponemos un poco de música?

Homer se adelantó de inmediato y tomó el mando a distancia del estéreo con una sonrisa confiada.

—Yo me encargo, Pops.

Susan se cruzó de brazos y arqueó una ceja, escéptica.

—Sí, claro… la que a ti te gusta.

Homer estiró el brazo y seleccionó la canción número siete de su *pen drive* conectado al aparato. Al instante, el interior del vehículo se llenó con los primeros acordes de *The Safety Dance*, de Men Without Hats.

—Pero ¿de dónde saca estas canciones tan raras? —preguntó Susan en voz alta, negando con la cabeza, aunque una sonrisa traicionera comenzaba a asomarle en los labios.

Mientras tanto, Homer ya se movía en el asiento al ritmo de la música, levantando los brazos en el aire y cantando el estribillo con entusiasmo:

—*We can dance, we can dance / Everybody look at your hands / We can dance, we can dance / Everybody's taking the chance…*

Daniel y Patricia no pudieron evitar reír, contagiados por la energía desbordante de Homer y el ambiente despreocupado que llenó la autocaravana.

28

Llevaban unos veinte minutos de trayecto cuando Daniel notó algo que le erizó la nuca: un coche de la Guardia Civil circulaba tras ellos, manteniendo la misma distancia desde hacía varios minutos. «¿Y ahora qué?», se dijo a sí mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó Patricia.

Antes de que él pudiera responder, ella giró ligeramente la cabeza y miró por el espejo retrovisor derecho. Su expresión cambió al instante.

—Es la Guardia Civil… ¿No se suponía que todos se habían ido hacia la costa o fuera de la isla?

Daniel soltó un suspiro breve, cargado de resignación.

—Por lo visto, estos no.

Patricia estaba asustada.

—¿Y si saben lo que pasó con esos hombres a los que disparaste…?

—No puede ser.

—Las huellas de la autocaravana nos habrán delatado…

—No, no lo creo —insistió Daniel.

El coche siguió detrás de ellos durante unos minutos más, sin adelantar ni quedarse atrás, como si los estuviera midiendo. En la parte trasera, Susan y Homer no apartaban la vista de la ventanilla.

—Sentaos bien hacia delante y dejad de mirar atrás —ordenó Daniel en voz baja, pero firme.

El coche encendió las luces azules, aunque mantuvo la velocidad durante unos segundos más, como si prolongara la tensión.

Daniel buscó con la mirada un lugar adecuado y, al ver un arcén amplio junto a un terreno despejado, redujo la marcha y se detuvo. El coche patrulla paró unos metros más atrás.

A través del espejo retrovisor, Daniel vio cómo uno de los agentes abría la puerta y bajaba del vehículo. Era alto y delgado. Caminaba despacio, con una calma que resultaba inquietante, observando la autocaravana con una mezcla de curiosidad y cautela. Se quedó parado un instante mirando la pegatina de la empresa de alquiler. Su mano derecha descansaba sobre la empuñadura de la pistola enfundada.

Homer se inclinó hacia la cabina y preguntó:

—Pops, ¿qué hacemos?

—Mantener la calma —contestó Daniel—. Siéntate bien y quédate quieto.

Antes de que el agente llegara a la ventanilla del conductor, Daniel alargó la mano hacia la bolsa del Aldi donde guardaban las armas. Sacó una de las pistolas y la sostuvo un segundo, firme. Luego se la deslizó bajo el faldón de la camiseta.

Se giró hacia la parte trasera.

—Susan, dame una sudadera de las que hay en las mochilas.

Susan abrió una de ellas con manos nerviosas. Primero sacó un jersey, lo apartó y luego encontró la sudadera deportiva con capucha y cremallera. Se la tendió sin decir nada. Daniel se la puso con rapidez, acomodando la prenda hasta cubrir por completo el bulto rígido de la pistola.

Patricia reaccionó al instante. Le agarró el brazo con fuerza y lo miró con un gesto de súplica.

—Dan, por favor —susurró, con la voz temblando—. Ni se te ocurra.

—Solo es una precaución.

El agente se giró y le hizo una seña a su compañero, que salió del coche por la puerta del conductor. Llevaba una barba demasiado poblada. Era más corpulento que su compañero y el uniforme le

quedaba estrecho, forzado en los hombros y el pecho, como si no hubiera sido confeccionado para él.

Daniel lo vio rodear la autocaravana por el lado opuesto y detenerse allí, a la espera, atento, como si siguiera un protocolo.

El primer guardia se acercó a la ventanilla. Daniel bajó el cristal.

—Hola, agente. ¿En qué podemos ayudarle?

La pregunta le sonó torpe incluso a él mismo, pero necesitaba tomar la iniciativa. Hablar primero era una forma de marcar el terreno, de transmitir normalidad y, al mismo tiempo, ganar unos segundos valiosos.

—Caballero, enséñeme su carnet de conducir.

Daniel abrió la guantera y sacó un estuche de plástico.

—Aquí lo tiene. Es internacional.

El agente lo tomó y leyó el nombre con detenimiento.

—No es usted español.

Patricia intervino con rapidez, adelantándose.

—Mi marido es estadounidense y nuestros hijos también. Pero yo soy española, de aquí, de Mallorca.

El agente alzó la barbilla y la miró durante un segundo. Luego se inclinó ligeramente para observar el interior de la autocaravana. Al ver a los jóvenes sentados en los asientos traseros, apretó la mandíbula.

Devolvió el carnet a Daniel.

—Muy bien, caballero. Este vehículo es de alquiler. ¿Puede enseñarme la documentación?

Daniel volvió a la guantera y sacó un puñado de hojas dobladas y grapadas.

—Aquí la tiene.

El agente tomó los papeles y volvió a tensar la mandíbula. Parecía inquieto, como si al principio hubiera dudado de que aquellos pasajeros fueran legítimos y todavía no hubiera terminado de convencerse.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Vamos a casa de mis suegros en Portocolom —respondió Daniel—. Estamos preocupados…

El agente lo interrumpió.

—¿Por qué no han evacuado la isla?

—Pues, mire usted…

—Salga del vehículo, por favor —ordenó el agente, interrumpiéndolo de nuevo. Dio unos pasos atrás y, con el pulgar, quitó la correa de la funda de su pistola.

—Oiga, no hemos infringido ninguna norma —intervino Patricia, con la voz tensa.

—Usted quédese donde está —dijo el agente, y sin apartar la mirada de Daniel, añadió—: Por favor, salga.

Él levantó una mano en dirección a Patricia, pidiéndole calma, y obedeció sin decir nada.

Caminaron en paralelo hasta alcanzar la parte trasera de la autocaravana. Daniel notaba el peso de cada paso, como si el aire se hubiera vuelto más espeso. Desde el interior, Patricia los seguía a través del espejo retrovisor, sin perder detalle de la escena.

—¿Cómo quiere que lo hagamos, caballero? —preguntó el guardia civil, procurando mantener la voz firme.

El segundo guardia civil se acercó con rapidez y se colocó junto a su compañero, cerrándole el paso y situándose frente a Daniel.

—Pues, mire usted…

El guardia civil no le dejó terminar.

—Solo hay tres opciones —dijo el agente, con un tono bajo pero autoritario—. Y yo le diré cuál es la que le recomiendo, por el bien de su familia.

Daniel se tensó, pero mantuvo la compostura.

—Primera opción: usted se resiste, yo le detengo y lo llevo al cuartel de Palma.

—¿De Palma? —replicó Daniel—. Estamos muy lejos de allí.

El agente ignoró el comentario, como si no lo hubiera oído.

—Allí permanecerá hasta que todo vuelva a funcionar y sea juzgado. Segunda opción: nos acompaña voluntariamente al cuartel, requisamos el vehículo y, después de rellenar ciertos formularios, se marcha con su familia por su cuenta.

—¿Por qué? —preguntó Daniel, ya sin disimular la desconfianza.

El agente esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—Tercera opción, y es la que mi compañero y yo le recomendamos —dijo, girando la cabeza hacia los campos que se extendían a un lado de la carretera—. Usted se marcha andando con su familia hacia allí, lejos de aquí. Nosotros nos quedamos con el vehículo y nos lo llevamos al cuartel.

Daniel dio un paso atrás. La amenaza ya no era velada; era una imposición. Estaba decidido a hacerles frente. Justo cuando iba a meter la mano derecha bajo la sudadera para sacar la pistola, una voz irrumpió en la escena.

—¡¿Qué está pasando aquí?!

Patricia se acercaba corriendo, con el miedo y la rabia mezclados en el rostro.

Pero la atención de todos se desvió de golpe al oír el chirrido violento de unos neumáticos. Un Volkswagen Golf rojo que encabezaba un convoy de vehículos dio un volantazo brusco y frenó en la cuneta, levantando polvo y grava a su paso.

El momento quedó suspendido.

Todos contuvieron la respiración.

29

Cuando el coche frenó, detrás de él se detuvieron otros doce vehículos, alineados de forma caótica y cargados de bultos hasta el techo; algunos arrastraban remolques que chirriaban bajo el peso.

El motor aún rugía cuando la puerta del Golf se abrió de golpe.

Un hombre bajó precipitadamente y, con la voz rasgada por la urgencia, gritó hacia los guardias civiles:

—¡Identifíquense!

Como no hubo respuesta, volvió a gritar.

—¿Qué no podéis, eh? Porque quizá no seáis guardias civiles, ¿verdad?

El más corpulento de los dos respondió instintivamente, sacando la pistola de la cartuchera. Pero ya era tarde. De los coches habían empezado a bajar los viajeros: hombres y mujeres con el rostro tenso, armados con escopetas, palos y herramientas improvisadas. Avanzaban despacio, haciendo crujir la grava bajo sus pasos, cerrando el círculo.

—No disparen —dijo el otro guardia civil, intentando mantener la calma. Su boca se contrajo en una sonrisa algo torcida.

—Pues tiren sus armas al suelo —volvió a gritar el hombre—. Ahora mismo. Y también el cinturón.

Los dos guardias civiles se miraron apenas un segundo. Luego obedecieron. Las armas cayeron sobre la tierra con un sonido seco.

—Estáis cometiendo una equivocación —murmuró uno de ellos; pero su tono no era convincente: solo quería ganar tiempo para salir airoso de aquella situación.

—¡Mentira! —bramó el hombre, esta vez a pleno pulmón—. Estáis saqueando a la gente que podéis.

Una mujer joven le arrebató la escopeta a su pareja y se abrió paso al frente del grupo. Empuñó el arma con firmeza, la culata apoyada contra el pecho, y les apuntó sin el menor titubeo.

—La próxima vez que os veamos, os dispararemos.

Los dos retrocedieron hacia el coche, listos para irse, pero un gesto brusco del hombre les cerró el paso.

—Ni hablar —les espetó. Extendió la mano por la ventanilla del conductor, sacó las llaves y se las guardó en el bolsillo. Con un tono que no admitía réplica, ordenó—. Os vais andando.

—¡Fuera de aquí! —gritó alguien del grupo.

—Y rápido, que no tenemos paciencia para los criminales —añadió la mujer, sin bajar la escopeta.

Sin mirar atrás, los supuestos guardias civiles echaron a correr a campo abierto, tragados poco a poco por la extensión árida. Corrían todo lo rápido que podían, impulsados por la certeza de que, aquella vez, habían tenido suerte.

—Tengan mucho cuidado —les advirtió el hombre—. No eran guardias civiles. Hay muchos fugitivos que han escapado de la cárcel. Están sembrando el caos y robando a quien se cruza en su camino.

La falta de electricidad tuvo consecuencias especialmente dramáticas en el Centro Penitenciario de Palma. Cuando los generadores electrógenos se quedaron sin combustible, los funcionarios perdieron el control. Las cámaras de seguridad dejaron de funcionar, los sistemas electrónicos de cierre fallaron y el recinto quedó prácticamente a oscuras.

En ese contexto de vulnerabilidad estallaron motines en varios módulos. La ausencia de vigilancia y de mecanismos de contención permitió que la situación se desbordara: no se pudo controlar a la población reclusa y se produjeron fugas a gran escala.

—Son criminales con uniformes —añadió otro—. Ya no queda nadie en los cuarteles ni en las comisarías.

—Todo el que puede está abandonando la isla —dijo un tercero.

—Pero… ¿de verdad no queda ninguna autoridad en ningún lugar de Mallorca? —preguntó Patricia, incrédula, como si aún esperara que alguien la contradijera.

La mujer joven la observó durante unos segundos, midiendo su ingenuidad o quizá su necesidad de creer. Luego desvió la mirada hacia una ventanilla de la autocaravana, donde se distinguían las siluetas de Susan y Homer, atentos, silenciosos, espectadores de la situación.

—Señora, el último boletín que el Gobierno emitió por la radio decía algo así como: «Mantengan la calma. Muy pronto el orden será restablecido» —respondió con amargura—. Una sarta de tonterías.

Hizo una breve pausa antes de continuar:

—Cuando los saqueos empezaron a extenderse, la gente lo tuvo claro: huir cuanto antes. En el mensaje incluso recomendaban llamar al 112. —Soltó una risa seca—. ¡Pero si no funcionan las líneas! Y no hay nadie al otro lado.

Un murmullo inquieto recorrió el grupo como una ráfaga de viento, mezclado con miradas nerviosas y gestos de impaciencia. Querían marcharse, retomar el viaje cuanto antes.

La mujer alzó la mano hacia Patricia y Daniel en un gesto vago, casi cansado, a modo de despedida. Luego se volvió hacia su vehículo sin añadir nada más, como si ya no quedara nada que explicar.

El hombre que los lideraba frunció el ceño al fijarse en la autocaravana aparcada con el morro apuntando en sentido contrario.

—Viajan en dirección contraria a la nuestra. ¿A dónde se dirigen?

—Vamos a casa de mis padres —respondió Patricia—. A Portocolom.

El hombre negó despacio, con el gesto cansado de quien ha visto demasiado.

—Yo, de ustedes, me iría a Palma. Los últimos ferris para el desalojo de la isla ya están en el puerto. No quiero alarmarles, pero

todos los pueblos están siendo saqueados. Nosotros venimos de Manacor.

Se hizo un silencio incómodo.

—Anoche la ciudad quedó envuelta en llamas —continuó—. Ni un solo camión de bomberos. Coches completamente desguazados, tiendas saqueadas, comercios vacíos… Un caos mayúsculo. Manacor ya es una ciudad fantasma. Nadie se podría imaginar que en Mallorca se acabara el suministro eléctrico. Dicen que también está pasando en la península. Dense prisa en marcharse, porque ya no queda comida en las tiendas. La gente se ha llevado todo, incluso la gasolina. Y cuando digo «toda la gente», me refiero a toda la gente de la isla, sin excepción. Y el aeropuerto de Palma… Según dicen, ayer se largaron los últimos aviones. No queda nadie en la torre de control ni para ayudar a los aviones a aterrizar, porque no hay sistema que funcione.

—¿No se han encontrado con nadie por el camino? —preguntó Daniel.

Mientras hablaban, el grupo se dispersaba, cada cual regresando a su vehículo con movimientos rápidos y nerviosos, como si quedarse allí demasiado tiempo fuera peligroso. Uno de ellos llamó a gritos al hombre para se les uniera y reanudar la marcha.

—A nadie —respondió el hombre—. Ustedes son los únicos. Cuando vimos el coche de la Guardia Civil, supimos que les estaban robando, porque ya lo habíamos visto antes.

Hizo una pausa antes de añadir:

—Todas las fuerzas de seguridad del Estado o están en los puertos, intentando mantener un poco de orden, o ya se han marchado. Aquí cada vez queda menos gente. —Antes de correr hacia su coche, gritó—: ¡Suerte!

Cuando se marcharon, Patricia y Daniel bajaron la mirada casi al mismo tiempo. Sobre la tierra, seguían las pistolas tiradas. Nadie las había recogido. Nadie parecía ya responsable de nada.

Daniel se encogió de hombros, como si asumiera una evidencia incómoda.

—Ahora tenemos más armas.

Patricia no respondió. Observó el convoy perderse por la carretera. Después bajó la mirada hacia las pistolas que Daniel recogía del suelo y comprendió, una vez más, que la supervivencia dependería de decisiones que nunca habían querido tomar.

30

Si antes había preocupación, ahora el ambiente dentro de la autocaravana se había vuelto más denso, casi irrespirable.

Daniel conducía despacio, con las manos firmes sobre el volante, atento no solo a la carretera, sino también a los campos que se extendían a ambos lados, escrutándolos en busca de cualquier movimiento extraño, cualquier señal de peligro que pudiera surgir de improviso.

—Pops… ¿y si los abuelos no están en su casa? —preguntó Homer, rompiendo por fin el silencio.

La pregunta quedó suspendida en el aire.

Daniel lanzó una breve mirada a Patricia antes de volver la vista al frente.

—Es una posibilidad —respondió con voz medida—. Puede que ya se hayan marchado de la isla.

Hizo una pausa, como si eligiera con cuidado las palabras que no quería decir.

—Pero no lo sabremos hasta llegar.

Nadie añadió nada más. El motor siguió rugiendo suavemente mientras la autocaravana avanzaba hacia un destino que, por primera vez, parecía tan incierto como todo lo demás.

Vieron una población a lo lejos. Cuando se aproximaron, no había nadie. Era un pueblo abandonado. Daniel continuó bordeando aquella localidad.

Homer se había metido en el baño y llevaba ya un buen rato dentro. Demasiado, pensó Susan, que empezó a pasear la mirada por las bolsas y mochilas donde guardaba sus pertenencias, con una inquietud creciente.

Entonces reparó en una de ellas, abierta de par en par. La cogió y rebuscó en su interior con movimientos cada vez más nerviosos. Al cabo de unos segundos se quedó inmóvil.

—Lo ha cogido —dijo de sopetón en voz alta.

Patricia se volvió desde el asiento del copiloto.

—¿Qué ha cogido? ¿El qué?

Susan se inclinó hacia la cabina.

—Me ha cogido el tinte azul para el pelo. Y no sale del baño. Así que ya podéis iros haciendo una idea de lo que está haciendo ahí dentro.

Daniel soltó un suspiro corto.

—¿Y por qué te has traído el tinte?

Susan se giró hacia él, con las cejas arqueadas.

—Pops… ¿ahora vas a decir que la culpa es mía porque Homer se está tiñendo el pelo?

Patricia le lanzó a Daniel una mirada de advertencia, clara y directa, para evitar que la conversación derivara en un conflicto mayor.

—Vale, vale —se apresuró a decir él, sin quitar la mirada de la carretera—. No me refería a eso.

—Pues por si acaso el color se me iba por bañarnos en la playa… yo qué sé… Para no volver a casa desteñida después del viaje a Mallorca —se justificó Susan—. Lo tenía junto con mis cosas, nada más.

Patricia cruzó los brazos, reflexiva.

—Entonces haremos una cosa —dijo al cabo de un instante—. No seamos duros con Homer cuando salga.

Susan resopló.

—Pero ¿por qué tiene que ser mi hermano tan raro?

Patricia se volvió hacia ella de inmediato, seria.

—Susan, no vuelvas a decir eso de él. Tú ya lo sabes.

Daniel intervino con cautela.

—Él no es raro, es…

—Extraordinario —lo interrumpió Susan, adelantándose a la palabra que sabía que su padre iba a usar—. Os hago un resumen: le gustan las películas clásicas de Katharine Hepburn, le encantan las de Sylvester Stallone, imita a Dean Martin, sobre todo en Navidad, se sabe de memoria los diálogos de *Lo que el viento se llevó* de tantas veces que la ha visto, le gustan los Rolling Stones y hace *jiu-jitsu* como actividad deportiva en el centro polideportivo. Y podría seguir. Sí, está fuera de lo ordinario.

—¿Y? —preguntó Daniel, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Pops, que no hay ningún patrón común en todo eso.

Patricia sonrió con suavidad.

—Hija, precisamente eso es lo que lo hace extraordinario.

Desde el cuarto de baño se oyó entonces la voz de Homer, algo amortiguada, con la puerta entreabierta.

—Voy a salir —anunció en voz alta.

Susan volvió a tomar asiento.

—Pues sal —insistió ella, ya sin rastro de paciencia.

—No. Antes, dile a Pops que ponga la canción número once.

Susan alzó los ojos al techo.

—Pops, ya has oído a tu *extraordinario* hijo. Pon la once —dijo con un deje teatral. A continuación sacó el móvil del bolsillo y lo alzó, apuntando directamente hacia la puerta del baño—. Esto merece guardarse en los anales de la historia. Quién sabe, igual algún día tendrá tanto valor como la piedra de Rosetta.

Daniel miró a Patricia y le dedicó un gesto cómplice, una media sonrisa que parecía decir «allá vamos». Luego cogió el mando del estéreo y seleccionó el número correspondiente en el *pen drive* de Homer.

En cuanto pulsó el botón, la autocaravana se llenó de los primeros acordes de *Love Is a Stranger*, de Eurythmics. La voz inconfundible de Annie Lennox empezó a flotar en el aire, grave y envolvente.

Desde el baño, Homer comenzó a cantar el estribillo en voz alta, sin ningún pudor, completamente entregado a la canción. Segundos después, la puerta se abrió de par en par y salió bailando.

Todos rompieron a reír al instante.

—Madre mía… —soltó Susan sin dejar de sujetar el móvil, entre carcajadas.

—Pero… Dios mío —exclamó Patricia, llevándose una mano a la boca—. ¿Qué te has hecho, hijo?

Homer, ajeno por completo a la reacción que había provocado con su pelo teñido de azul, movía los brazos en el aire y balanceaba las caderas con exageración, como si estuviera sobre un escenario imaginario y no en el interior de una autocaravana. Giraba sobre sí mismo, manteniendo el equilibrio por pura intuición, marcando cada movimiento con gestos teatrales. Cantaba con un entusiasmo desbordante, entregado por completo a la música.

Y mientras *Love Is a Stranger* seguía sonando, continuaron el viaje hasta que decidieron detenerse para comer.

31

Hicieron una parada en un descampado apartado de la carretera, donde la tierra estaba seca y el silencio solo se veía interrumpido por los pájaros y el zumbido lejano de los insectos.

Sacaron la mesa plegable y las sillas, y las colocaron con cierta rutina, como si aquel gesto sencillo les devolviera, aunque fuera por unos minutos, una sensación de normalidad. Abrieron unas latas de salchichas cocidas y, sin demasiadas palabras, prepararon unos sándwiches improvisados con lonchas de jamón y queso curado.

—¿Cuánto falta para que lleguemos a casa de los abuelos? —preguntó Susan mientras se sentaba y le daba un mordisco a su sándwich.

—En un par de horas estaremos ahí —contestó Daniel.

Patricia lo observó con atención. Notó algo en su tono, una leve tensión que no había pasado desapercibida.

—¿Pasa algo, Dan? —preguntó—. ¿Hay algún motivo para preocuparse?

Daniel se tomó un segundo antes de responder.

—Aunque todavía queda tiempo antes de que oscurezca, no sé si nos conviene entrar ahora o esperar hasta mañana por la mañana.

—¿Lo dices por la luz? —aventuró ella.

—Sí… y por todo lo demás. Si las cosas están tan mal en los pueblos como dicen, podemos llamar demasiado la atención.

Patricia frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Que la autocaravana es un bien preciado —explicó Daniel, bajando un poco la voz—. Es como una casa andante. Y todo lo que llevamos dentro: comida, agua, ropa, provisiones… Cualquiera que esté pasando necesidad verá en esto una oportunidad. Y nosotros, un blanco fácil.

—¿Tenemos gasolina suficiente, Pops? —preguntó Homer, con la boca todavía llena.

—Buena pregunta —observó Daniel, señalando a Homer—. El depósito está lleno. Suficiente para llegar a Portocolom y volver a las montañas, si eso es lo que decidimos con los abuelos.

—¿A las montañas? —repitió Susan, levantando la vista.

—Sí —asintió él—. Si la situación está fea en casa de los abuelos, tendremos que llevárnoslos con nosotros y volver al interior de la isla. Allí tendremos de todo para aguantar hasta que esta situación se resuelva. Lo importante ahora es mantenernos seguros, lejos de la vorágine de robos, saqueos… y todo lo demás.

El silencio que siguió fue más pesado que el anterior.

—He hecho un inventario de todos los alimentos que trajo Homer del Aldi —comentó Susan—. He escrito la lista en mi teléfono.

Daniel levantó la vista hacia ella y asintió con gravedad.

—Bien hecho —respondió—. Nos será de utilidad cuando nos reunamos con los abuelos y tengamos que decidir cuál será el siguiente paso.

Homer señaló hacia lo lejos. Más allá se extendía un campo interminable de naranjos, ordenados en hileras perfectas que se perdían en el horizonte.

—Pops, ¿por qué no cogemos naranjas para los abuelos?

Daniel levantó la mirada hacia el paisaje y observó los alrededores con atención, repasando el terreno, los caminos, cualquier movimiento fuera de lugar. No vio a nadie, pero la ausencia de peligro visible ya no era garantía de nada.

—Sí, id y coged unas bolsas —intervino Patricia—. Esas naranjas son muy dulces y jugosas.

Daniel asintió, aunque no parecía del todo convencido.

—De acuerdo.

Se levantó y entró en la autocaravana. Abrió la bolsa del Aldi y sacó una pistola. Se la guardó detrás del pantalón y la cubrió con la camiseta, asegurándose de que no se notara. Luego cogió cuatro bolsas de plástico y salió de nuevo al exterior.

—Vamos, Homer —dijo.

Antes de alejarse, se inclinó y besó a Patricia en la frente. Luego miró a Susan.

—Estad atentas por si aparece alguien. La bolsa con las pistolas está en mi asiento.

—No tardéis, Pops —respondió Susan, con preocupación en el rostro por primera vez desde hacía rato.

Daniel dio unos pasos y dudó. Se volvió un instante, con la intención de decirle a Homer que no iban a recoger naranjas, pero lo vio a lo lejos ya entre los naranjos, canturreando para sí mismo, ajeno a cualquier preocupación, tocando las ramas cargadas de fruta con la misma naturalidad con la que habría paseado por un parque.

—¡Pops! —gritó Homer, levantando el brazo.

Daniel respiró hondo.

—No tardaremos —dijo finalmente a Susan, y echó a andar con paso rápido tras él, internándose entre los árboles.

En lo alto de la curva de la carretera, una moto se detuvo. Sobre ella, los dos hombres que poco antes se habían hecho pasar por guardias civiles observaban la escena.

32

Homer estaba exultante. Avanzaba entre los naranjos con una sonrisa de oreja a oreja, canturreando para sí la famosa canción de *El mago de Oz*, como si el mundo a su alrededor no pudiera ser otra cosa que amable.

—*Somewhere over the rainbow / skies are blue / and the dreams that you dare to dream / really do come true…* —entonaba, dejando que la melodía flotara entre las ramas cargadas de fruta.

De vez en cuando hacía algún movimiento de baile exagerado y teatral, lo que arrancaba carcajadas espontáneas de Daniel.

Él observaba la forma despreocupada en que su hijo se movía, cómo bailaba de manera cómica, cómo cantaba, cómo se detenía a oler una naranja antes de arrancarla. Pensó en la inocencia de Homer, en esa manera limpia y directa de estar en el mundo.

Desde su nacimiento, con síndrome de Down, Homer le había enseñado que la felicidad no siempre nacía de tenerlo todo bajo control, sino que, a veces, surgía precisamente de lo contrario: de aceptar la vida tal como llega y descubrir, en esa aceptación, una alegría más honesta y duradera.

Con él había aprendido a redefinir el éxito, a medirlo no en metas cumplidas ni en resultados inmediatos, sino en gestos sencillos. Homer le había obligado a ejercitar la paciencia, la empatía y la humildad. Le había enseñado a vivir el presente: a celebrar lo pequeño, a detenerse en una risa sincera, en un logro que para otros pasaría inadvertido. Le había mostrado que el valor de una

persona no reside en la velocidad ni en la productividad, sino en su capacidad de amar, de esforzarse y de ser auténtica.

De pronto, aquellos pensamientos se hicieron añicos.

Un disparo seco cortó el aire.

Luego otro.

Y un tercero.

Daniel soltó la bolsa de naranjas, que cayó al suelo derramando su contenido, y echó a correr sin pensarlo, con el corazón golpeándole el pecho, hacia la autocaravana.

—¡Pops, espérame! —gritó Homer a su espalda.

Homer intentó salir corriendo tras él, pero tropezó con la tierra irregular y cayó al suelo, mientras el eco de los disparos aún resonaba entre los árboles.

33

Conforme se aproximaba corriendo como una exhalación, Daniel vio a Patricia y a Susan tendidas en el suelo. El corazón se le encogió de inmediato. La autocaravana había desaparecido.

El lugar parecía haber sido saqueado a toda prisa. La mesa plegable estaba volcada, una de las sillas estaba rota y varias bolsas se hallaban esparcidas por el suelo, como restos de una huida violenta y desordenada.

Patricia lloraba desconsolada mientras mantenía abrazada con fuerza a Susan. En una de sus manos temblorosas sujetaba una pistola. Susan, pálida y fuera de sí, sollozaba sin control, al borde del colapso.

—¿Qué ha pasado? —gritó Daniel al llegar hasta ellas.

Susan no pudo responder. Solo lloraba, sacudida por espasmos de pánico.

Homer apareció entonces, jadeando. Su rostro reflejaba una tremenda preocupación. Se dejó caer de rodillas junto a su hermana y la miró con angustia.

—Susan… ¿te ha pasado algo malo?

Patricia alzó el brazo y señaló hacia la carretera.

—Han sido los dos hombres que vestían uniformes de guardias civiles —dijo entre sollozos—. Si no hubiera cogido una pistola… nos habrían… —Su voz se quebró y soltó un grito ahogado.

Daniel apretó los dientes con rabia contenida. Los gritos de Susan le atravesaban la cabeza como cuchillas.

—¿En qué dirección se fueron? —preguntó con voz dura.

Patricia señaló hacia la derecha, sin dejar de temblar.

Daniel le quitó la pistola de la mano con cuidado.

—No llegarán lejos —añadió ella—. Disparé a una rueda.

Antes de que Daniel pudiera reaccionar, Homer se levantó de un salto, vio la bolsa del Aldi tirada a pocos metros, corrió hacia ella, sacó una pistola y, sin dudarlo, echó a correr hacia la carretera.

—¡Homer, ven aquí! —gritó Daniel, lanzándose tras él.

Pero Homer ya había alcanzado la calzada. Empuñaba la pistola con una mano, los brazos rígidos, los músculos en tensión y el cuerpo inclinado hacia adelante, como si el peso de la rabia lo empujara más rápido que sus propias piernas. Corría por el centro de la carretera, ajeno al peligro, con la respiración desbocada y los pasos golpeando el asfalto. Lo movía una furia contenida que Daniel no le había visto nunca, ni siquiera en sus peores momentos.

Daniel supo al instante que no lograría alcanzarlo. Homer era mucho más rápido y tenía una resistencia física muy superior.

Se detuvo en seco, giró sobre sí mismo y entonces la vio: una motocicleta tirada en la cuneta, parcialmente oculta entre la maleza. No tuvo que pensarlo dos veces. Sin duda pertenecía a aquellos dos hombres.

Corrió hacia ella, la levantó con esfuerzo, la arrancó de un tirón y, con un rugido del motor, enfiló hacia la carretera en la misma dirección por la que habían huido… y por la que corría su hijo.

Al poco tiempo, Daniel logró alcanzarlo.

—¡Homer, para! —gritó, con la voz tensa y llena de urgencia.

Pero su hijo no lo escuchaba y continuaba corriendo. Mantenía la mirada fija hacia el frente, como si nada ni nadie pudiera apartarlo de su objetivo. Daniel apretó los dientes, aceleró un poco más la moto y le bloqueó el camino con firmeza.

—¡Sube atrás, Homer! —ordenó—. Vamos a cogerlos juntos.

Homer obedeció, subiendo de un salto al sillín, detrás de él, con el corazón latiendo a toda prisa. Daniel respiró hondo, ajustó la postura y aceleró la moto. El motor rugió mientras avanzaban por la carretera, el viento azotándoles la cara y la adrenalina recorriendo sus venas.

Pocos minutos después, divisaron una casa de campo al otro lado de la carretera. La autocaravana estaba aparcada dentro del recinto, como un trofeo abandonado por unos ladrones confiados.

Dejaron la moto entre los arbustos y avanzaron agachados, pegados al suelo, hasta acercarse a la propiedad. Todo parecía tranquilo; no había movimiento en los alrededores.

—Deben de estar dentro de la casa —susurró Daniel, observando la propiedad—. Por lo tanto, bajamos, nos subimos en la…

No llegó a terminar la frase. Homer, impaciente y lleno de determinación, ya corría hacia la vivienda como un relámpago, ignorando cualquier advertencia.

Daniel apenas tuvo tiempo de reaccionar. Su instinto de padre lo impulsó a lanzarse tras él.

34

La luz en el interior de la casa rural, que conservaba el aire sobrio y antiguo del campo mallorquín, entraba tamizada por contraventanas de madera, dejando pasar haces dorados que revelaban partículas de polvo flotando en el aire.

Los muros eran gruesos, de piedra vista blanqueada por el paso de los años, y mantenían el fresco incluso en las horas de más calor. El suelo, de baldosas de barro cocido, estaba gastado en las zonas de paso y crujía levemente bajo las pisadas.

Homer no hizo ningún análisis previo: simplemente entró por la puerta, que no estaba cerrada con llave.

Uno de los hombres —el más corpulento de los dos— se levantó de un salto del sofá con una lata de cerveza en la mano y los ojos desorbitados por la sorpresa.

—Pero ¡qué co…! —alcanzó a gritar nada más ver el aspecto tan llamativo de la persona con pelo azul que había irrumpido con violencia.

No llegó a terminar la frase. Homer alzó el brazo y disparó. El estampido llenó la habitación. Dio un paso al frente y volvió a disparar. Se acercó todavía más y, cuando el cuerpo del hombre se desplomó hacia atrás y chocó contra la pantalla del televisor que había sobre un mueble junto a la pared, disparó una tercera vez. El siguiente disparo alcanzó al televisor.

El ruido seco de los disparos se superpuso al golpe sordo del cuerpo al caer junto al televisor hecho añicos.

El otro hombre se asomó al salón y, en cuanto vio a Homer, dio media vuelta y corrió hacia la cocina. Agarró una escopeta de caza que descansaba sobre la encimera y volvió al salón.

Homer miraba hacia todos lados, sin saber cómo reaccionar, cuando de repente el hombre apareció en el marco de la puerta y alzó la escopeta. Nada más verlo, Homer se lanzó al suelo y se arrastró hasta quedar a cubierto detrás del sofá.

El hombre disparó. La detonación sacudió el salón. Los perdigones se abrieron en un abanico irregular y se estrellaron contra la pared, dejando marcas en el yeso y levantando una nube de polvo que flotó en el aire.

En ese mismo instante, Daniel —que había entrado a la vivienda por la puerta trasera— corrió por el pasillo con el corazón desbocado. Apareció a espaldas del hombre, lo vio de perfil, la escopeta aún caliente entre las manos, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Tira la escopeta!

Pero el hombre no le hizo caso. Se giró con la escopeta levantada y, cuando iba a apretar el gatillo, Homer —que se había puesto de pie de un salto al escuchar la voz de su padre— le disparó una vez y otra desde atrás.

Daniel fue al encuentro de su hijo sin decir una palabra. Le tomó con suavidad la mano que aún aferraba la pistola y se la quitó despacio, como si temiera que cualquier gesto brusco pudiera despertar en él más reacciones inesperadas. Luego lo rodeó con los brazos y lo atrajo hacia su pecho.

Se abrazaron con fuerza, mientras el ruido, la adrenalina y la violencia de los últimos minutos se desvanecían poco a poco. Permanecieron así durante un largo instante, respirando el uno contra el otro, compartiendo un silencio denso pero necesario.

Entonces Homer, con la mirada perdida y los hombros aún tensos, se derrumbó. El llanto le brotó de golpe, incontenible, y apoyó la cara en el hombro de su padre como cuando era niño. Daniel lo sostuvo con más fuerza, apoyó los labios en su cabeza y le dio varios besos lentos, protectores.

—Tranquilo, hijo —le susurró—. Ya pasó. Pops está aquí.

Cambiaron la rueda de la autocaravana, destrozada por el disparo de Patricia, sin decir gran cosa, con la tensión todavía pegada al cuerpo.

Al incorporarse, Daniel se detuvo un instante frente a la puerta lateral y entonces lo vio: un orificio limpio, oscuro. Un disparo. Otro de los tiros de Patricia. Pasó los dedos alrededor del agujero, como si así pudiera medir lo cerca que habían estado de la tragedia.

Después revisó el interior del vehículo. Todo estaba exactamente como lo habían dejado: mochilas, mantas, comida, los pequeños objetos cotidianos en su sitio. No faltaba nada, no habían revuelto nada. Aquello le produjo un alivio inesperado.

Luego echaron un vistazo a la casa. Los cuerpos seguían donde habían caído. Daniel observó la escena con frialdad práctica y negó con la cabeza.

—No conviene moverlos —le dijo a Homer en voz baja—. Quien los encuentre pensará que se trató de un ajuste de cuentas entre grupos criminales.

Hizo una pausa, como si quisiera convencerse a sí mismo antes de añadir:

—Además, eran presos fugados de la cárcel. Antes o después habrían acabado así. En un final trágico y violento.

En la cocina, separada del resto de la casa por un arco de piedra irregular, colgaban sartenes de hierro ennegrecidas por el uso y utensilios gastados por décadas de manos distintas. La encimera de mármol veteado sostenía una pila profunda y, a un lado, una cafetera olvidada. El lugar conservaba un aire de abandono reciente: sus verdaderos inquilinos habrían salido con prisas tras el anuncio del Gobierno de evacuar la isla.

En una pequeña despensa encontraron dos garrafas de aceite de oliva virgen. Eran grandes y pesadas; cada una contenía veinticinco litros. Daniel levantó una, la sopesó y esbozó por primera vez una sonrisa cansada.

—Esto es oro puro, Homer —comentó—. Más de lo que imaginas.

Luego encontraron tres sacos de harina de trigo, de treinta kilos cada uno, apoyados contra la pared de la despensa. Daniel soltó una pequeña risa, cansada pero sincera, y negó con la cabeza.

—Madre mía, Homer —volvió a decir—. Vamos a tener pan con aceite de oliva hasta aburrirnos.

Homer miró a su padre y, por primera vez desde todo lo ocurrido, sonrió. No fue una sonrisa grande ni despreocupada, pero sí auténtica, como una grieta de luz abriéndose paso entre el miedo y el cansancio.

—Y con tomate —añadió Homer—. Tenemos muchas latas en la autocaravana, Pops. El abuelo lo llama *pan tumaca* o algo así.

Aquella observación, tan simple y tan propia de él, conmovió a Daniel más de lo que habría esperado. En medio de la violencia, del peligro y de las decisiones duras, su hijo seguía aferrándose a cosas pequeñas, familiares, casi domésticas. Se acercó a él sin pensarlo, lo rodeó con los brazos y lo estrechó contra su pecho.

Luego le tomó el rostro entre las manos, notando aún el leve temblor bajo la piel, y apoyó su frente contra la suya.

—Te quiero mucho, Homer. No permitiré jamás que te pase algo malo en este mundo —le dijo en voz baja, pero con firmeza.

35

Daniel y Homer regresaron con la autocaravana, recogieron a Patricia y a Susan, y reanudaron el viaje.

Nadie dijo nada. El interior del vehículo se llenó de un silencio cargado de pensamientos que nadie se atrevía a compartir.

Por segunda vez, las armas habían dejado de ser un recurso meramente preventivo y se habían utilizado de manera efectiva para defender la vida. Si la primera vez había sido Daniel quien había cruzado esa línea, en esta ocasión la violencia había llegado desde lugares aún más dolorosos: su propia familia.

Patricia se había visto obligada a empuñar la pistola para impedir que ella y Susan fueran agredidas. No había habido margen para la duda ni para la vacilación. Por su parte, Homer había sentido que no tenía elección: castigó a quienes se habían atrevido a hacer daño a su madre y a su hermana, impulsado por una mezcla confusa de rabia, miedo y un primitivo sentido de protección.

Tras el enfrentamiento, Daniel fue plenamente consciente del impacto psicológico que aquello había dejado en su mujer, su hija y su hijo. No había euforia ni alivio, tampoco sensación de victoria. En su lugar, el miedo, la culpa y un silencio espeso se habían instalado entre ellos. Habían hecho frente al mal. Habían sobrevivido. Pero el precio era evidente.

A Daniel le quedó claro entonces que el caos provocado por el apagón no solo estaba destruyendo la isla de Mallorca, sino también algo mucho más frágil: los valores personales de la gente. La

violencia ya no era una excepción puntual, sino una condición permanente de la supervivencia.

Para Susan y para Homer, aquel incidente marcó un punto de no retorno. Dejaban atrás una juventud todavía inocente y asumían, sin haberla buscado, una madurez forzada. El mundo que conocían había cambiado, y ellos habían cambiado con él.

Llegaron a las inmediaciones de Portocolom cuando el sol empezaba a caer y teñía el paisaje de tonos dorados. Daniel redujo la velocidad y señaló con la cabeza el cartel que anunciaba la entrada a la población.

—Me tienes que indicar el camino —dijo—. Si no recuerdo mal, la casa de tus padres está cerca de Felanitx, ¿verdad?

Patricia asintió y empezó a darle indicaciones. Abandonaron la carretera principal y tomaron un desvío estrecho que se internaba en el campo. Avanzaron durante varios minutos sin cruzarse con ningún vehículo, sin ver a nadie caminando, sin rastro de vida humana.

—Pops, me da miedo que no hayamos visto a nadie —comentó Susan, apoyando la frente en el cristal mientras observaba el paisaje inmóvil.

Homer asintió desde su asiento, con la misma inquietud reflejada en el rostro.

—Si no hay nadie, es porque se han ido todos de la isla en barco —dijo—. Espero que los abuelos se hayan quedado.

La propiedad apareció al final de un camino de tierra, rodeada de una exuberante variedad de árboles, flores y plantas mediterráneas. Era un auténtico paraíso en plena naturaleza, con vistas despejadas al santuario de Sant Salvador, recortado contra el cielo.

La finca gozaba de una ubicación privilegiada, asentada en una suave pendiente y rodeada de un entorno genuinamente rural. La salpicaban higueras, algarrobos y almendros; muchos de estos últimos, como tantos otros en distintas partes de la isla, habían sucumbido a la bacteria *Xylella fastidiosa*.

Daniel detuvo la autocaravana frente a la gruesa cadena que cerraba el acceso a la finca. Patricia bajó con decisión. Conocía bien aquel ritual: caminó hasta una roca cercana y, al levantar una piedra concreta, sacó una llave escondida debajo.

Quitó el candado de la cadena y Daniel avanzó con el vehículo hasta el interior de la propiedad. Patricia volvió a colocar la cadena, cerrando de nuevo el acceso para impedir la entrada de otros vehículos. Regresó al asiento del copiloto y continuaron hasta situarse frente a la vivienda.

La casa principal se integraba perfectamente en el entorno. Frente a ella se extendía una piscina —tapada con una lona donde caían hojas secas— rodeada por una amplia terraza, junto a una zona de barbacoa con horno de pizza y parrilla. Incluso había una pequeña casa para invitados.

El lugar resultaba tan acogedor y espacioso que Daniel no pudo evitar recordar que, años atrás, había sido allí donde celebraron su boda con Patricia, rodeados de familia, música y risas.

Su suegro era mallorquín de pura cepa. Tanto que solía bromear con que pertenecía a una singular estirpe de seres humanos a los que llamaba «islómanos», criaturas poseídas por una atracción irresistible hacia la isla. «Descendientes directos de los atlántidas», añadía entre risas.

—Creo que no hay nadie —comentó Susan, mirando hacia las ventanas cerradas.

Aparcaron y todos bajaron de la autocaravana. El silencio era absoluto, roto solo por el canto lejano de algún pájaro.

El antiguo edificio de piedra, restaurado recientemente, tenía tres plantas y exhibía una arquitectura señorial. Su fachada, delicadamente ornamentada con esgrafiados, acentuaba su porte distinguido y evocaba la elegancia de otra época.

—¡Papá! ¡Mamá! —gritó Patricia, dando unos pasos hacia la gran puerta de madera maciza, firmemente cerrada.

No obtuvo respuesta.

Se dirigió entonces hacia una gran maceta roja de piedra, situada junto al muro. La movió ligeramente, dejando al descubierto un pequeño hueco en el suelo. Se agachó y sacó un juego de llaves.

—Vale… —dijo en voz alta—. Esto significa que no están. Los abuelos se fueron de la isla y dejaron las llaves aquí, por si había una emergencia.

Daniel intercambió una mirada con los niños. Había alivio, pero también una nueva preocupación.

Patricia abrió la puerta principal y entraron en la casa. El interior era amplio y cuidadosamente amueblado con un estilo moderno y elegante. La cocina, de concepto abierto, se integraba en el salón principal, formando un espacio extenso y armonioso.

—Solo espero que no les haya ocurrido nada —comentó Patricia mientras se dirigía directamente a la cocina.

Conocía bien las costumbres de su padre. Si no estuviera, habría dejado una nota. Siempre lo hacía. Fue directa al frigorífico y allí la encontró, sujeta con un imán, escrita con la letra firme y ligeramente inclinada del abuelo.

Los demás se acercaron y se colocaron a su alrededor en silencio mientras Patricia empezaba a leer en voz alta.

El mensaje explicaba que habían tenido que marcharse tras el anuncio oficial del desalojo de la isla. El presidente de la comunidad de vecinos había organizado un autobús para recogerlos en sus casas y llevarlos al puerto, donde embarcarían en un ferri con destino a Valencia.

En la nota, el abuelo añadía que aquella medida de emergencia le parecía extremadamente alarmante, pero que, siendo personas mayores, había preferido anteponer la comodidad y la seguridad de su mujer a cualquier otra consideración.

Patricia hizo una breve pausa antes de continuar, y su voz se suavizó al leer las últimas líneas:

—«…Y dile a Daniel que esta finca es autosuficiente. Podéis quedaros aquí todo el tiempo que sea necesario. No hace falta que os lo recuerde, pero esta es vuestra casa».

Levantó la vista un segundo y luego siguió leyendo:

—«Haced uso de ella como mejor os convenga. Tenéis un potente sistema de paneles solares con baterías, un generador, dos estufas de leña, una chimenea en el salón y calefacción de gasoil, por si esto se prolonga hasta la entrada del invierno. Además, la propiedad dispone de su propio pozo, un depósito de agua de más de veinte mil litros y un sistema de riego automático. El agua del grifo es potable. He dejado limpios los filtros del equipo de ósmosis,

así que no os preocupéis por eso. Os queremos mucho. Ojalá hayáis venido a casa y estéis leyendo esta nota. Yo estoy convencido de que así es. Os tenemos muy presentes todo el tiempo y rezamos para que estéis bien y podamos vernos pronto. Besos para todos.»

Cuando terminó, se hizo un silencio distinto al de antes. Ya no era solo inquietud o temor. Era alivio. La certeza de que, al menos por un tiempo, aquel lugar podía ser un refugio seguro.

En la encimera había dos grandes tarros de cerámica repletos de aceitunas. Una nota escrita en un *post-it* amarillo decía: «Embutidos en el frigorífico. La sobrasada ES-PEC-TA-CU-LAR».

A su lado descansaban dos botellas de *palo* de la marca Túnel y otra de Suau, un licor amargo y astringente elaborado desde el siglo XIX con quina sudamericana, genciana y azúcar caramelizado. En otra nota pegada al vidrio se leía: «Ojo con Homer», acompañado de un círculo sonriente. La advertencia aludía a que, desde pequeño, Homer sentía debilidad por probar cualquier bebida que encontrara en una botella de vidrio.

Cubierta con un paño de cocina de algodón, había una enorme bandeja con un exquisito *gató*, el tradicional postre mallorquín de almendra. Y aún había una tercera nota: «Para nuestros nietos. Con mucho amor, sus abuelos».

Patricia le dio una palmada en la mano a Homer cuando intentó cortar el pastel.

—Primero nos organizamos —dijo— y luego cenamos y probamos el dulce.

Daniel respiró hondo y apoyó una mano sobre el hombro de Patricia, agradecido, mientras Susan y Homer miraban alrededor con una nueva sensación: la de estar, por fin, a salvo. Las paredes de piedra, el silencio del campo y la amplitud del lugar parecían prometer protección.

Pero Daniel sabía que esa calma era frágil. Demasiado frágil. En un mundo que se desmoronaba, ningún refugio era definitivo. El peligro podía llegar en cualquier momento, sin aviso, arrastrándose desde fuera o brotando de la desesperación ajena.

Y aunque ninguno de ellos lo dijera en voz alta, todos intuían, en lo más profundo, que el mal aún no había terminado de pasar de

largo.

Aquella seguridad no era más que una tregua.

36

Patricia observó todo lo que había en la despensa y en el frigorífico. Aunque la casa aún tenía electricidad gracias a la energía acumulada en los paneles solares, Daniel fue tajante desde el principio.

—No encendáis las luces del salón ni de las habitaciones.

Se acercó a una de las ventanas y, con un gesto rápido, corrió las cortinas. Afuera, el día se apagaba poco a poco y las sombras empezaban a adueñarse del exterior. Dejaron encendidas únicamente las luces de la cocina, lo justo para que iluminaran parte del salón, al tratarse de una cocina americana.

—Hay que cerrarlas bien —añadió—. Por la noche, cualquier luz puede verse desde muy lejos.

Susan se quedó inmóvil, con un nudo en el estómago.

—¿Quieres decir que podría entrar alguien? —preguntó en voz baja.

Daniel asintió con gravedad.

—Sí. —Y señaló a Homer—. Trae la bolsa del Aldi y las linternas.

Luego se acercó a Susan y la rodeó con un brazo, tratando de tranquilizarla.

—No es para alarmarse, pero hay que tomar precauciones. Mañana por la mañana haremos un inventario completo de todas las provisiones que tenemos aquí.

—Por lo menos esta noche comeremos algo caliente —anunció Patricia desde la cocina—. Nada de sándwiches de jamón y queso ni

latas. ¿Qué os parece arroz con unos huevos fritos?

Susan frunció el ceño.

—¿Ahora por la noche? ¿No es un poco pesado?

En ese momento, Homer entró cargado con varias bolsas. Su cara se iluminó al oír la palabra «comida».

—¡Qué rico! Yo quiero arroz blanco, mamá, con huevo frito encima —miró al resto con entusiasmo—. Y le ponemos tomate de lata por encima. Qué maravilla.

Daniel miró a Susan y se encogió de hombros, con una media sonrisa.

—Creo que una buena cena no nos vendrá mal. Dormiremos mejor. Mañana pensaremos en usar la barbacoa.

—Y podemos hacer pizzas en el horno de piedra de la terraza —añadió Homer.

Daniel lo señaló, divertido.

—Buena idea, colega.

Mientras Patricia cocinaba en la encimera de vitrocerámica, el resto de la familia recorrió la casa con linternas, revisando cada estancia. Siguiendo las instrucciones de Daniel, cerraron todas las cortinas y evitaron encender las luces en las habitaciones que daban al exterior.

En el cuarto de baño principal de la planta baja colgaron sábanas sobre las finas cortinas, asegurándose de que no se filtrara ni un rayo de luz por la noche, por si alguien necesitaba usar el retrete.

Acordaron que las duchas quedarían para la mañana siguiente, en los baños de la planta superior, donde no habría problema alguno con la luz exterior a través de las ventanas.

—Mañana, aprovechando la energía solar de los paneles —dijo Daniel—, cargaremos las baterías de todos los dispositivos electrónicos, incluidos los móviles, los iPads y la batería de la autocaravana.

La actividad les proporcionó, al menos por esa noche, una sensación frágil pero tranquilizadora de control.

Daniel les advirtió que no debían gritar para llamarse entre ellos dentro de la casa ni poner música. Por la noche, explicó, las voces se propagaban con facilidad y el eco podía difundirse por los

alrededores, haciendo que cualquier sonido destacara en medio del silencio. Había que moverse y hablar con cuidado, procurando no llamar la atención.

Más tarde, Daniel decidió sacar la autocaravana y aparcarla fuera de la finca. Conocía un camino de tierra que se internaba entre los pinos y desembocaba en la carretera principal. Sin embargo, para llegar hasta allí debía salir por el mismo lugar por el que habían entrado: quitar la cadena y el candado, volver a ponerlos, recorrer el perímetro de la finca y acceder al camino por el extremo opuesto de la propiedad.

No le resultó fácil convencer a Homer de que se quedara con su hermana y su madre. Patricia, por su parte, observó aquel proceder con extrañeza, sin comprender del todo la urgencia de la decisión.

En realidad, fiel a su carácter analítico y a su formación en inteligencia, Daniel se fijaba en detalles que los demás pasaban por alto. Lo hacía para asegurarse una ruta de escape en caso de peligro. Si se producía un ataque y la autocaravana permanecía dentro, quedarían atrapados en la casa, con la única entrada y salida bloqueada.

Aun así, no quiso alarmarlos ni generar preocupaciones innecesarias. Se limitó a explicar que el techo del vehículo podía verse desde la carretera y que, fuera de la finca, en aquel camino oculto entre los pinos, quedaría mucho mejor camuflada.

37

Mientras Patricia preparaba la cena, Daniel salió con Homer y Susan a la barbacoa de la terraza, junto a la piscina.

La noche ya envolvía el exterior en una oscuridad suave. El cielo estaba despejado y la luz de la luna iluminaba el jardín con un resplandor plateado.

Daniel abrió uno de los cajones empotrados e iluminó el interior con la linterna.

—Mirad a ver si hay sal.

—¿Sal? —preguntó Susan.

—Sí. El abuelo guarda grandes cantidades de sal gruesa. Nos ayudará a conservar la comida si nos quedamos sin frigorífico.

—¿Cómo es eso, Pops?

—Déjame que te lo explique… La palabra salario proviene del latín *salarium*, derivado de *sal*. En la antigua Roma, ese término designaba el pago o la ración de sal que recibían los soldados y los funcionarios, porque la sal era un recurso preciado y esencial para conservar los alimentos. Por eso la llamaban «el oro blanco». Y con el tiempo, el término «salario» pasó a definir cualquier forma de remuneración por el trabajo, aunque ya no se pagara con sal.

Mientras Daniel y Homer rebuscaban en el fondo de un armario, Susan se volvió hacia los árboles que rodeaban la piscina. Un leve ruido había llamado su atención. Entrecerró los ojos.

Entonces creyó distinguir la silueta de una persona observándola fijamente desde la oscuridad.

—Pops… Hay alguien ahí, escondido.

Nada más oírla, Daniel y Homer se sobresaltaron y se pusieron en pie de un brinco.

Daniel alumbró más allá de la piscina.

Los tres miraron hacia el lugar que señalaba Susan. Homer agarró un tronco de madera y lo sostuvo contra el pecho, dispuesto a lanzarlo si era necesario. Susan corrió hacia el interior de la casa llamando a su madre.

—¿Quién anda ahí? —gritó Daniel moviendo la linterna de un lado a otro.

De entre los arbustos emergió una mujer mayor con una escopeta entre las manos y una mochila colgada a la espalda. Tras ella comenzaron a aparecer más figuras desde la oscuridad, manteniendo la distancia. Todos iban armados: la mayoría con escopetas de caza; otros, con palos. Todos rondaban los setenta años, o incluso los superaban; algunos caminaban apoyándose en bastones de *trekking*.

—¿Quiénes sois vosotros? —gritó la mujer.

—Esta es nuestra casa.

La mujer alzó el arma.

—Mentira —replicó con voz dura—. Esta casa es del señor Barceló.

En ese instante apareció Patricia acompañada de Susan. Ambas empuñaban una pistola con manos firmes, aunque en el rostro de Susan aún se adivinaba el miedo.

—Esta es mi propiedad —gritó Patricia, alzando ligeramente el arma para que todos pudieran verla.

Entonces la atención de la mujer se desplazó de Homer a Patricia. Sus ojos se detuvieron un segundo de más en el joven y, acto seguido, se volvió para susurrar algo en mallorquín a los que la acompañaban.

El gesto no pasó desapercibido para Patricia. Conocía demasiado bien ese tipo de miradas: breves, contenidas, cargadas de preguntas que nadie formula en voz alta. Desde hacía años, en la zona se comentaba que la hija del señor Barceló había tenido un niño con síndrome de Down.

Patricia sostuvo la mirada sin apartarse, firme, casi desafiante. Sabía lo que estaban pensando… y también lo que callaban.

Tras el murmullo que recorrió el grupo, un hombre dio un paso al frente y la examinó con detenimiento, entrecerrando los ojos, como si intentara confirmar una sospecha.

—¿Usted es la hija de Joan Barceló? —dijo finalmente.

Patricia lo miró con más detenimiento. La luz de la luna le permitió reconocer algunos rostros.

—Sí, y usted es el señor Pons —afirmó, señalándolo con la barbilla. Luego a la señora—. Y usted, la señora Muntaner… Ahora los recuerdo. Son vecinos de mis padres. Yo soy Patricia. ¿No se marcharon en barco cuando evacuaron la isla?

La señora Muntaner avanzó un paso, sin bajar la escopeta, aunque ya no la apuntaba directamente a ellos.

—Tus padres se fueron en cuanto se dio la orden de evacuación. No quisieron arriesgarse. El Gobierno declaró la alerta roja de emergencia. Incluso toda la gente joven que conocemos ya se ha marchado. Pero nosotros pensábamos que aquello sería cosa de unas horas… una alarma exagerada… que la luz volvería pronto… —Negó con la cabeza—. Nos equivocamos.

La señora suspiró y continuó:

—Ahora nos dirigimos hacia Cala Millor. Dicen que allí todavía queda un barco organizando salidas hacia la Península. No sabemos cuánto durará esta situación de emergencia, pero es nuestra mejor opción, salir de la isla cuanto antes.

—No es solo cuestión de cuánto dure el apagón —añadió un hombre con voz más grave—. Es la incertidumbre. Esto se está volviendo salvaje. Están arrasando con todo.

—¿Quiénes? —preguntó Daniel, dando un paso al frente.

Durante un instante, los recién llegados se miraron entre sí. En sus ojos había cansancio… y algo más: una mezcla de miedo y amarga resignación, como si consideraran ingenua aquella pregunta.

—Los malos, caballero —respondió la señora Muntaner con sequedad—. Criminales, grupos de vándalos, ladrones… gente que ya no teme a nada porque no queda autoridad que los detenga.

—Anoche asaltaron una finca de unos amigos cerca de Son Servera —añadió el hombre—. Se llevaron todo, comida, combustible… y golpearon al propietario hasta matarlo cuando intentó impedirlo.

Un silencio pesado cayó sobre ellos. Solo se oía el leve murmullo del viento entre los árboles.

Patricia señaló la casa.

—Pueden pasar dentro si quieren —dijo, intentando mantener la calma—. Estaba preparando la cena. Podemos hablar con más tranquilidad.

La señora Muntaner la miró como si no diera crédito.

—Mujer… ¿qué cena? —replicó con dureza—. No estamos para cenas ni tertulias. Empaquetad lo indispensable y marchaos de aquí cuanto antes.

Señaló la casa con el cañón de la escopeta.

—Con vuestra presencia estáis anunciando que hay provisiones en esta finca, poniéndoos en riesgo. Y os aseguro que vendrán a por vosotros. No es cuestión de si pasará… sino de cuándo.

Sin añadir una sola palabra más, comenzaron a retirarse. Uno a uno, dieron media vuelta y se internaron en la arboleda.

Las sombras del bosque los fueron engullendo hasta que sus siluetas se desdibujaron por completo. Solo quedó el leve crujido de las ramas bajo sus pasos y, después, nada.

La noche volvió a cerrarse sobre la zona de la barbacoa como si quisiera borrar lo ocurrido unos instantes antes.

—Dan, deja la sal para mañana y entra en casa —le pidió Patricia en voz baja, sin apartar aún la vista de la arboleda—. La cena ya está lista.

Cenaron alrededor de la mesa de la cocina, en un ambiente extraño, casi solemne. El tintinear de los cubiertos sobre los platos parecía demasiado fuerte en aquella calma forzada. Cuando terminaron, Patricia se levantó dispuesta a recoger, pero Daniel la detuvo con un gesto.

Aunque a ella no le hizo ninguna gracia, Daniel sugirió dejar los platos y los cubiertos en el fregadero hasta la mañana siguiente.

Insistió en que ponerse a fregar, mover la vajilla o abrir armarios solo serviría para generar más ruido del necesario.

—Ya habrá tiempo de limpiar mañana —dijo en voz baja—. Ahora lo importante es pasar la noche sin sobresaltos.

Subieron a la planta superior alumbrándose con las linternas.

Susan insistió en que no quería dormir sola en su habitación, así que acordaron una nueva distribución: Patricia y Daniel ocuparían el cuarto de los abuelos, mientras que Susan y Homer dormirían en el dormitorio de sus padres, al otro lado del pasillo.

38

Ya entrada la noche, Susan, tumbada junto a su hermano en la cama de matrimonio de sus padres, enchufó el cargador de su móvil.

—Pops dijo que lo hiciéramos mañana por la mañana —le llamó la atención Homer, medio dormido.

—Qué más da ahora —replicó ella en voz baja—. No consume casi nada de energía.

La batería estaba prácticamente agotada, así que esperó a que cargara lo suficiente para introducir la clave de acceso. Al desbloquear la pantalla, frunció el ceño.

—Los servidores de internet continúan sin funcionar —comentó, mirando el icono de conexión.

Entró en su correo de Gmail casi por inercia y entonces lo vio: un mensaje sin leer, filtrado en la carpeta de spam, enviado por Ranbir.

—Ostras… un correo de Ranbir —murmuró, sorprendida.

Homer se incorporó y se acercó a ella.

—¿Y qué dice?

Susan se levantó de la cama sin responder.

—Tengo que decírselo a Pops.

En la habitación de los abuelos, Daniel estaba sentado en una silla, escribiendo en un cuaderno. Anotaba cifras, tachaba, volvía a escribir: el número aproximado de víveres disponibles, la energía que podían generar con los paneles solares, el consumo estimado. La bolsa del Aldi con las pistolas descansaba a sus pies.

—La autosuficiencia va a tener que convertirse en el pilar básico de nuestras vidas —decía en voz baja, casi para sí mismo—. Tenemos estufas de leña, podemos cocinar con la vitrocerámica lo justo para los cuatro, usar los hornos de piedra y la barbacoa de la terraza. Hay leña, y siempre podremos salir a cortar más… y el agua…

Patricia estaba sentada en el borde de la cama, con otro cuaderno sobre las rodillas. También ella escribía, repasando el inventario de la despensa de sus padres y todo lo que se le ocurría.

—Dan, lo que de verdad me preocupa es la seguridad —dijo, cortándole con suavidad pero con firmeza—. Estamos en una finca aislada… demasiado expuesta.

Hizo una breve pausa antes de añadir, en voz más baja:

—Lo que ha dicho la señora Muntaner no me gusta nada. Me ha dejado intranquila.

Daniel iba a responder cuando aparecieron Susan y Homer. Habían acordado dejar todas las puertas abiertas en todo momento, por si necesitaban llamarse sin levantar la voz.

—Pops —susurró Susan, mostrando el móvil—. Ranbir me escribió un correo. Mi amigo indio, el que vive en Manacor.

—¿Cuándo te escribió? —preguntó Daniel.

—Ayer, a través de un servicio satelital. Dice que él y sus padres, a pesar de las órdenes de evacuación de la isla, se quedarán. Y que si seguimos en Mallorca y necesitamos ayuda de cualquier tipo, acudamos a ellos.

—¿A qué se dedica su padre? —preguntó Patricia.

—Tiene una clínica de medicina alternativa —respondió Susan—. Homeopatía y métodos naturales, ese tipo de cosas.

Daniel asintió despacio.

—Bien, es bueno saberlo, por si necesitamos ayuda. Mañana intentaremos conectarnos a internet con el servicio satelital. Pero ahora, a dormir. Os despertaré temprano. Mañana tenemos mucho que hacer.

Homer, que parecía dormirse de pie, murmuró con los ojos entrecerrados:

—Es una pesada… Le dije que lo dejara para mañana.

Susan le dio un codazo suave. Tras despedirse por segunda vez, ambos regresaron a su habitación.

De madrugada, la idea de conectarse a internet mediante servicios satelitales, como *Starlink*, no dejaba de dar vueltas en la cabeza de Susan.

Incapaz de dormir, encendió la luz de la mesita de noche. Homer roncaba profundamente, ajeno a todo.

Cogió el móvil y lo activó, buscando alguna forma de obtener conexión.

Mientras tanto, desde el exterior de la finca, alguien había visto encenderse la luz en una de las habitaciones de la casa rural.

PARTE CUATRO
VIERNES

39

Aquel viernes de madrugada, Susan finalmente desistió de su intento de conectarse a internet.

Estaba agotada y le ardían los ojos después de tanto tiempo mirando la pantalla del móvil. Apagó el teléfono, lo dejó con cuidado sobre la mesita de noche y, tras unos segundos de silencio, apagó también la luz de la lámpara.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando una voz la sacó bruscamente del sueño.

—Susan… Homer… despertaos —susurró Daniel desde la oscuridad—. Despertaos.

Susan dio un respingo y se incorporó de golpe en la cama, con el corazón acelerado.

—¿Qué pasa, Pops? —murmuró.

Daniel alzó el dedo índice y se lo llevó a los labios.

—Psssh… habla flojo —le indicó—. Despierta a tu hermano y venid a nuestra habitación. Ahora.

El tono de su voz no admitía preguntas.

Los dos llegaron al dormitorio casi sin hacer ruido. Nada más entrar, vieron a su madre de pie, rígida, con el rostro desencajado. Tenía una mano tapándose la boca y, con la otra, les hacía un gesto urgente para que guardaran silencio.

Daniel estaba pegado a la pared, junto a la ventana. Separaba apenas la cortina lo justo para asomarse por un pequeño resquicio y observar el exterior.

—Pops… ¿qué pasa? —susurró Homer, acercándose a él.

Daniel se apartó de la pared y lo sujetó por los hombros con firmeza, indicó a Susan que se acercara también. Cuando los tuvo a los dos cerca, habló muy flojo.

—Escuchad —dijo—. Hay gente fuera. Mucha. Por lo menos veinte… quizá cincuenta personas.

Susan sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Todos parecen africanos —continuó Daniel—. Deben de haber llegado a la isla hace poco y probablemente están arrasando todo lo que encuentran en busca de comida. Hablan entre ellos en su idioma y… —hizo una breve pausa— creo que no tardarán en intentar entrar.

Patricia cerró los ojos un instante, luchando por no derrumbarse.

—Han debido de ver movimiento dentro de la casa —añadió Daniel—. Si han visto luz o han notado algo, habrán deducido que aquí hay víveres.

Sin decir nada más, abrió la bolsa que descansaba en el suelo y repartió las armas. Le entregó una pistola a Patricia, a Homer y otra a Susan. Daniel tomó dos: se guardó una en el cinto, a la espalda, y sostuvo la otra con la mano.

—Controlad vuestro nerviosismo —dijo Daniel en voz baja—. Es muy importante controlar las emociones para poder actuar con cabeza. Permaneced todo el tiempo pegados a vuestra madre.

Susan asintió en silencio.

—Sí, Pops —aseguró Homer—. No le pasará nada a mamá.

Daniel le revolvió el cabello con un gesto rápido, cargado de afecto y de una silenciosa gratitud.

—Ahora escuchad bien —susurró—. Vamos a movernos en silencio hasta el sótano. Desde allí saldremos por la trampilla que da a la parte trasera de la casa, hacia el bosque.

Susan frunció el ceño, recordando de pronto algo.

—Pops… esa trampilla —murmuró—. El abuelo siempre la mantiene cerrada con el pestillo. Por ahí Homer y yo nos escapábamos cuando éramos pequeños.

Daniel asintió despacio.

—Lo sé —respondió—. Me acordé cuando fui a sacar la autocaravana. Por eso la dejé abierta, por si teníamos que salir de aquí en caso de emergencia.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. El silencio de la habitación se vio interrumpido por un murmullo lejano que llegaba desde el exterior, voces desconocidas que confirmaban cada una de las palabras de Daniel.

—Ahora nos vamos abajo —dijo él finalmente—. Despacio y sin ruido. Y pase lo que pase, no os separéis.

Patricia alzó la mano lentamente, pidiendo silencio. El gesto fue suficiente para que todos le prestaran atención.

—He oído un ruido —susurró.

Señaló con un leve movimiento de la cabeza hacia el pasillo.

—Hay alguien dentro —insistió, apenas moviendo los labios.

Nadie se atrevió a hablar. El silencio se volvió espeso, casi irrespirable. Desde el exterior llegaban murmullos cada vez más altos, voces confusas que se superponían unas a otras, como un enjambre inquieto que rodeaba la casa.

Entonces lo oyeron.

Un crujido seco. Una pisada.

Después otra.

Alguien subía por las escaleras.

Daniel se acercó despacio a la puerta de la habitación, que permanecía abierta, y agudizó el oído. No era el único intruso: abajo, en la cocina, también se movía alguien más.

Durante un instante pensó que tal vez el grupo había decidido enviar a uno o dos de los suyos para comprobar cuántas personas había en el interior de la casa. Un reconocimiento rápido, silencioso.

Pero descartó esa idea casi de inmediato.

No, no era eso.

La forma de moverse, el sigilo, la determinación al entrar… todo encajaba demasiado bien. Daniel lo entendió con una claridad arrolladora: quienes habían entrado tenían la orden de matar primero, de eliminar por sorpresa a cualquiera que encontraran dentro, antes de que el resto irrumpiera de golpe.

Un nudo frío le cerró el estómago, pero aun así se obligó a avanzar. Se armó de valor y salió al pasillo. En aquellos segundos no existía nada más que una idea fija golpeándole la cabeza: proteger a su familia, costara lo que costara.

Sus ojos ya se habían adaptado en parte a la penumbra, aunque la oscuridad seguía siendo espesa y engañosa. Las formas se difuminaban y cualquier sombra podía convertirse en una amenaza.

Oyó al intruso subir otro escalón.

Y luego otro.

Si avanzaba un par de escalones más, Daniel alcanzaría a verle la cabeza asomando por la escalera. Pero el pensamiento lo heló por dentro: ¿y si, de repente, subía corriendo y se le lanzaba encima?

El corazón le latía con fuerza.

Avanzó unos pasos, levantó el brazo y apuntó con la pistola en ristre.

—¡Fuera de esta casa o disparo! —gritó, rompiendo el silencio.

La escalera estaba mucho más oscura de lo que había calculado, y el intruso no se encontraba tan arriba como Daniel había supuesto. Desde abajo, el hombre dijo algo rápido y gutural en un idioma que Daniel no entendió. Lejos de detenerse, subió un escalón más.

—¡He dicho que fuera! —repitió Daniel, con la voz tensa.

Entonces lo vio.

Era alto y musculoso, de pelo corto y rizado, con rasgos africanos marcados. En una de sus manos brilló un reflejo metálico: un machete.

El peligro dejó de ser una posibilidad y se convirtió en una amenaza inmediata.

Daniel avanzó unos pasos con la pistola levantada.

—¡Fuera de esta casa o disparo! —volvió a gritar.

Se acercó rápidamente, con el brazo extendido, y disparó. La bala alcanzó al hombre en pleno rostro; cayó hacia atrás, rodó escaleras abajo y aterrizó en el suelo del salón.

En el exterior, el grupo se dispersó en desbandada en cuanto resonó el disparo.

Daniel no esperó: bajó corriendo las escaleras, saltó por encima del cuerpo del hombre y apuntó de inmediato hacia la cocina.

No lograba distinguir a nadie en la oscuridad. Sin embargo, el aire estaba impregnado de un olor penetrante a sudor seco. Durante un segundo eterno, sintió una corriente de aire frío recorrerle la nuca, como un aviso instintivo.

Entonces ocurrió.

Una sombra enorme se abalanzó sobre él desde un lateral. Daniel apenas logró apartarse cuando el intruso lanzó una estocada con el machete; la hoja silbó a escasos centímetros de su cuerpo. Intentó retroceder, pero el suelo le traicionó y perdió el equilibrio.

Cayó pesadamente. En el golpe, la pistola se le escapó de la mano y salió despedida, deslizándose por el suelo hasta perderse entre las sombras.

Echó la mano hacia atrás para agarrar la otra pistola que llevaba escondida a la espalda e intentó incorporarse lo más rápido posible, pero el nerviosismo hizo que el arma se le resbalara y cayera al suelo, deslizándose varios metros.

Daniel quedó a merced del intruso. Antes de que pudiera reaccionar, el hombre le clavó algo punzante en una pierna. Él soltó un alarido, se dobló sobre sí mismo y, con todas sus fuerzas, le propinó un puñetazo que hizo caer al atacante hacia atrás.

Aprovechó aquel instante y, con un esfuerzo desesperado, se lanzó al suelo de la cocina, estirando el brazo hacia una de las pistolas. Sus dedos rozaron el frío metal de una de ellas… pero antes de poder asirla, el intruso se incorporó sobre él, aplastándolo con todo su peso.

Con un movimiento rápido y amenazante, el hombre alzó el machete por encima de su cabeza. La hoja brilló fugazmente en la penumbra y relampagueó un instante, un destello frío que anunciaba un golpe mortal.

El tiempo pareció ralentizarse.

De repente, resonó un disparo seco, seguido de otro. El eco rebotó contra las paredes, sacudiendo los oídos de Daniel.

El hombre cayó de inmediato al suelo y el machete se le escapó de las manos, rebotando con un golpe metálico sobre las baldosas.

El silencio regresó de manera repentina, solo interrumpido por la respiración agitada de Daniel.

Por un instante, todo se detuvo. La amenaza parecía haber terminado… al menos por ahora.

Homer bajó la pistola y corrió a socorrer a su padre.

—Pops, ¿estás bien?

Patricia y Susan bajaron las escaleras casi tropezando, con el corazón golpeándoles el pecho.

—¡Pops! —gritó Susan, echando a correr hacia él.

Daniel estaba en el suelo, apoyado contra el mueble de la encimera. Intentó incorporarse con la ayuda de Homer.

—Tenemos que salir… cuanto antes —jadeó—. Van a volver. Y esta vez todos van a entrar en la casa.

Patricia encendió la regleta LED bajo el armario de la encimera. Bajó la mirada y se encontró con la pierna herida de Daniel. Sangre. Un tajo profundo. El pantalón estaba empapado. Un grito ahogado se le atragantó.

Sin perder un segundo, abrió un cajón con manos temblorosas y sacó un palo de cocina y unas tijeras.

—Homer, dame el mantel que hay sobre la silla —ordenó sin mirarlo, con una voz que no admitía réplica.

Mientras tanto, con la ayuda de Susan, lo hicieron tumbarse en el suelo.

Patricia cortó la tela del mantel y, con movimientos rápidos y decididos, improvisó un torniquete. Daniel apretó los dientes, ahogando un gemido. En ese instante, un murmullo lejano comenzó a crecer, filtrándose por las paredes como un enjambre.

Gritos. Muchos. Cada vez más cerca.

Y enseguida, desde detrás de la puerta principal, se escucharon voces en un idioma extraño, incomprensible, que subían de volumen hasta convertirse en un clamor amenazante. Los golpes contra la puerta principal hicieron vibrar la casa.

—Ya están aquí —susurró Susan, pálida.

Ayudaron a Daniel a caminar y avanzaron hacia el sótano a toda prisa. El ruido de fuera se volvió ensordecedor. De repente, una maceta salió volando y se estrelló contra la ventana del salón, haciendo añicos el cristal con un fuerte estruendo.

Comenzaron a llover piedras. Más macetas. Los cristales estallaban uno tras otro, y los gritos se transformaban en alaridos de triunfo. La puerta cedió con un crujido seco.

Finalmente, la muchedumbre irrumpió en tropel en el interior de la vivienda, desbordándolo todo, mientras la familia descendía los últimos escalones del sótano.

40

Daniel avanzaba a duras penas, con la pierna herida ardiéndole a cada paso. Patricia lo sostenía por un lado; Susan y Homer —pegados a él, atentos a cualquier tropiezo— lo ayudaban a no caer. Nadie hablaba. Solo el roce apresurado de sus pasos y la respiración contenida rompían el silencio.

Empujaron la puerta trasera del sótano y el aire fresco de la madrugada los golpeó de lleno. Salieron a la parte de atrás de la vivienda, donde la oscuridad era más profunda y el jardín se desdibujaba en sombras. Sin mirar atrás, se internaron en el bosque.

Las ramas les arañaban la ropa y la humedad del suelo hacía resbalar las hojas bajo sus pies, pero siguieron adelante, presionados por la urgencia.

A medida que se alejaban, los gritos comenzaron a llegarles con mayor nitidez. Voces superpuestas, ásperas, celebratorias. La muchedumbre había allanado la casa. Se oían golpes, risas, objetos arrastrados.

Daniel se detuvo un segundo y volvió la cabeza. Entre los árboles, vio cómo se encendían luces en la vivienda: las ventanas se iluminaban una a una.

—Las luces… —murmuró—. Creen que aquí no afecta el apagón.

En ese mismo instante, el recuerdo le cayó como una losa: las placas solares. Pronto las arrancarían, y quién sabe dónde acabarían.

—Nos hemos quedado sin las placas, sin el generador y…

—Tenemos que seguir —apremió Patricia, interrumpiéndolo y tirando de él.

—Unos metros más adelante está la autocaravana —añadió Daniel, señalando hacia el frente.

Avanzaron hasta el camino de tierra, apenas visible entre la vegetación. Allí, oculto entre ramas y maleza, estaba aparcado el vehículo.

Susan apartó las ramas con las manos temblorosas mientras Patricia y Homer ayudaban a Daniel a subir y a tumbarlo en el suelo. Cerraron la puerta de un golpe seco. Detrás, los gritos quedaron amortiguados por la distancia y los árboles.

Patricia se puso al volante. El motor arrancó con un rugido que a todos les pareció demasiado alto. Sin encender las luces, avanzó unos metros y luego las prendió de golpe, al tiempo que aceleraba por el camino. La autocaravana se sacudía mientras ganaba velocidad.

Por un instante, Patricia perdió el control. Las ruedas patinaron sobre la gravilla del camino y el vehículo se desvió bruscamente, estrellándose contra el tronco de un árbol. El impacto sacudió el interior; las luces delanteras del lateral izquierdo estallaron en una lluvia de cristales.

—¡No! —exclamó Patricia, forcejeando con el volante.

—¡Marcha atrás, Patricia! ¡Sácanos de aquí ahora mismo! —apremió Daniel.

Antes de que pudiera reaccionar, una piedra salió disparada de la oscuridad y golpeó la carrocería con un estruendo metálico. Luego otra. Y otra más. En cuestión de segundos, comenzó una lluvia de proyectiles que resonaban contra las paredes del vehículo como golpes de martillo.

—¡Malditos sean todos! —espetó Homer, con la voz cargada de furia.

Abrió la puerta trasera de un empujón mientras Patricia intentaba maniobrar para sacar la autocaravana del atolladero.

Homer bajó de un salto, alzó el arma y disparó una vez. El fogonazo iluminó fugazmente los árboles. Disparó de nuevo. El retroceso lo desequilibró y cayó al suelo.

—¡Mamá, para! —gritó Susan desde el interior, presa del pánico —. Homer está fuera.

—¡Homer! ¡Entra! —vociferó Daniel, aferrado al asiento, con el rostro desencajado por el dolor y el miedo.

Homer se incorporó con sorprendente agilidad. Apuntando hacia la negrura del bosque, volvió a disparar. Los ecos se perdieron entre los troncos. Sin mirar atrás, saltó dentro de la autocaravana y cerró la puerta de un portazo justo cuando otra piedra rebotaba contra la chapa.

—¡Acelera, mamá! ¡Acelera! —gritó, sin aliento.

Patricia hundió el pie en el acelerador. El motor rugió con furia y las ruedas encontraron tracción. La autocaravana se lanzó hacia delante, devorando el camino de tierra mientras los golpes se volvían más lejanos, se dispersaban hasta desaparecer.

A lo lejos, entre los árboles, la casa seguía iluminada en mitad de la oscuridad, como un faro inútil que delataba su posición a cualquiera que mirara.

Ellos, en cambio, se alejaban a toda velocidad, dejando atrás el bosque, los gritos en un extraño idioma y el terror, aferrándose a la esperanza de no tener que volver jamás la vista atrás.

41

El cielo empezaba a clarear. Una franja de luz gris azulada se extendía sobre el horizonte y el olor salino del mar se colaba por las ventanillas de la autocaravana.

Patricia sujetaba el volante con firmeza, los nudillos blancos por el cansancio, pero su conducción seguía siendo precisa. Habían tomado una carretera comarcal estrecha y desierta; sabía que, a poca distancia, encontrarían una pequeña población costera donde podrían detenerse sin llamar la atención.

Dentro del vehículo reinaba un silencio pesado, apenas roto por el traqueteo del motor y el tintineo metálico de alguna pieza de la carrocería que se había desencajado tras chocar contra el tronco del árbol.

Daniel estaba tendido en el suelo, rodeado de sus hijos. Había perdido mucha sangre. Su rostro estaba ceniciento, los labios secos, y cada respiración parecía costarle un esfuerzo consciente. Él mismo era plenamente consciente de la gravedad del corte producido por el machete: la herida era profunda, y el dolor latía con insistencia, como un tambor lejano.

Susan fue la primera en darse cuenta.

—Mamá… Pops está peor —dijo, alzando la voz para que Patricia pudiera oírla.

—Seguid presionando la herida como os dije —respondió Patricia sin apartar la mirada de la carretera—. No aflojéis.

Homer, sentado junto a su padre, apretaba el improvisado vendaje con las manos temblorosas. Tragó saliva antes de hablar.

—Pops… no te vas a morir, ¿verdad?

Daniel abrió los ojos con esfuerzo. Giró ligeramente la cabeza hacia él y esbozó una sonrisa cansada. Alzó la mirada lo justo para encontrarse con la de su hijo.

—No… no voy a morir —dijo con voz débil, pero firme—. Aún nos queda mucha aventura por delante, colega.

Homer asintió en silencio, aferrándose a esas palabras como a un salvavidas, mientras el primer sol del día comenzaba a iluminar la carretera que los conducía hacia la costa.

Patricia metió la autocaravana en el aparcamiento de un puerto deportivo.

El lugar estaba en silencio, un silencio antinatural para un sitio que, pocos días antes, vibraba de voces, motores y música.

El amanecer comenzaba a extenderse.

El mar seguía allí, tranquilo, rompiendo con suavidad contra los muelles, como si no entendiera que algo se había roto en tierra firme.

Las embarcaciones habían desaparecido casi por completo. Solo quedaban algunos yates amarrados a medias, cabos sueltos balanceándose sobre el agua, defensas golpeando rítmicamente los cascos olvidados.

En el suelo, maletas abiertas, chanclas solitarias, una nevera portátil volcada con latas rodando entre charcos de agua salada.

Todo hablaba de una evacuación apresurada, sin tiempo para despedidas ni explicaciones.

Ellos eran las únicas personas en la zona.

Las oficinas del puerto tenían las persianas a medio bajar. En los cristales, carteles improvisados escritos con rotulador anunciaban cierres indefinidos. El olor a gasóleo y sal se mezclaba con el de basura acumulada, empezando ya a fermentar bajo el sol.

Tiendas de suvenires para turistas y casas típicas de la zona, con sus puertas de madera y postigos pintados de un verde muy mallorquín, estaban cerradas. Las terrazas de los bares daban la sensación de haber sido abandonadas a mitad de una jornada

cualquiera: sillas mal colocadas, mesas sin recoger, menús del día aún escritos en la pizarra, servilletas, cubiertos y platos tirados por el suelo.

Las banderas del puerto ondeaban con el viento marino, golpeando los mástiles con un chasquido seco que resonaba demasiado fuerte en la quietud.

Aquel espectáculo les recordó que la isla de Mallorca no había sido vencida por una tormenta ni por el mar, sino por una emergencia que había obligado a todos a marcharse.

Patricia extendió una sábana sobre el asfalto y colocó una almohada en uno de los extremos. El suelo aún conservaba el frescor de la noche. El aire era limpio; se percibía la humedad en todo el cuerpo y un fuerte sabor a sal en los labios. A lo lejos, algunas gaviotas chillaban enloquecidas.

Con sumo cuidado, entre los tres, sacaron a Daniel de la autocaravana. Cada movimiento era lento y medido; intentaban no causarle más dolor del necesario. Lo tumbaron con suavidad, acomodando la pierna herida y colocando la almohada bajo la cabeza.

Daniel respiró hondo, cerrando los ojos un instante mientras el mareo pasaba. El amanecer comenzaba a calentar el aire, pero él sentía frío.

—Voy a hervir agua —comentó Patricia, incorporándose de inmediato y entrando con rapidez al vehículo.

Daniel abrió los ojos y levemente giró la cabeza hacia la puerta.

—Usa solo un fuego de la vitrocerámica —dijo con voz débil, pero clara—. No gastes toda la batería.

Patricia se detuvo un segundo antes de asentir, consciente de que, incluso en ese momento tan crítico, Daniel seguía pensando en lo que vendría después.

Susan se arrodilló junto a su padre y empezó a limpiar la herida con cuidado, usando una toalla, procurando no tocar demasiado el músculo expuesto.

Homer se sentía inútil, apretando un paño húmedo contra la frente de Daniel, con las manos temblorosas y la mirada fija en los

movimientos de su hermana, como si buscara instrucciones que no sabía formular.

El corte en el muslo izquierdo era estrecho y alargado. La piel se abría en una línea precisa, casi limpia, aunque lo bastante profunda como para separar los bordes y dejar ver el músculo bajo la superficie. La sangre seguía brotando poco a poco, empapando la tela del pantalón alrededor de la herida.

Patricia salió sosteniendo con cuidado un cuenco metálico que humeaba.

—¿Qué puedo hacer, mamá? —preguntó Homer con la voz cargada de impotencia.

—Moja de nuevo el paño en el cazo de agua, escúrrelo bien y mantenlo sobre su frente —respondió Patricia. Su tono era firme, pero había un hilo de preocupación que atravesaba cada palabra.

—Sí, mamá —dijo Homer, volviendo a humedecer el paño y colocándolo con cuidado sobre la frente de su padre, temiendo no hacerlo lo suficientemente bien.

—¿Y si cogemos uno de esos barcos y nos vamos de aquí? —sugirió Susan, señalando hacia el mar—. Valencia está por allí, ¿no?

—No es mala idea —dijo Homer, con un destello de entusiasmo en la mirada.

Daniel negó despacio con la cabeza.

—Ninguno de nosotros sabe navegar —respondió con calma, pero con firmeza.

Patricia hizo una mueca y no pudo evitar esbozar una leve sonrisa ante la ocurrencia.

—Lo más probable es que acabemos perdidos en mitad del mar… si es que llegamos a salir del puerto.

Una vez que retiraron las prendas manchadas de sangre y limpiaron la herida, Patricia comprobó la profundidad del corte. Susan y Homer observaban por encima de su hombro.

—Dan… la herida es muy profunda —dijo Patricia, con la voz temblorosa, mientras sus hijos la miraban preocupados, expectantes —. Creo que hay tendones casi seccionados… hay que saturarla… controlar el sangrado… detener la hemorragia…

Se detuvo un instante, respirando con dificultad, y miró alrededor, notando de golpe la absoluta carencia de material médico. El corazón se le aceleró y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Hay una caja de primeros auxilios —dijo él.

—No… no tenemos nada para operar… Solo hay gasas, *Betadine*, agua oxigenada… —susurró con impotencia, la voz cargada de miedo—. Esto es demasiado urgente para nosotros. Tenemos que llevarte a un hospital, Dan… ahora mismo. Quedará algún médico…

Se inclinó sobre él, intentando recomponer la calma, apretando los dientes para no dejar que el pánico la dominara, mientras las lágrimas amenazaban con brotarle. Cada segundo contaba, y sabía que cualquier retraso podía ser fatal.

—Podemos ir al centro de salud de Felanitx —continuó Patricia, con un hilo de esperanza en la voz—. ¿Te acuerdas de cuando llevamos a Susan allí siendo niña, y se rompió un brazo jugando en casa de mis padres?

—Es un centro pequeño, Patricia —comentó Daniel, con el ceño fruncido—. Y además es del Gobierno. Lo más probable es que desde el primer día lo hayan cerrado a cal y canto para evitar saqueos… o que ya se hayan llevado todo el material médico para evitar robos.

—Entonces, ¿qué se te ocurre? Tenemos que hacer algo, por Dios.

Daniel guardó silencio unos segundos. Respiró hondo. En ese instante los ojos se le iluminaron levemente.

—Homer, Susan… ¿veis aquel bote? —dijo, señalando un barco de recreo moderno amarrado a pocos metros—. Entrad dentro. Revisad todos los armarios y buscad la caja de primeros auxilios.

Hizo una breve pausa para asegurarse de que lo estaban escuchando.

—Meted en una bolsa todo lo que veáis que pueda servir: vendas, gasas, alcohol, desinfectante, lo que sea. Tiene que haber un kit de sutura, con pegamento dérmico, hilos de nylon, agujas… Y volved corriendo. No os retraséis ni un segundo.

Tragó saliva antes de añadir:

—Coged la barra de hierro que hay en el maletero, junto a las herramientas. Si la puerta está cerrada, la rompéis. No dudéis.

Los dos asintieron, conscientes de que no era solo una orden: era una oportunidad. Y quizá la única. Hicieron lo que se les dijo y corrieron hacia el bote.

Cuando sus hijos estuvieron lejos, Daniel estaba a punto de decirlo. De poner en palabras aquello que le rondaba la cabeza desde hacía rato: el futuro de su familia sin él. Una idea que había empezado a aceptar en silencio, pero sabía que Patricia jamás permitiría ni siquiera escucharla.

No llegó a terminar la frase.

—Ni se te ocurra mencionarlo —lo cortó ella de inmediato, con voz firme—. Vas a salir de esta.

—Pero sé realista, Patricia… si yo… —insistió Daniel, respirando con dificultad.

Patricia se inclinó sobre él sin dejarle terminar. Alzó el índice frente a su rostro, los ojos brillantes, llenos de una determinación casi feroz.

—Que te calles.

Daniel cerró la boca y apartó la mirada, sabiendo que, en ese momento, discutir era imposible.

Susan y Homer regresaron corriendo. Traían entre los dos un kit enorme de primeros auxilios, impermeable, claramente diseñado para emergencias en alta mar. Lo dejaron en el suelo y lo abrieron con las manos nerviosas. Dentro había de todo: vendajes, gasas estériles, vendas elásticas, antisépticos como clorhexidina y yodo, tijeras, pinzas, analgésicos en abundancia, e incluso agujas e hilos de sutura.

Patricia lo observó todo durante unos segundos y dejó escapar una sonrisa cansada, casi incrédula.

—Uff… —murmuró—. Aquí tenemos lo suficiente como para operar un ejército.

Durante un instante, la tensión se aflojó.

Entonces sucedió.

Un sonido grave y profundo cruzó el cielo, distinto de cualquier cosa que hubieran oído antes.

No fue un estruendo inmediato, sino una vibración lejana, prolongada, como si la atmósfera entera se hubiera estremecido.

Todos se quedaron quietos. Instintivamente, alargaron el cuello y alzaron la mirada hacia el mar, hacia el horizonte donde se adivinaba la península.

Y entonces lo vieron.

Una gigantesca seta blanca comenzó a elevarse lentamente sobre el cielo. Su forma era inconfundible. Crecía con una calma antinatural, expandiéndose hacia arriba y hacia los lados, iluminando el horizonte con una luz pálida y aterradora.

Nadie habló. Nadie se movió.

En ese momento, Daniel supo qué había ocurrido. Comprendió que todo lo que habían vivido hasta entonces no había sido más que el preludio. Que el mundo, tal y como lo conocían, acababa de cambiar para siempre… Y, al otro lado del mar, la civilización había sido aniquilada.

42

Daniel los apremió a huir de inmediato, a marcharse lo más lejos posible de la zona costera. Cada minuto que permanecieran allí aumentaba el peligro.

—Mis padres, Dan —gritó Patricia, con la voz quebrada, volviendo la vista hacia el horizonte—. Están allí.

Daniel cerró los ojos un segundo antes de responder. Sabía lo que aquella explosión significaba. Lo sabía demasiado bien. Pero también sabía que el pánico no les serviría de nada.

—Ya habrá tiempo de saber qué ha pasado realmente —dijo con calma forzada.

Por dentro, no tenía dudas: aquello había sido una bomba atómica y había estallado en la península. Aun así, quiso restarle peso, aferrarse a cualquier resquicio de esperanza que les permitiera seguir adelante sin paralizarse.

—Quizá… quizá haya caído en el mar y no en tierra —añadió, aunque ni él mismo estaba convencido—. No lo sabemos aún.

Patricia lo miró, consciente del esfuerzo que hacía por mantenerse sereno.

—Ahora lo urgente —continuó Daniel, con un tono más firme— es largarnos de aquí. Cuanto más lejos estemos de la costa, mejor. Si hay contaminación… el viento del mar puede arrastrarla hacia la isla. No podemos arriesgarnos.

Metieron todo dentro de la autocaravana. Cada segundo que permanecieran allí los hacía vulnerables.

Pero en cuanto Daniel intentó incorporarse, un nuevo dolor lo atravesó y la herida volvió a sangrar con violencia, empapando las vendas improvisadas. Con dificultad lo ayudaron a tumbarse en el interior del vehículo.

—Tengo que coserte, Dan —dijo Patricia al verlo, alarmada, arrodillándose a su lado.

Daniel negó con la cabeza, apretando los dientes.

—No hay tiempo —dijo con voz ronca—. Me coses en la carretera.

—Pero ¿quién va a conducir? —preguntó Patricia, impaciente.

—Conduce, Homer.

Patricia soltó una carcajada breve, forzada, más cercana a un gesto de incredulidad que de humor.

—¿Homer?

—Mamá, dame las llaves —respondió él sin dudar, extendiendo la mano.

Ella se quedó inmóvil, mirándolo como si no hubiera entendido bien.

—Ni hablar. No digas tonterías.

—Patricia… Homer sabe conducir —afirmó Daniel, revelándolo como si fuera un detalle menor.

—¿Qué? —exclamó ella, girándose bruscamente hacia él.

—Y tiene novia —añadió Susan, divertida, intentando rebajar la tensión.

Homer hinchó el pecho, orgulloso, como si aquella fuera la prueba definitiva de su madurez.

—Es verdad, mamá —aseveró, quitándole las llaves de las manos.

—Pero si no tienes ni el carnet de conducir —replicó Patricia, aún atónita.

Homer adoptó entonces una expresión exageradamente segura, imitando una pose de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*, y antes de irse a sentar frente al volante dijo, con solemnidad teatral:

—¿Carnet de conducir? *Francamente, querida, me importa un bledo*.

Susan soltó una risa nerviosa. Patricia cerró los ojos un segundo, vencida por la urgencia.

Homer conducía mucho mejor de lo que nadie habría imaginado. Mantenía el volante firme, corregía con suavidad cada curva y dosificaba el acelerador con una seguridad impropia de alguien sin carnet.

La autocaravana avanzaba con una estabilidad sorprendente, alejándose poco a poco de la línea de la costa.

Patricia había indicado a su hijo, en voz alta, el acceso correcto a la autopista, consciente de que esa elección marcaba la diferencia. Allí no habría baches inesperados, ni tramos rurales mal señalizados, ni cambios bruscos. Solo carriles amplios, trazados previsibles y un avance firme que permitía al vehículo mantener el rumbo sin sobresaltos.

Mientras tanto, Patricia se inclinaba sobre Daniel, concentrada en la herida. Con ayuda de Susan, limpió de nuevo con cuidado la sangre reciente y colocó una gasa estéril sobre el corte, presionándola con firmeza antes de asegurarla con varias tiras de esparadrapo.

—Más adelante tendremos que parar —dijo sin levantar la vista —. Cuando estemos más hacia el interior de la isla. Entonces te coseré la herida.

Daniel asintió despacio, respirando hondo para no marearse.

Patricia levantó la mirada un instante hacia el asiento delantero, observando a Homer.

—¿Le has enseñado tú a conducir? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondió Daniel, sin rodeos.

Ella apretó los labios.

—Dijimos que nada de tomar decisiones sobre Homer sin hablarlo antes…

—Ya, ya… —la interrumpió él con una media sonrisa cansada—. Pero esto era solo para darle autoestima. De vez en cuando le dejaba dar vueltas con el coche por el aparcamiento cuando íbamos a comprar al centro comercial.

Patricia resopló, a medio camino entre el enfado y el alivio, y luego se giró lentamente hacia su hija, entrecerrando los ojos.

—¿Qué es eso de que tiene novia?

—Es su profesora del colegio, Doris.

—Desde luego… —murmuró.

Delante, Homer seguía conduciendo, serio, concentrado, completamente ajeno a la conversación. Susan tomó asiento a su lado en la cabina y lo observó con una mezcla de admiración y orgullo.

Por primera vez desde que todo había empezado, la autocaravana no solo se alejaba del peligro: avanzaba con la sensación frágil, pero real, de que todavía podían seguir adelante.

43

Daniel lo comprendió de inmediato: una bomba nuclear había caído en la península. Pero no dijo nada a Patricia, para no alarmarla.

Durante años había considerado que una guerra nuclear a gran escala era improbable. La lógica de la disuasión y los costes catastróficos para cualquier atacante parecían razones suficientes.

Pero quizá la lógica había fallado. O podía haber sido un accidente técnico, pensó Daniel; de hecho, era lo más probable. Lo que en la terminología militar estadounidense se conocía como «Broken Arrow»: un incidente nuclear provocado por fallos operativos, malentendidos, desinformación o errores en los sistemas de comunicación durante una crisis. El apagón probablemente había sido la causa de todo.

Como experto en inteligencia, sabía que la fragilidad técnica y humana de los sistemas de mando y control era tal que incluso un satélite o un radar podían confundir un fenómeno natural con el inicio de un ataque. Por lo tanto, el riesgo de un ataque nuclear no provenía únicamente de una decisión deliberada.

Tras media hora de conducción llegaron a las inmediaciones de Manacor. Desde el asiento del copiloto, Susan señaló algo a lo lejos en la carretera.

—Hay gente allí —anunció, eufórica.

—Podemos pedirles ayuda para Pops —comentó Homer mientras reducía la velocidad.

—Cuidado… por si son ladrones —gritó Patricia desde la parte trasera, sentada en el suelo junto a Daniel, cuyo rostro estaba pálido y los párpados le pesaban, vencidos por los medicamentos que había tomado.

Un grupo de hombres bloqueaba la autopista con palés astillados y neumáticos ennegrecidos por el humo. Algunos llevaban turbantes de colores desvaídos; otros, la cabeza descubierta, observaban en silencio desde los márgenes del asfalto.

Al frente del volante, Homer redujo la velocidad con cautela.

La autocaravana se detuvo.

En cuanto los hombres se acercaron y vieron la carrocería destrozada del vehículo, junto al aspecto de sus ocupantes —Homer, con síndrome de Down al volante, y Susan, una joven de mirada firme y cabello teñido de azul intenso, del mismo tono que el de su acompañante—, dieron por hecho que se trataba de bandidos.

Homer se inclinó para bajar la ventanilla, pero no llegó a hacerlo. Un hombre surgió de la multitud, abrió la puerta de golpe y, junto a otros, lo sacaron en volandas. Uno de ellos arrancó las llaves del contacto.

Susan reaccionó al instante. Sacó la pistola de debajo del asiento, apuntó y disparó. El cristal delantero estalló en mil fragmentos; la bala abrió una fisura antes de perderse al exterior. Luego salió del vehículo disparando al aire, con el arma en alto.

El estruendo sembró el pánico: los hombres se dispersaron, dejando caer a Homer al asfalto y corriendo a esconderse tras los palés y los neumáticos.

Entonces una voz se elevó por encima del caos.

Un joven indio avanzó con las manos abiertas, mostrando calma. Se llamaba Ranbir Singh. Había reconocido a Susan casi al instante: la estadounidense con la que llevaba tiempo en contacto por internet. El cabello azul, imposible de pasar por alto, y la autocaravana coincidían exactamente con lo que ella le había contado pocos días antes, cuando le explicó que recorrería la isla viajando con su familia. Gritó en punyabí a la muchedumbre, intentando que escucharan que aquellas personas eran honestas, que no eran enemigos.

A medida que Ranbir se dirigía a Susan en inglés, la tensión comenzó a desvanecerse.

Ranbir tendría poco más de veinte años. Llevaba vaqueros gastados, una camiseta sencilla y zapatillas deportivas. Su cabello era fino y oscuro, cuidadosamente peinado. Tenía una mirada alerta que parecía observarlo todo con curiosidad contenida.

Susan sonrió, sorprendida por la casualidad de encontrarse con Ranbir en aquel momento, y guardó la pistola.

Homer gritó pidiendo ayuda para su padre. El líder del grupo se acercó y se asomó al interior de la autocaravana: vio a Daniel tendido en la parte trasera, con Patricia a su lado, y comprendió la urgencia de la situación. Llamó a los demás. Sin dudarlo, se ofrecieron a ayudarles y a llevarlos a la clínica del padre de Ranbir.

—Mi padre lo curará —les prometió el joven indio.

44

La operación se realizó de inmediato, en una pequeña clínica ayurvédica de Manacor, bajo la luz blanca de una lámpara moderna.

El padre de Ranbir, Gurpreet Singh, era un médico sij de turbante azul oscuro, barba canosa y manos firmes. Se comunicaba en un inglés marcado por un fuerte acento indio y, cuando no encontraba la palabra adecuada, recurría al español para completar la frase.

Trabajó con los utensilios disponibles, consciente de la urgencia; le resultaron de gran ayuda los instrumentos del kit de emergencia marítimo que llevaban consigo.

—Ha perdido mucha sangre —dijo tras evaluar el estado del paciente.

El corte, producido por la hoja del machete, atravesaba el muslo con una limpieza cruel, y el delicado estado físico del paciente obligaba a actuar con rapidez y precisión.

Aplicó un gel en el muslo y después inyectó un anestésico en los bordes de la herida.

—Si no intervenimos de inmediato, necesitará una transfusión sanguínea —continuó.

Patricia se mantuvo serena durante toda la operación. De vez en cuando se inclinaba hacia Daniel y le preguntaba si sentía dolor. Él siempre respondía negando con la cabeza, con los ojos entreabiertos.

—¿Cómo es que tenéis electricidad? —preguntó Daniel—. ¿Usáis un generador?

—Placas solares —respondió Gurpreet—. El consumo está racionado. Teníamos un generador, pero nos lo robaron hace dos días.

Tras unos instantes de silencio, Patricia alzó la mirada al médico.

—Le agradecemos la ayuda.

—Dejémonos de formalismos —respondió—. Hablemos de tú a tú.

Tras limpiar la herida, el médico cerró los tejidos con varios puntos de sutura, ajustándolos con cuidado para no forzar los tendones dañados. Luego embadurnó toda la zona con *Betadine*, asegurándose de cubrir bien los bordes antes de proceder al vendaje. Cuando terminó, inmovilizó la pierna colocando dos tablas de madera a cada lado del muslo, sujetas firmemente con esparadrapo, formando una escayola improvisada.

Luego miró al paciente con gravedad y le advirtió de que debía mantener la pierna recta durante un tiempo y evitar cualquier esfuerzo innecesario.

—Si quieres que los tendones rotos cicatricen correctamente —explicó—, no puedes someterlos a tensión ni a ningún tipo de estrés.

Le administró tetraciclina y entregó a Patricia una pomada antibiótica de ayurveda para ir aplicándola en la pierna de Daniel durante los siguientes días.

—Pero esta crema no debe sustituir una limpieza diaria adecuada —indicó—; ha de usarse solo como complemento.

Luego le dio un bote con un suplemento natural preparado con guaraná, ginseng, jengibre y otras hierbas, que debía tomar solo por las mañanas, destinado a favorecer la oxigenación cerebral; actuaría como estimulante y le ayudaría a levantar el ánimo.

—Muchas gracias por todo —le agradeció una vez más Patricia.

El sij sonrió, con una expresión serena.

—Ha sido un placer ayudarles, y lo digo con total sinceridad —respondió con solemnidad.

—Gracias entonces, amigo —dijo Daniel.

Gurpreet señaló hacia el fondo de la clínica. Su hijo, junto a Susan y Homer, estaban sentados en los sofás. Los tres reían.

Ranbir les enseñaba a ajustar un turbante sij alrededor de la cabeza, utilizando a Homer como modelo improvisado. Les había explicado que él no lo llevaba y que solía cortarse el cabello con regularidad, pero, ante las preguntas de Homer, decidió mostrarles, de todos modos, cómo debía colocarse la tela y cómo se adaptaba con precisión al contorno de la cabeza.

El ambiente, por un instante, parecía ajeno al caos exterior.

—Ha sido casi un milagro que mi hijo reconociera a su hija —comentó Gurpreet, bajando la voz—. La gente está muy alterada. Ha habido robos, asaltos… El miedo y la angustia por el futuro se notan en nuestra comunidad.

La comunidad sij constituía una parte vibrante de la diversidad cultural de Mallorca, integrando sus tradiciones punyabíes en la vida cotidiana de la isla. Se estimaba que contaba con unos cinco mil miembros, muchos de ellos dedicados a la restauración y al comercio de alimentación, y que había establecido numerosos restaurantes indios repartidos por todo el territorio insular.

Gurpreet les explicó que la mayoría de los indios había abandonado la isla desde el primer día, cuando el Gobierno habilitó barcos para trasladarlos a la península. Ahora quedaban unos cincuenta y planeaban dirigirse a la sierra de Tramontana para construir allí un refugio. Los invitó a unirse a ellos.

—Por supuesto —añadió—, no tienen por qué darme una respuesta ahora mismo. Piénsenlo con calma y, si mañana por la mañana lo han decidido, nos acompañan por carretera.

—¿Y cómo es que tú y tu familia no evacuasteis la isla? —preguntó Patricia.

—Nosotros somos una familia muy grande: tíos, tías, abuelos, hermanos, sobrinos, hijos… Nos reunimos y decidimos que los mayores, parejas jóvenes y niños pequeños se fueran primero, y que el resto partiría más adelante —añadió tras una breve pausa, cargado de tristeza—. Después de lo sucedido, no tenemos más alternativa que sobrevivir.

Daniel dudó un instante antes de continuar.

—¿Visteis…?

El sij lo interrumpió antes de que terminara la pregunta.

—Sí. Lo vimos. Fue… impresionante. Según la información satelital que hemos recibido, España y otros países han dejado de existir.

Guardó silencio un instante, como si aún le costara aceptar lo ocurrido.

—Bastó una chispa. Nadie sabe cuál fue: un misil convencional mal identificado, una alerta defectuosa, tal vez una represalia «limitada» o «táctica» que debía servir de advertencia… o simplemente un accidente, una reacción automática. Y de un país a otro volaron misiles nucleares.

Respiró hondo antes de continuar.

—Los sistemas automáticos hicieron exactamente aquello para lo que fueron diseñados. Las cadenas de mando se activaron sin que nadie pudiera detenerlas. En cuestión de minutos, ciudades enteras dejaron de existir. Gobiernos, fronteras, mapas… todo quedó reducido a ruido blanco y silencio radiactivo.

Bajó la mirada.

—España fue borrada.

Alzó los ojos de nuevo.

—Y lo más terrible —prosiguió Gurpreet— no es la magnitud de la destrucción, sino la banalidad de su origen. ¿A quién culpar por lo sucedido? No hay villanos evidentes ni héroes trágicos. Solo millones de seres humanos inocentes que han perdido la vida.

Patricia escuchaba al sij entre la incredulidad y la angustia, incapaz de asimilarlo, hasta que se llevó las manos al rostro.

—¡Mis padres! —exclamó con un quejido ahogado.

Daniel la sujetó del brazo para sostenerla. Susan y Homer se levantaron de un salto y corrieron a abrazarla, rodeándola en silencio, mientras la risa de antes se apagaba por completo.

45

Una mujer entró en la habitación sosteniendo una bandeja con ambas manos, como si aquel gesto sencillo fuera también un gesto de bienvenida y respeto.

—Mi esposa —les presentó Gurpreet.

Su cabello estaba recogido con sencillez, en un moño pulcro, y su postura era recta, segura. Vestía un sari de colores cálidos, cuidadosamente drapeado, que contrastaba con el diseño moderno de la clínica. La tela caía con elegancia natural, y los brazaletes tintineaban suavemente cuando se movía.

Ella inclinó levemente la cabeza y les dedicó una sonrisa silenciosa, hospitalaria, haciendo sentir valorados a los invitados. En su presencia se sentía el equilibrio: entre pasado y presente, entre dos mundos que ella habitaba con orgullo y elegancia.

—Encantada —dijo Patricia.

—Un placer —añadió Daniel. Aunque seguía tumbado en la camilla, le habían incorporado el respaldo y tenía la cabeza más despejada que antes; también sentía menos dolor en la herida, porque la anestesia aún le hacía efecto.

Ranbir se acercó a ayudar a su madre a servir. En la bandeja había tazas de té humeante —*chai* aromático con especias— y un plato de galletas ordenadas con cuidado.

—Dadas las circunstancias, estamos algo escasos de leche —se excusó la mujer.

—No se preocupe —respondió Patricia, apoyándole la mano en el brazo con un gesto delicado.

Homer contemplaba la escena con una creciente curiosidad; la cultura india despertaba en él una nueva fascinación. El té masala era toda una revelación, algo completamente desconocido, como si probara por primera vez la Coca-Cola.

Mientras saboreaban el té, Daniel explicó por qué no habían evacuado la isla. Habían intentado ir a buscar a los padres de Patricia, pero ya se habían marchado. Relató brevemente los robos que habían sufrido: la desaparición de las placas solares en el aparcamiento de Aldi… los intentos de asalto por parte de criminales que se hicieron pasar por guardias civiles… y, finalmente, el ataque en la finca, en el que él resultó herido.

Entonces ocurrió algo imprevisto: un teléfono móvil comenzó a sonar. Gurpreet se llevó la mano al bolsillo, sacó el aparato y contestó en punyabí. Comentó en su lengua que la operación había salido bien y que enseguida continuaría empaquetando para emprender el viaje al día siguiente.

Todos se quedaron sorprendidos. Homer, con la boca abierta, lo señaló.

—Funciona tu móvil.

Gurpreet se rio ante su reacción y comprendió que debía dar una explicación.

—No, no funciona ni internet ni nada —aclaró—. Los usamos como *walkie-talkies*.

—¿Cómo es eso? —preguntó Daniel con tono incrédulo.

Gurpreet señaló a su hijo. Todos se volvieron hacia él, expectantes, fascinados por la explicación que estaba a punto de dar.

—Los móviles pueden conectarse entre sí sin pasar por servidores ni redes externas —explicó Ranbir—. He utilizado adaptadores que convierten el teléfono en un emisor-receptor, transmitiendo la voz mediante frecuencias compartidas. Y se sintoniza la AM en la frecuencia FM. El alcance es limitado, pero suficiente para mantener la comunicación entre grupos cercanos. Si me dais vuestros móviles, podré adaptarlos.

—Sí, claro que sí —dijo Patricia sin dudarlo.

—Voy a la autocaravana y te los traigo ahora mismo —se apresuró a decir Homer.

—Caray, qué ingenioso —comentó Susan, mirando al joven indio con abierta admiración.

—Otro asunto es que dentro de poco no habrá gasolina en toda la isla y los vehículos dejarán de funcionar —explicó Gurpreet—; no se podrán mantener cargadas las baterías. Podemos almacenar, y tenemos muchos litros en bidones. Pero el problema principal va a ser la vida útil. La regla básica es que cuanto más refinado sea el combustible, menos vida útil tiene. La gasolina, normalmente, solo dura un par de años. El diésel, de ocho a diez años, y el queroseno, mucho más, quizá quince años. El inconveniente que surge con el almacenamiento es que, con el tiempo, se forman peróxidos y resinas que acaban por obstruir los filtros y los motores dejan de funcionar.

—Vaya, hablas como un auténtico experto en mecánica —comentó Daniel.

—Desde que era un crío ayudaba a mi padre en la granja que teníamos en el Punyab. No solo conducía tractores, sino que también me encargaba del mantenimiento —señaló a su hijo—. Pero él ha tenido otra idea brillante para cuando se nos acabe el combustible.

—Tenemos una serie de paneles fotovoltaicos con los que podemos cargar baterías de coches —explicó Ranbir—, la energía suficiente para que sigan funcionando.

—¿Los vehículos pueden funcionar de ese modo? —preguntó Daniel, sorprendido.

Gurpreet hizo un gesto a su hijo para que continuara.

—Sí, ya lo hemos probado. Con un sistema de generador eólico y un conjunto de placas instaladas en los techos de los vehículos, podemos aprovechar tanto la luz solar como el viento.

—Es formidable —comentó Patricia.

—La mala noticia es que todo eso tiene fecha de caducidad, como la gasolina —añadió Gurpreet.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Daniel.

—Que las placas solares se deterioran con el paso del tiempo… y no sabemos cuánto tendremos que permanecer en la isla. Pero mientras tanto, no nos queda otra que seguir adelante, tirando de inventiva, por muy rocambolescas o increíbles que parezcan nuestras soluciones.

Gurpreet hizo una breve pausa para remarcar sus últimas palabras y siguió hablando.

—Esperemos que para entonces las cosas hayan vuelto a la normalidad.

Daniel negó lentamente con la cabeza.

—No. Nada volverá a ser como antes —dijo en un tono sombrío.

PARTE CINCO
SÁBADO

46

Gurpreet les explicó que era fundamental vigilar la herida con atención y mantenerla limpia. Él mismo se encargaría de retirar los puntos de sutura cuando considerara que había llegado el momento adecuado. No habría complicaciones graves, aunque le dejaría a Daniel una cicatriz profunda y poco estética en el muslo, un recuerdo permanente de lo vivido.

A primera hora de la mañana de aquel sábado, la decisión ya estaba tomada: se unirían a la caravana con destino a la sierra de Tramontana.

Era, sin duda, la opción más sensata. Patricia y Daniel coincidían en que estarían mucho más seguros formando parte de aquella comunidad india que aventurándose solos por la isla, sin un rumbo claro ni protección suficiente.

Además, los sijs habían demostrado ser personas extraordinarias: hospitalarias, organizadas y solidarias. Los habían acogido con una naturalidad conmovedora, tratándolos no como extraños ni como invitados circunstanciales, sino como si siempre hubieran formado parte de su familia. En medio del caos y la inestabilidad, aquella gente se había convertido en un refugio inesperado, no solo físico, sino también humano.

Patricia, firme al volante, conducía con atención, los ojos siempre puestos en la carretera. A su lado, Susan ocupaba el asiento del copiloto, observando el paisaje que desfilaba lentamente tras el parabrisas. Desde la parte trasera, Homer canturreaba una melodía,

ajeno al traqueteo del vehículo, mientras Daniel viajaba tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en una almohada y el cuerpo aún resentido por la herida.

La autocaravana avanzaba como una más dentro del largo convoy de vehículos cargados hasta los topes de pertenencias, en fila por la carretera, todos con el mismo destino y la misma inquietud.

—Ranbir es un buen tipo —comentó Homer de pronto, en voz alta.

Susan se ruborizó al oír el nombre. Patricia captó el gesto por el rabillo del ojo; la observó un instante con una sonrisa y luego volvió a centrar toda su atención en la conducción.

—Me ha dicho que me va a enseñar un estilo de baile indio que se llama *bhangra* —continuó Homer con entusiasmo. Tras una breve pausa, añadió con un deje de tristeza—: También me ha dicho que hay muchas chicas indias muy bonitas.

Susan se giró hacia atrás para mirarlo.

—¿Y qué pasa con eso? No vas a tener vergüenza de conocer gente nueva. Además, hablan inglés.

—¿Y si no me admiten como soy? —preguntó Homer en voz baja, retorciendo los dedos mientras evitaba levantar la mirada.

La idea le preocupaba desde que habían iniciado el viaje esa mañana temprano. Siempre que pensaba en un nuevo círculo de amigos, una mezcla de ilusión y miedo lo invadía. Quería encajar, reír, sentirse parte de algo… pero el temor al rechazo volvía una y otra vez.

—¡Homer! —exclamó Daniel—. Mírame, colega. —Homer se giró hacia su padre—. Nadie se ha comportado mal contigo ni ha hecho ninguna alusión al respecto. Al contrario, te quieren, te respetan y se ríen contigo.

Homer frunció ligeramente el ceño, inseguro. Había pasado gran parte de su vida preguntándose si los demás lo trataban con amabilidad solo por su síndrome de Down o si realmente querían conocerlo como era en realidad: su sentido del humor, su sensibilidad, su manera directa y sincera de decir lo que sentía.

—A veces pienso que los nuevos amigos dejarán de querer estar conmigo —murmuró.

Daniel sonrió con suavidad y apoyó una mano en la pierna de su hijo.

—Si alguien no es capaz de aceptarte tal como eres, entonces no merece estar en tu vida. Pero créeme, Homer: no tienes que cambiar nada.

Homer respiró hondo. El miedo no desapareció del todo, pero las palabras de su padre le dieron un poco de calma. Tal vez ese nuevo círculo no fuera un lugar donde tuviera que demostrar nada, sino simplemente ser él mismo.

Sacó la cartera del bolsillo, la abrió con cuidado y extrajo la fotografía de su profesora. La sostuvo entre los dedos unos segundos, pensativo.

—¿Y qué voy a hacer con mi novia? —preguntó, con una mezcla de preocupación e inocencia. Acto seguido, irguió la espalda y añadió, a modo de confesión—: Aunque, si tengo que ser sincero, Doris no es mi novia. Tiene novio. Solo somos amigos. Se lo dije a Susan para darme importancia.

Su hermana se giró hacia atrás.

—No tienes que disculparte ni sentirte mal, Homer. Lo verdaderamente importante es que haya sido una amistad sincera y que ella te haya valorado como amigo.

Daniel intervino entonces:

—Susan tiene razón —dijo—. Ese es el recuerdo que debes conservar de ella.

—Estoy convencida de que ella se alegrará de que conozcas a otras chicas y de que seas feliz —añadió Patricia, observándolo un instante por el espejo retrovisor—. Y estoy segura de que no te olvidará.

Homer sintió que algo en su ánimo cambiaba, como si de pronto se le hubiera aligerado el pecho. Se guardó la fotografía en la cartera.

—Tienes razón, mamá —dijo con una sonrisa—. Esto me ha recordado la canción número diecisiete.

Se inclinó desde su asiento y tomó el mando a distancia del estéreo. Buscó en su *pen drive* hasta dar con la canción que buscaba. En cuanto empezó a sonar *Don't You (Forget About Me)*, de Simple Minds, Homer alzó los brazos y comenzó a moverlos al ritmo de la música, cantando con entusiasmo, ajeno por un momento a la incertidumbre del viaje.

Daniel alzó la mirada y observó a su familia. Un sentimiento de tranquilidad y gratitud lo desbordó; una calma profunda y reconfortante lo envolvió al comprender que, pese a las pérdidas y las dificultades, lo más importante seguía intacto: su familia, su mundo entero.

Miró a su hijo, alegre, canturreando la canción. Perder su trabajo, que hacía unos días había sido un golpe devastador, ahora le parecía casi una bendición, porque lo había acercado aún más a Homer, que con su ternura y su forma única de ver la vida se había convertido en su punto de apoyo.

Homer notó su mirada y la sonrisa que lo acompañaba.

—¿De qué te ríes, Pops?

—De que, aunque sea el fin del mundo como lo conocemos, la vida no será tan terrible… porque tú la haces mejor —respondió con la voz cargada de orgullo.

NOTA DEL AUTOR

Estimado lector:

Esta novela ha sido autopublicada a través de Kindle Direct Publishing de Amazon, una plataforma que permite a los autores independientes compartir sus historias directamente con los lectores de todo el mundo.

Si has disfrutado de la lectura, te agradecería enormemente que dedicaras unos minutos a dejar una valoración y una reseña honesta en la página de Amazon donde adquiriste el libro. Tu opinión no solo es muy valiosa para mí como autor, sino que también ayuda a que otros lectores puedan descubrir esta obra.

Las reseñas de los lectores son una parte fundamental para dar visibilidad a los libros autopublicados, y cada comentario contribuye a que nuevas historias encuentren su camino hacia quienes disfrutan de la lectura.

Gracias por tu tiempo y, sobre todo, por haber elegido *Alerta roja en zona cero*.

Con gratitud,
Alfredo De Braganza

Web del autor en
Amazon España



AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que, de una u otra forma, han contribuido a que esta novela llegue a buen puerto. A quienes leyeron los primeros borradores con paciencia y generosidad, y compartieron conmigo sus impresiones. A quienes dedicaron su tiempo y su energía a ofrecerme sugerencias valiosas, muchas de ellas impagables, que ayudaron a enriquecer y mejorar esta historia.

Mi agradecimiento especial a Cristina Suárez, por su apoyo constante y por sus aportaciones, que han contribuido de manera significativa a pulir y mejorar numerosos aspectos del libro. Además de amiga y lectora apasionada, es una destacada *influencer* española y una crítica perspicaz.

Gracias también a David Rodríguez, por su ayuda en la corrección del manuscrito y por su atención a los detalles que han permitido darle mayor claridad y precisión al texto.

Quiero expresar mi profunda gratitud a Javier Meléndez, guionista profesional y profesor de cine, quien generosamente compartió conmigo su tiempo, su experiencia y sus valiosos comentarios. Fue editor de contenidos en *Fox Life Magazine*, ha participado como ponente invitado en festivales de cine y en prestigiosas universidades españolas, y es autor de diversos largometrajes y proyectos televisivos. Escribe el blog *La solución elegante*, dedicado al desarrollo de guiones. Además, su trabajo es recomendado por la Universidad Carlos III de Madrid. Su criterio y perspectiva han sido de gran ayuda durante el proceso de creación de *Alerta roja en zona cero*.

También deseo enviar un afectuoso saludo y mi más profundo agradecimiento a los lectores. Sin su interés, su curiosidad y su pasión por las historias, nada de esto tendría sentido.

Gracias también a Ariam y a Dino.

Y, por último, no puedo dejar de mencionar a mis dos fieles compañeras de cuatro patas, siempre tan leales y entregadas durante tantas horas de escritura. Gracias, Siva y Nadia, por vuestra compañía constante.

Alfredo

ÍNDICE

Créditos
Citas
Nota al lector

I. ANTES DEL VIAJE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5

II. MIÉRCOLES

Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

III. JUEVES

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

IV. VIERNES

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

V. SÁBADO

Capítulo 46

Nota del autor
Agradecimientos